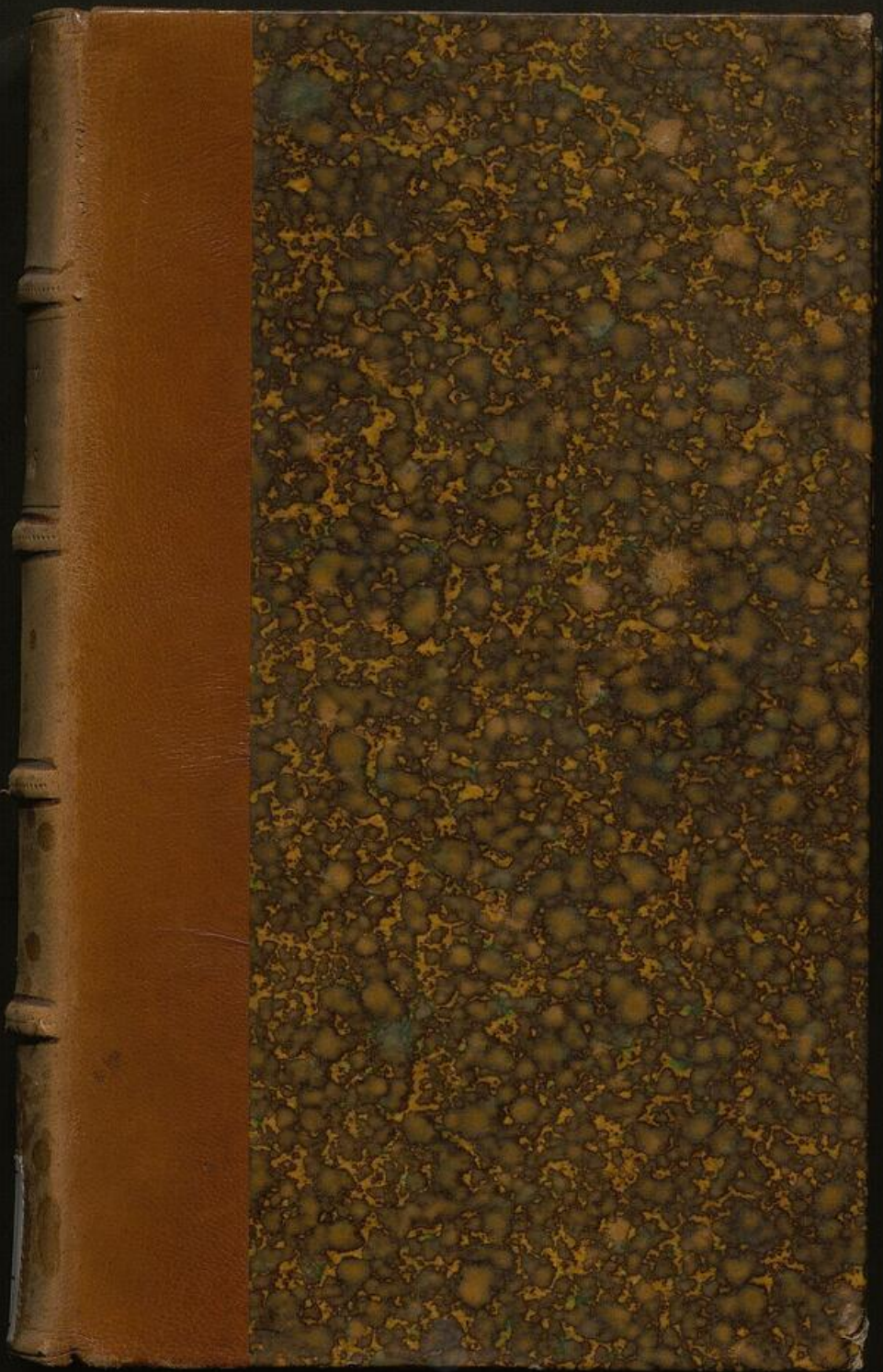


CAVESTANI

POESIAS

21  
VII  
52

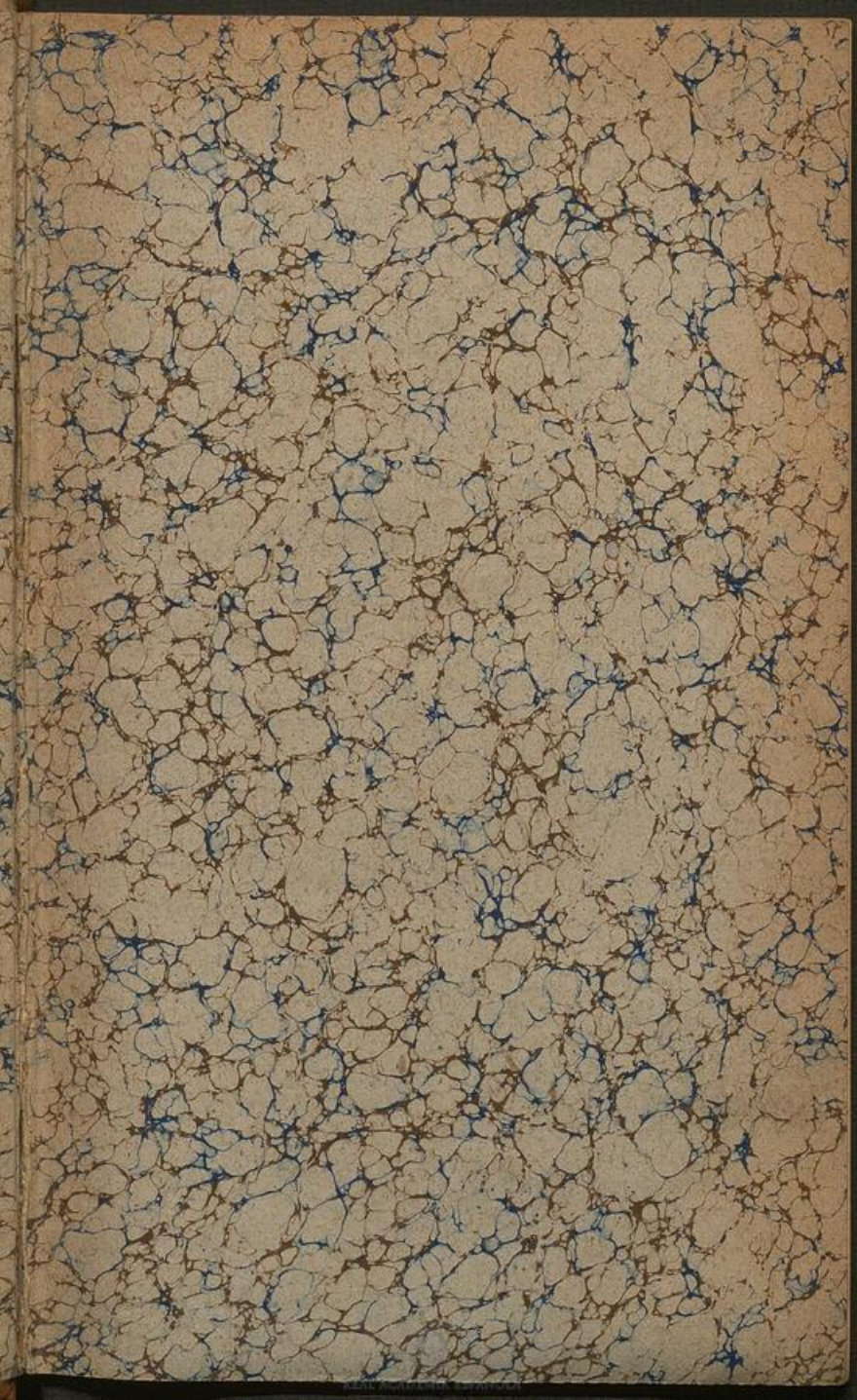


REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



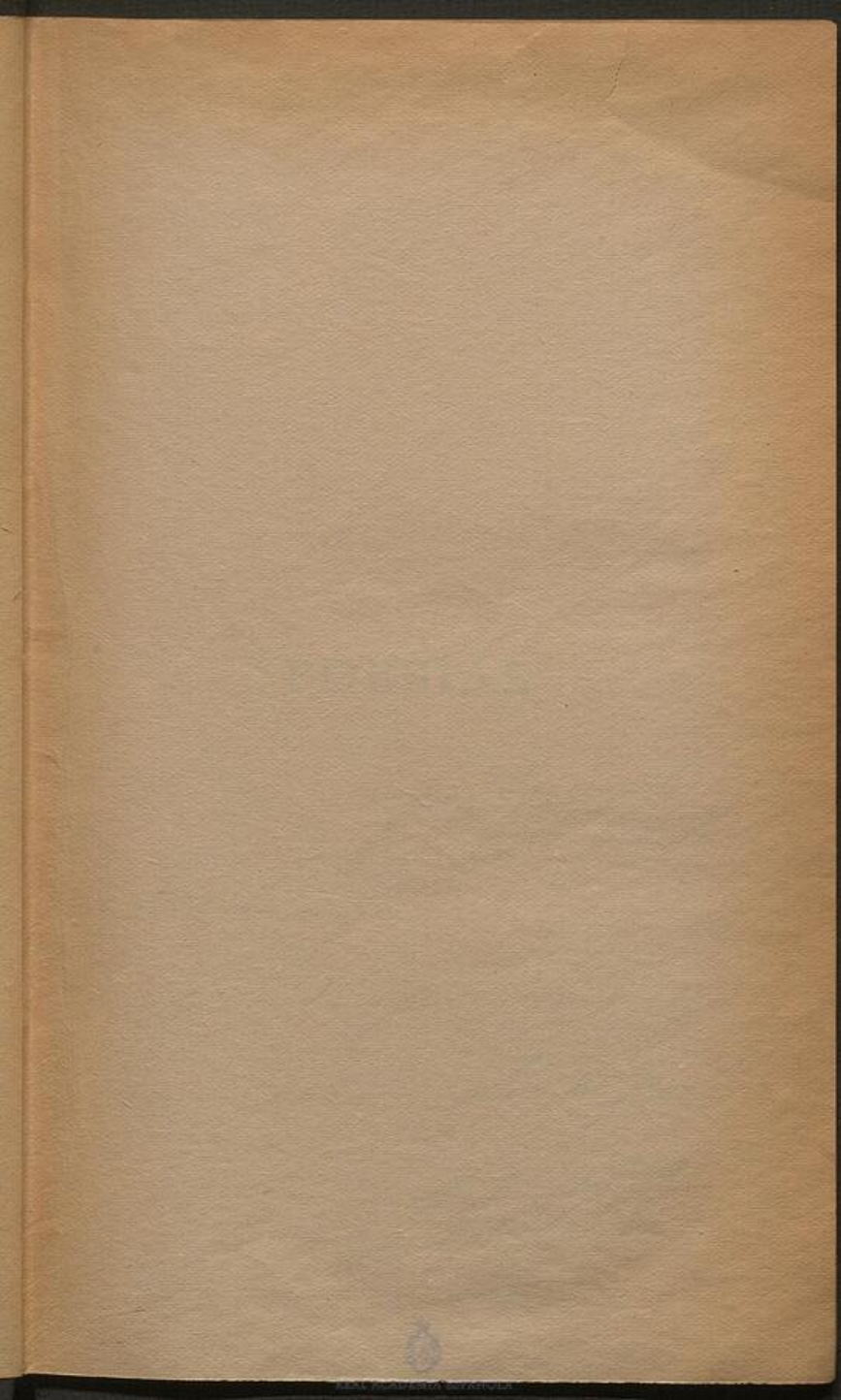




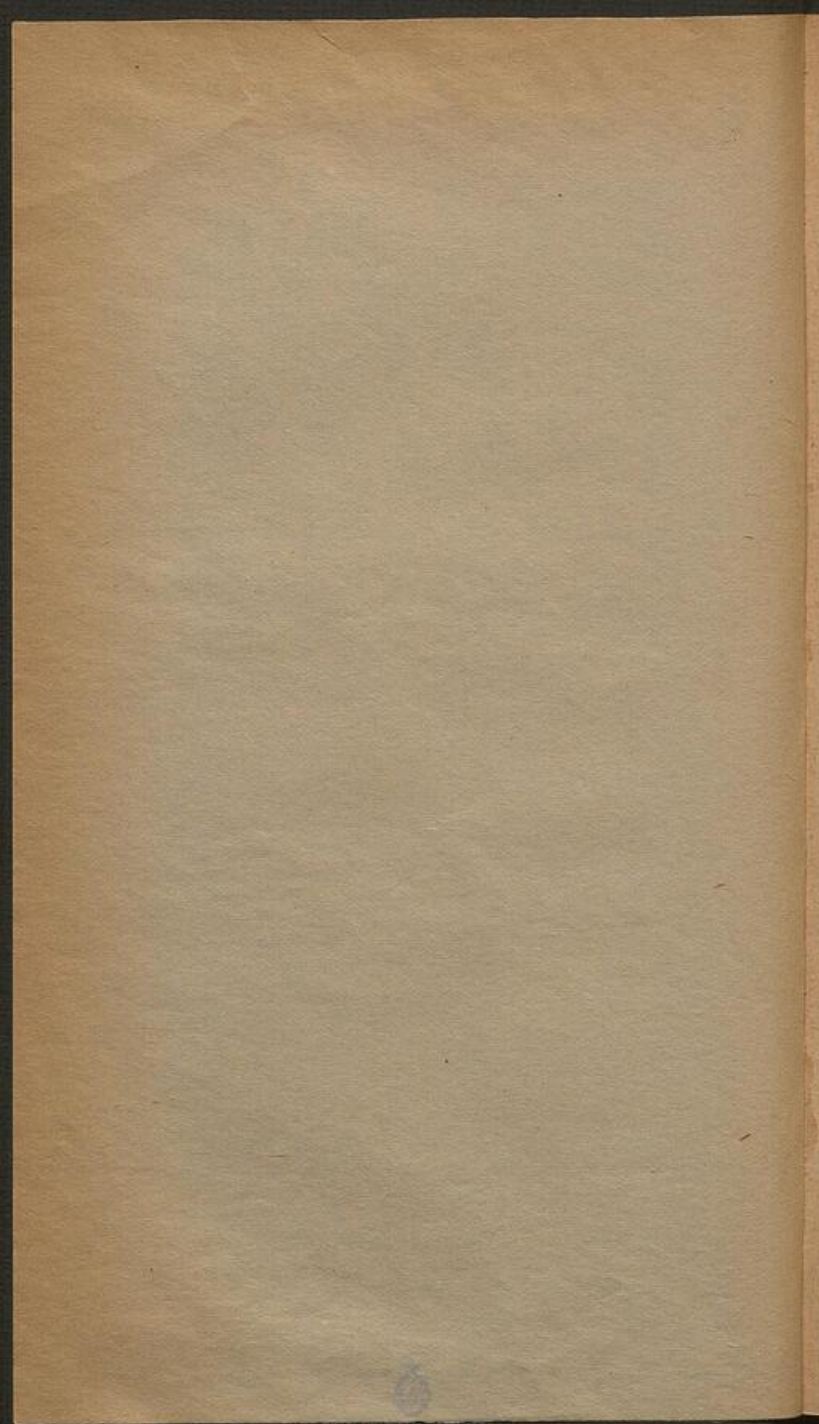




21-VII-52









## POESÍAS

A mi maestro, el gran  
Ternero,  
su mejor amigo y  
su peor discípulo  
A M<sup>do</sup> Cavestani



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

# POETAS

MILANO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
1100 EAST 58TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637



JUAN ANTONIO CAVESTANY



# POESÍAS



MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, 20

—  
1889



ALBERT BROWN

THE BROWN BROTHERS & COMPANY

NEW YORK

1880

NEW YORK



AL EXCMO. SEÑOR

Don Antonio Cánovas del Castillo,

en testimonio de admiración profunda  
y de amistad sincera.

*J. A. Cavestany.*

THE UNIVERSITY OF CHICAGO





DOS PALABRAS AL LECTOR





No he sido nunca de los que sostienen que el prólogo suele estar de más en todo libro.

Me ha parecido siempre que si huelgan, por regla general, esos juicios laudatorios que ponen en las primeras páginas de una obra amigos, más ó menos ilustres, del autor, á modo de recomendación á los lectores, no están de más las cuatro palabras con que el autor mismo encabeza el trabajo que entrega á la publicidad; especie de antesala que nos hace guardar como preparación,



si no necesaria, muy conveniente por lo menos, antes de entrar de lleno en la lectura de su obra.

No se crea por esto que me propongo perseguir un fin de verdadera utilidad para el arte, ni aun siquiera para mí mismo, al publicar esta colección de versos; quiero decir únicamente que al venir hoy por vez primera á la arena de la poesía lírica, tengo derecho á exigir del piadoso lector que antes de hojear—si tiene paciencia para ello—las composiciones en este volumen coleccionadas, pase su vista por las páginas de este prólogo, donde me propongo explicar brevemente en virtud de qué causas vengo á pretender un puesto en las últimas filas de las muy gloriosas de nuestros poetas líricos contemporáneos.

Y debo yo, más que otro alguno, esta explicación, puesto que, al acudir á este campo, abandono otro donde el favor del público, antes que mis propios merecimientos, me

había conquistado una modestísima reputación, y aun así inmerecida.

Yo mismo no acierto á explicarme con entera fijeza por qué la vocación literaria, que no hace mucho me arrastraba irresistiblemente hacia la literatura dramática, hoy me lleva al terreno de la lírica; yo mismo no sé si esto obedece al estado actual de nuestro agonizante teatro, estado dependiente acaso, más que de la corriente del gusto del público, de la falta cada vez mayor y más sensible de actores que sepan representar el verdadero drama, ó si procede de causas más hondás y de orden distinto. Podrá parecer exagerado lo que digo si se piensa que las acciones humanas son, por regla general, la consecuencia de nuestra libérrima voluntad, que se inclina á lo que juzga más conveniente, después de haber aquilatado sus contras y sus ventajas; pero esto no sucede en el terreno del arte, donde se procede más bien por movimiento instintivo y



espontáneo, que por actos meditados y reflexivos. La reflexión viene luego á tratar de descubrir las causas que nos inclinaron en tal ó cual determinado sentido, y gracias si al fin logra ponerlas en claro.

Quizá nazca este cambio en mis aficiones de que, al irse formando mi gusto literario, después de mis primeros pasos en el camino del arte (pasos dados con extrema precocidad en los albores de mi vida), me ha ido pareciendo de día en día más estrecho y difícil el marco con que los bastidores de un teatro y las exigencias y pequeñeces de la crítica moderna coartan y detienen el vuelo del poeta y la libertad y anchura de espacio que su inspiración necesita para desenvolverse; tal vez dependa de que el fin que el escritor se propone, con respecto al público, al ofrecerle un fruto de su ingenio, se consigue, en mi opinión, más fácilmente presentándole un libro que cada cual lea y juzgue á sus solas, que una obra dramática



sobre cuyo mérito todos han de fallar colectivamente en un momento dado.

Desde luego que el poeta canta, ante todo, por satisfacer un vehementísimo deseo de su alma, un impulso irresistible que le lleva á dar forma poética á sus sentimientos: si no estuviera muy gastada la comparación, diría que canta como el pájaro, porque siente la necesidad de cantar; pero como quiera que el hijo de Apolo es hombre al fin, y por serlo está sujeto, igual que todos, á las exigencias y mezquindades de nuestra condición humana, es imposible hacerle prescindir de la natural y nobilísima aspiración al éxito; entendiéndolo por éxito, no unas cuantas palmadas, que pueden comprarse, ni media docena de artículos encomiásticos en los periódicos, que se consiguen sin gran dificultad, sino el triunfo de llegar al fondo del alma del que nos lee ó nos escucha, de hacerle sentir lo que hemos sentido, de tenerlo sujeto á nuestra volun-

tad ó á nuestro capricho, haciéndole experimentar sucesivamente tristeza y alegría, dolor y consuelo, desesperación y esperanza.

Pues bien; este triunfo, tan difícil de conseguir, y que por eso sin duda sólo al poeta es dado alcanzarlo, se obtiene, en mi opinión, mejor del lector aislado, que de una masa de gente reunida por el azar. Es más fácil encontrar criterio certero, gusto depurado y fineza de espíritu suficiente para apreciar y aquilatar delicadezas de sentimiento ó de ingenio, en la persona que allá en las soledades de su gabinete de lectura coge un libro y se abstrae saboreándolo, que en la muchedumbre que la casualidad junta en un teatro.

Aquella suma de individualidades de distintos gustos y procedencias distintas; aquella mezcla heterogénea de personas de diferentes clases sociales; aquella masa, por último, compuesta de elementos tan diver-



sos, no suele estar siempre en condiciones de distinguir con fijeza el sentimiento íntimo y verdadero, de la sensiblería amanerada y ridícula; la idea genial, de la hipérbole hueca, ni, en fin, la vana palabrería, no siempre ajustada á las reglas de la gramática, de la claridad y rotundidez de nuestro admirable idioma castellano. Todo esto sin contar que es muy difícil que se acierte, cuando se juzga por una sola audición, del mérito de una obra, fruto de largos afanes y vigili-  
as; y sin contar tampoco con que no es posible exigir serenidad de juicio á una suma de personas no ligadas entre sí por ningún lazo común, y sobre las cuales pueden influir, distrayendo su atención, tantas causas. La noticia agradable que nos sorprende camino del teatro; la nueva infausta que en él nos participan; el calor que nos molesta; la presencia del amigo querido que nos produce placer; la equivocación de un actor; cualquier accidente imprevisto, influyendo ale-



gre ó tristemente sobre nuestro humor, preparan nuestro ánimo de manera que nos parece oro de ley lo que es sólo oropel miserable, ó, por el contrario, nos hace despreciar como trozo de vidrio sin valor alguno el brillante purísimo de luces admirables.

De aquí esas frecuentes equivocaciones, esos errores constantes en que incurre todos los días el público de los teatros, no sólo en España, sino en todos los pueblos de Europa, y no sólo en las obras literarias, sino también en las musicales. ¡Cuántos dramas y cuántas óperas, reputadas hoy como obras maestras é inmortales, no merecieron sino desdén ó indiferencia del público insustancial y ligero que tuvo la suerte de recoger sus primicias; y cuántos engendros, que en un principio parecieron maravillas verdaderas, murieron al nacer, y duermen hoy el sueño eterno bajo la losa del olvido!

En resumen, y para concluir con esta ma-

teria: que encuentro superioridad indiscutible en el público—no muy numeroso por desgracia—que compra libros y los lee, sobre el que llena en tropel las localidades de un coliseo. Por esto, sin duda, la reputación del poeta lírico, si bien menos rápidamente adquirida, suele ser también menos efímera y pasajera: la del autor dramático pasa muchas veces y se olvida en tan poco tiempo como se adquirió, y de los fallos del público que las confiere ó las niega, hay que acudir en apelación al tiempo, supremo dispensador de justicias, sobre el cual no influyen las pasiones del momento, y que da á cada cual lo que por derecho le corresponde.

Y vamos ya al asunto principal de este prólogo, ó sea á la presente colección de poesías.

Cuando, cediendo á las vivas instancias de varios amigos, me decidí á reunir en un libro mis composiciones poéticas, inéditas



---

unas, publicadas otras en *La Ilustración Española y Americana*, y empecé á ordenarlas y corregirlas, prodújome gran consuelo el observar su extraordinaria variedad de géneros. Aunque lo atribuí á que, escritas en distintas épocas y bajo impresiones diferentes, no relacionadas entre sí, tenían que ser, por necesidad, de clases muy diversas, me preocupó hondamente mi observación, porque me pareció que faltaría á este libro la unidad de tono que viene á ser el sello característico de la personalidad del poeta.

En efecto: quien lea este volumen pensará á veces que el autor se propone seguir las huellas del gran Zorrilla, aunque sin alcanzar jamás su incomparable gallardía; creará otras que toma por modelo al insigne Núñez de Arce, aunque sin llegar nunca á su majestad serena ni á su forma superior á todo elogio; y acaso suponga en alguna ocasión que se inspira en Velarde,



el cantor de la naturaleza y uno de los poetas más grandes y de personalidad más determinada de los tiempos presentes.

Todo esto tal vez pensará el piadoso lector, y no le culparé yo porque tal piense; debo, sin embargo, hacer constar que yo no imito á nadie, porque entiendo que no hay nada más deshonroso, literariamente considerado, que hacer el sacrificio de la propia originalidad en aras de la admiración á otro escritor, por grande que sea: habré coincidido quizás—y vuelvo á decir que sin acercarme ni remotamente á ninguno de ellos—con alguno de los poetas que he citado; pero esto se debe á que, buscando mis inspiraciones en campos muy diferentes, por fuerza he de encontrarme en los distintos caminos con los que hacen por ellos su peregrinación.

Ahora bien : ¿esta diversidad de tonos, esta variedad de géneros, esta falta de relación y de armonía de las distintas compo-

siciones de esta colección, de las que yo mismo me acuso, son faltas imperdonables, por cuanto impiden que se manifieste en un sentido determinado la personalidad propia del poeta, ó responden, por el contrario, al espíritu de la poesía, y más especialmente aún al de la poesía moderna?

Indudablemente el criterio estrecho siempre de una secta ó escuela determinada no se armoniza con el carácter generalísimo que debe revestir el arte en todas sus manifestaciones: subordinar la inspiración á una idea preconcebida; perseguir constantemente el mismo fin siguiendo el mismo camino, podrá ser tarea propia del hombre de ciencia, pero no es seguramente la misión del artista, ante quien se presentan por igual todas las sendas, porque todas conducen igualmente á su objeto principal: la realización de la belleza.

En esto consiste una de las diferencias esenciales entre la ciencia y el arte, y de



esto nace, en mi opinión, la superioridad de éste sobre aquélla. Las verdades científicas más útiles y beneficiosas para la humanidad no lograrán nunca interesar y conmover á ésta como las obras maestras del arte. ¿Por qué? Porque la ciencia se apoya en la razón, y tiene, por lo tanto, marcado un límite que no puede traspasar; mientras que el arte nace del corazón y no tiene límites. ¿Quién pone lindes á las aspiraciones del alma, soplo y aliento del mismo Dios?

Además, la ciencia es perfectible, mientras que el arte nace perfecto, por regla general. El descubrimiento maravilloso de ayer queda obscurecido por el invento de hoy, como éste á su vez perderá su grandeza ante el nuevo prodigio de mañana; la gloria de Franklin arrebatando el rayo á la nube, puede ser eclipsada por otro que—sabe Dios—podrá, acaso, impedir que la nube se forme, consiguiendo que el sol no oculte nunca sus rayos. Pero Homero y



Virgilio serán siempre igualmente admirados; pasarán los siglos, y sus nombres y sus obras seguirán siendo asombro de las generaciones, sin que los nuevos colosos que hayan producido ó puedan producir las literaturas de otros pueblos, amengüen la fama por ellos conseguida; porque en la esfera del arte el nuevo astro que aparece no hace perder á los demás sus destellos, sino que juntos resplandecen para admiración y delicia de la humanidad.

Perdóneme el lector si me he apartado un instante de mi objeto principal: vuelvo á él de nuevo, y procuraré abreviar cuanto pueda mi razonamiento, á fin de no fatigarle demasiado.

Decía que para el poeta están abiertos todos los caminos, con tal que lleven á la realización de la belleza; por consiguiente, entiendo yo que el que se empeña en seguir siempre uno mismo, sobre hacer correr por cauce demasiado estrecho su inspiración,

limita y empequeñece la esfera de la poesía. La lira del poeta debe vibrar por igual á impulsos del dolor y de la alegría, respondiendo sucesivamente á todos los estados del corazón humano; á la tristeza del que sufre, á la felicidad del que es dichoso, á las esperanzas de la juventud, á los desencantos de la vejez, á los generosos alientos de las almas varoniles, á la ternura de la madre, á las esperanzas de la virgen, á la fe del niño, y antes que á nada al más universal de los sentimientos, al que Dios puso en todos los corazones como ley suprema de cuanto fué creado: el amor.....

El mundo exterior y el alma humana, esos dos grandes libros donde aprende el poeta, comprueban plenamente mi afirmación. En la Naturaleza sigue al día de sol espléndido, otro nublado y tormentoso; viene la primavera tras del invierno; la noche tras el día; y este cambio constante, estos contrastes nunca interrumpidos son ley de la



Creación, y por ellos resulta la vida agradable y hermosa. Otro tanto sucede con el estado de nuestra alma: hoy se retuerce en la desesperación, mañana se levantará en brazos de la esperanza; hoy es desgraciada, mañana será feliz. Dios no quiere que se prolonguen durante mucho tiempo el placer ni el dolor humanos: el destino de nuestro corazón es pasar constantemente de un estado á otro, agitándose siempre; como pasan de la borrasca á la calma, pero sin aquietarse jamás, las olas de los mares.

Ahora bien; siendo la Naturaleza y el alma humana las únicas fuentes de inspiración y los únicos modelos del poeta, ¿puede culparse á éste porque, reflejando en lo que escribe lo que sucede en su mismo corazón y lo que observa con sus mismos sentidos, cambie constantemente de género y de tono, pasando de uno á otro extremo, como pasa su alma de la amargura al placer, y como pasamos constantemente de la calma



á la tormenta, del calor al frío y de las sombras de la noche á la claridad radiante del día? Cuestión es ésta que á mí no me toca resolver; diré únicamente, por lo que conmigo se relaciona, que no escojo premeditadamente el género á que han de pertenecer mis composiciones: las escribo siempre respondiendo á la impresión que siento en aquel instante, triste unas veces, alegre otras, y no creo que por esto deba tachárselas de contradictorias. Se contradecirá el filósofo que hoy afirma lo que ayer negó; el poeta que canta á un tiempo mismo la duda y la fe, la desesperación y la esperanza, cumple su misión, que es reflejar fielmente los distintos estados del alma humana, los contrastes de la existencia, las contradicciones eternas de la vida, y aparecer á la vez riendo con el que ríe y llorando con el que llora.

Sin orden ni armonía, tales como me ocurrieron y los escribí, ofrezco al público estos versos: no existe entre ellos otro lazo

común que el de llevar todos la misma honrada intención, porque creo firmemente que si el objeto principal del arte es realizar la belleza, ésta será tanto más perfecta cuanto más vaya encaminada hacia el bien.

Sin entrar en discusión sobre lo que ahora se llama naturalismo, declaro, sin rodeos, que soy enemigo irreconciliable de ese nuevo género de literatura que, á pretexto de curar las llagas sociales, las pone de manifiesto con toda su repugnante hediondez, poco agradable de contemplar. No creo que el poeta debe callar hipócritamente y dejar pasar sin correctivo los vicios de la sociedad en que vive; pero tampoco creo que la poesía debe manchar sus alas con el fango del arroyo. Más que rebajar el espíritu humano con la contemplación de las miserias de la vida, es deber del artista levantarlo á más altas esferas, despertando en él generosos ideales. ¡Dios no me asista si alguna vez olvido este propósito, y



---

convierto la pluma en instrumento de corrupción, en vez de levantarla siempre como arma terrible que se oponga á los estragos del mal!

He concluído estas desordenadas consideraciones: réstame únicamente consignar, para que no se me tenga por vanidoso, pecado que siempre odié, á pesar de lo mucho que de él me han acusado, que no abrigo la presunción de creer que este libro será leído por el público. En nuestro país se lee muy poco, y yo creo que nuestras librerías no subsistirían siquiera á no ser porque en ellas se venden también las novelas francesas, por las que tan especial predilección se manifiesta en España. Doy á luz esta colección de poesías, porque creo que si existe medio de arrancar al público de la indiferencia que le inspira cuanto se refiere á las letras, para conseguirlo todos debemos trabajar sin descanso, posponiendo nuestra satisfacción personal



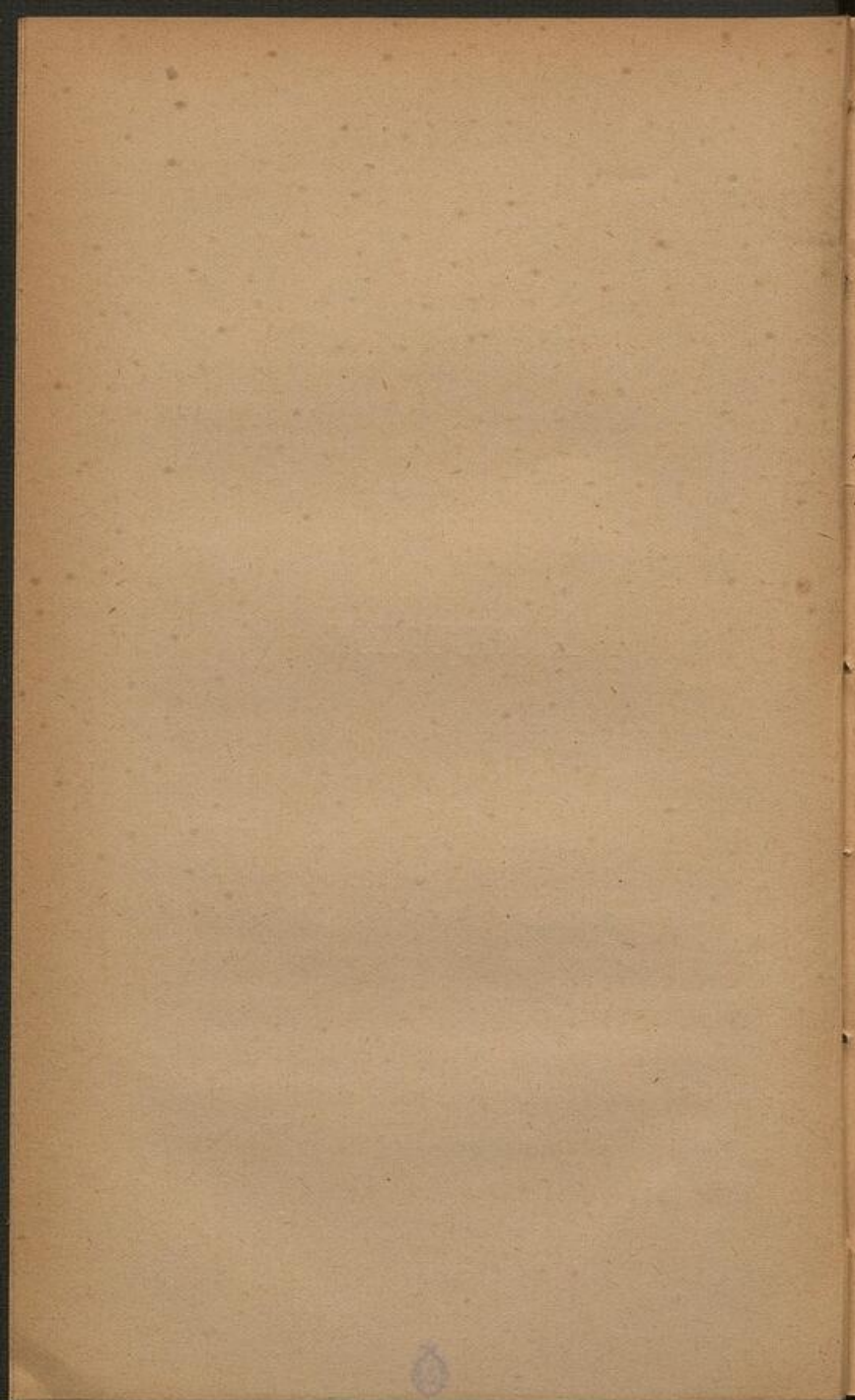
al interés de alcanzar, tarde ó temprano, nuestro propósito.

Y ahora, lector, á tu benevolencia me encomiendo: cumple con su deber, sin duda, el juez que falla con arreglo á justicia; pero, en mi sentir, realiza un acto más meritorio á los ojos de Dios quien juzga las faltas con misericordia.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Julio 1889.

INTRODUCCIÓN







Helado el entusiasmo que á la victoria guía,  
Huyendo va del mundo la virgen Poesía,  
Marcada en su semblante la huella del dolor;  
Aléjanse las Musas del trono que han perdido,  
Las arpas enmudecen en infecundo olvido,  
Y el arte, que agoniza, no encuentra defensor.

Procaz positivismo las almas encadena,  
Y cunde contagiosa la rápida gangrena  
Que en breve al mundo entero sin duda invadirá.  
¿Qué es esto? ¿Es que no tienen remedio nuestros  
[males;  
Que han muerto para siempre del alma los ideales  
Y nunca más el genio sus alas tenderá?

El sol ¿no enciende acaso los ámbitos del cielo?  
¿No cantan ya las aves al desplegar su vuelo?  
¿No suenan armoniosas las fuentes al correr?  
El agua en el arroyo ¿no brilla y culebrea,  
Ni al recibir el beso del día que alborea  
La tierra estremecida palpita de placer?

¿No tiene ya misterios la noche silenciosa?  
¿No vuela entre las flores la inquieta mariposa,  
Lanzando polvos de oro sus alas al alzar?  
¿No es el amor la esencia de todo lo creado,  
Ni sube hasta los cielos, solemne y acordado;  
El himno que las olas levantan en el mar?

¡Oh! ¡sí! Pues mientras tanto que el viento lleve  
[aromas,  
Mientras los nidos canten y arrullen las palomas,  
Mientras doquier resuenen acentos de dolor,  
Se engaña quien proclame que ha muerto la poesía;  
Que existirá en la tierra mientras exista el día  
Y viva en nuestras almas el germen del amor.

Poetas, ¡adelante! No hay gloria sin pelea:  
Cantad, y vuestro canto para las almas sea

Promesa venturosa de grato porvenir;  
Cantad, y donde quiera que el mal lleve su azote,  
El hijo de las Musas, cual nuevo sacerdote,  
Aliente al que desmaye cansado de sufrir.

Decid á la doncella que siente estremecida  
Del puro amor primero la dulce sacudida:  
«Desecha tus sonrojos; nacemos para amar;  
Hasta las aves sienten de la pasión la llama;  
Si observas sus amores, sabrás cómo se ama,  
Y te dirán los nidos secretos del hogar.»

Llevándole consuelo, decid al que padece  
Que el corazón humano sufriendo se engrandece;  
Que al reino de la sombra sucede el de la luz;  
Que Dios vino á este mundo, de su martirio escena,  
A hacer fecundo el llanto, y á ennoblecer la pena,  
Y á sublimar la muerte sufriendola en la cruz.

Mostrad á los que duden del bien y del cariño,  
La mística ternura con que contempla al niño  
La madre que acaricia su rostro seductor,  
Soñando mientras duerme tranquilo el pequeñuelo,  
La madre con el hijo y el hijo con el cielo,



Acaso menos dulce que el maternal amor.

Si el mal cunde triunfante y el bien gime vencido;  
Si la virtud no alcanza su lauro merecido,  
Llevad vuestro cauterio donde su estrago el mal,  
Volved á los mortales la fe que los alienta  
Cual iris que brillante, pasada la tormenta,  
Anuncia en las alturas el fin del temporal.

Cantad á la esperanza, la estrella bendecida  
Que alumbra los oscuros abismos de la vida  
Del mar de la existencia cual faro salvador,  
La cándida paloma de dichas mensajera,  
La madre siempre amante, la dulce compañera  
Que cura las heridas del llanto y el dolor.

Si ya el valor no enciende los pechos esforzados  
Y miran las naciones caer desmoronados  
Altares, dioses, tronos, virtudes y poder,  
Abrid ante los pueblos el libro de la historia,  
Y alzad los corazones trayendo á la memoria  
De siglos más gloriosos ejemplos que aprender.

Decid que todo pueblo luchando se hace fuerte,

Y aquel que ocioso vive camina hacia su muerte,  
Así como las aguas producen á la par,  
Al agitarse altivas, la hermosa catarata,  
Y al estancarse luego, la emanación que mata  
Y sube del pantano la atmósfera á viciar.

Luchando se hizo Roma señora de la tierra  
Cuando potente y grande, cual rayo de la guerra,  
El águila del Tíber sus alas desplegó;  
Temblaron al mirarla de espanto las naciones,  
Y nunca detuvieron su paso las legiones  
Mientras ciudad ó pueblo por conquistar quedó.

Mas ¡ay! que aquella Roma tan fuerte y tan te-  
Cansada de batallas, se lanza envilecida [mida,  
Al vicio y las orgías en torpe bacanal;  
Y viéndola olvidarse del triunfo por los goces,  
Las hordas de Alarico, desnudas y feroces,  
Acechan su pereza y afilan el puñal.

Herid las hondas fibras del patrio sentimiento  
Al evocar las glorias y el generoso aliento  
De nuestro pueblo noble, sufrido y vencedor,  
Del que aprendieron todos á resistir luchando,

A rechazar la furia del extranjero bando,  
Y á despreciar su vida y á defender su honor.

Cantad las ya pasadas grandezas españolas:  
Colón buscando un mundo guardado por las olas;  
Guzmán desde una almena tirando su puñal;  
Murillo que en el cielo para pintar se inspira,  
Y el Cid con la tizona y Herrera con la lira,  
Enaltecendo todos el genio nacional.

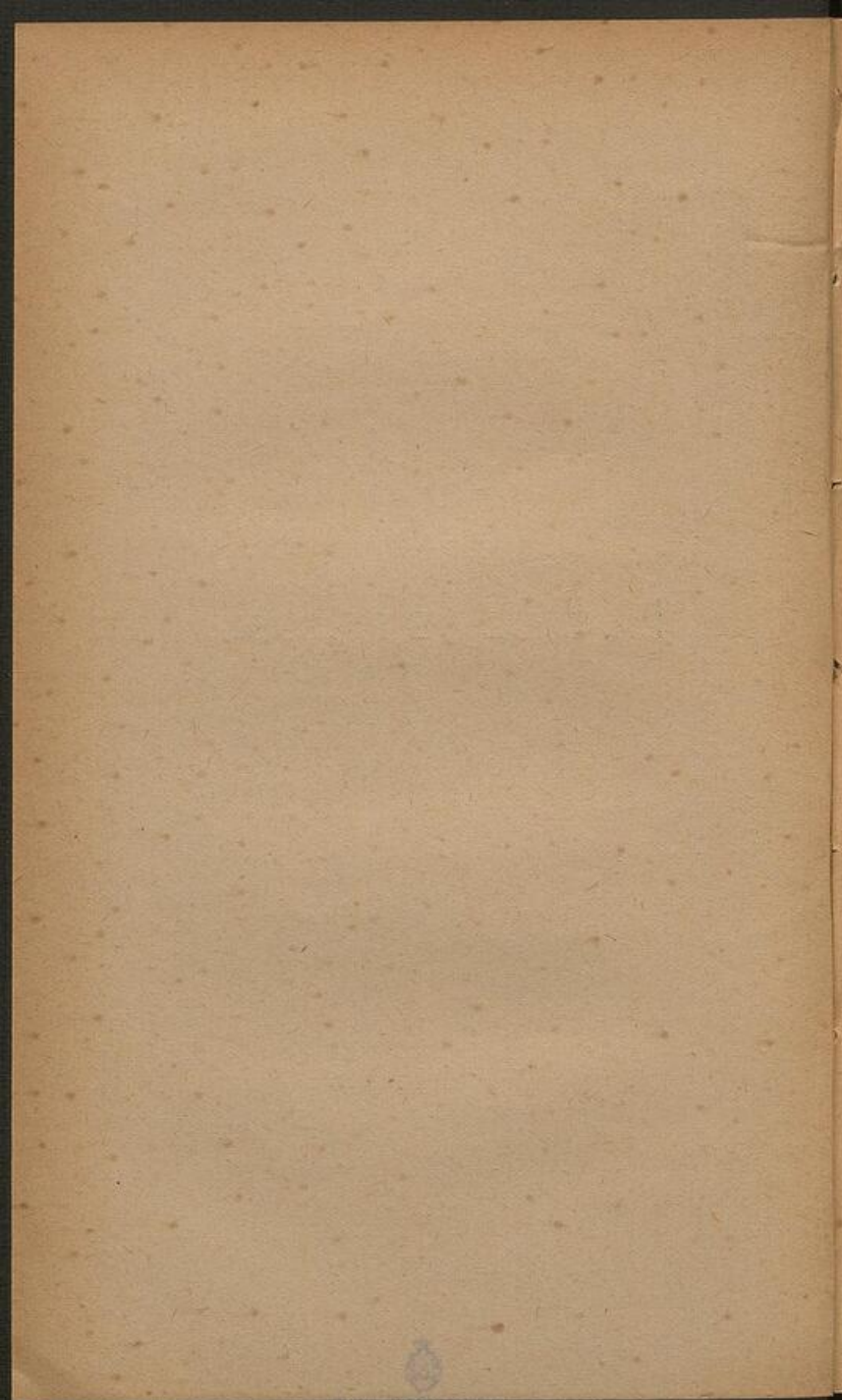
Haced que el hombre siempre mejore su destino,  
Del redentor trabajo mostrándole el camino  
Y huyendo á los peligros del vicio y el placer:  
La Musa no es el siervo que adula al poderoso,  
Sino el amigo honrado, prudente y cariñoso,  
Que al hombre y á los pueblos enseña su deber.

Poetas, ¡adelante! No ha muerto la poesía,  
Ni morirá en la tierra, mientras exista el día  
Y aliente en nuestros pechos un noble corazón;  
Mientras el sol alumbre y den los prados flores;  
Mientras las almas sientan dulcísimos amores;  
Y existan Dios y patria, familia y religión.



LA CRUZ DE PIEDRA.







I

A la entrada del lugar,  
Sobre un peñón que la hiedra  
Circunda y viste á la par,  
Se eleva una cruz de piedra  
Frente á las olas del mar.

Sobre el monte el sol colora  
Del azul espacio el velo;  
El mar á sus plantas llora,  
Y entre el abismo y el cielo  
Está la cruz redentora.

Si azota el mar los erguidos  
Peñascos de algas cubiertos,



En la cruz los afligidos  
Ven unos brazos abiertos  
Hacia el náufrago tendidos.

Y si con preces sentidas  
El pueblo á la cruz implora,  
Vuelven las barcas perdidas;  
Que no hay mejor salvavidas  
Que aquella cruz redentora.

Bajo su sombra sagrada  
El amante que se aleja  
Se despide de su amada,  
Y su esperanza cifrada  
En la cruz bendita deja.

Y luego, izando atrevido  
La vela que el viento azota,  
Se pierde el barco impelido  
Como una blanca gaviota  
Que va buscando su nido.

Y al fin su ausencia al romper,  
El infeliz marinero,

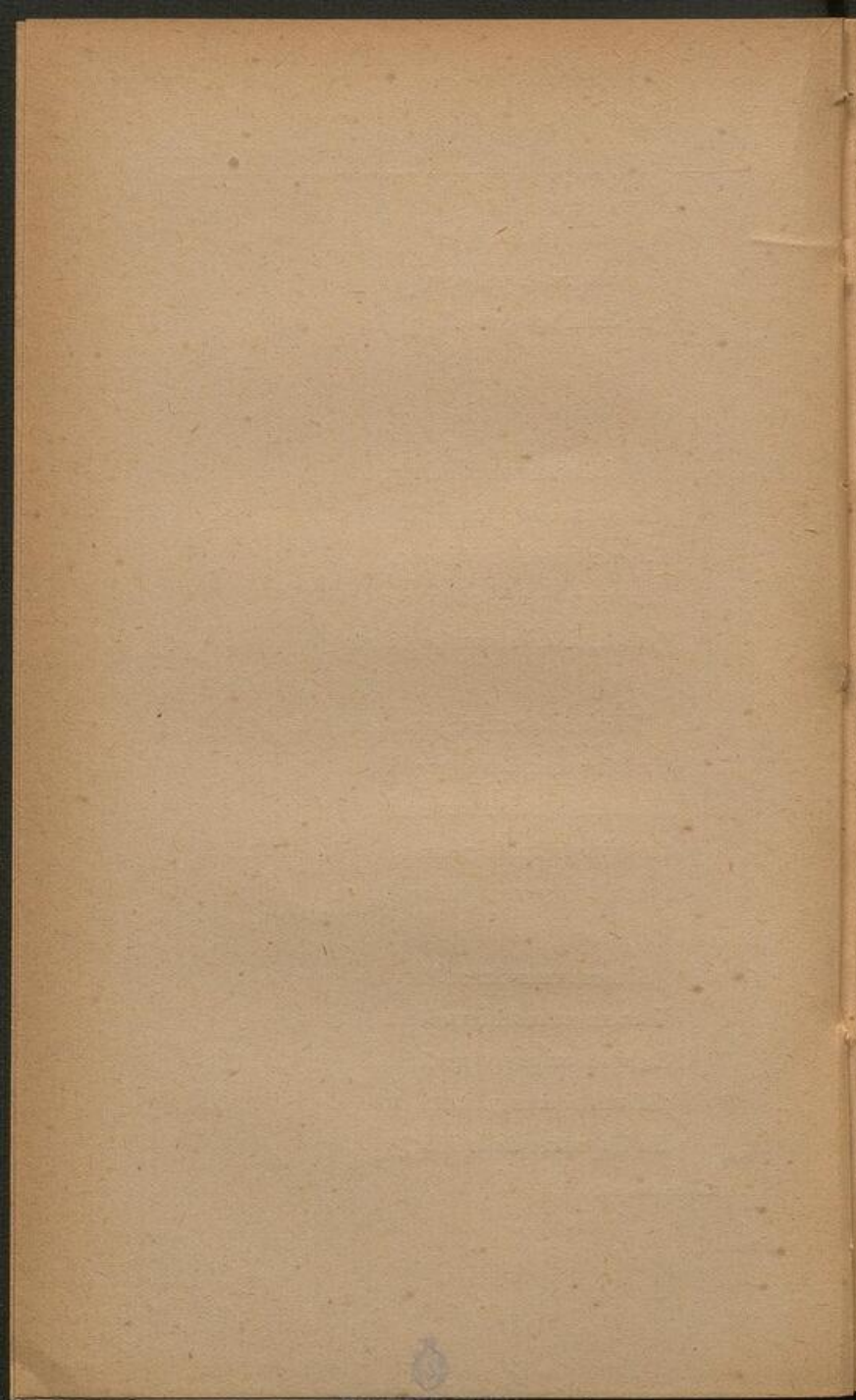
La costa lejana al ver,  
Es esa cruz lo primero  
Que halla su vista al volver.

## II.

Sin fuerzas para luchar,  
¡Oh santa cruz bendecida!  
Tu auxilio vengo á buscar;  
Náufrago soy de otro mar,  
Que también es mar la vida.

También de amargura llenas  
Causan sus aguas espanto,  
Y también nunca serenas  
La agitan olas de penas  
Que al fin se rompen en llanto.

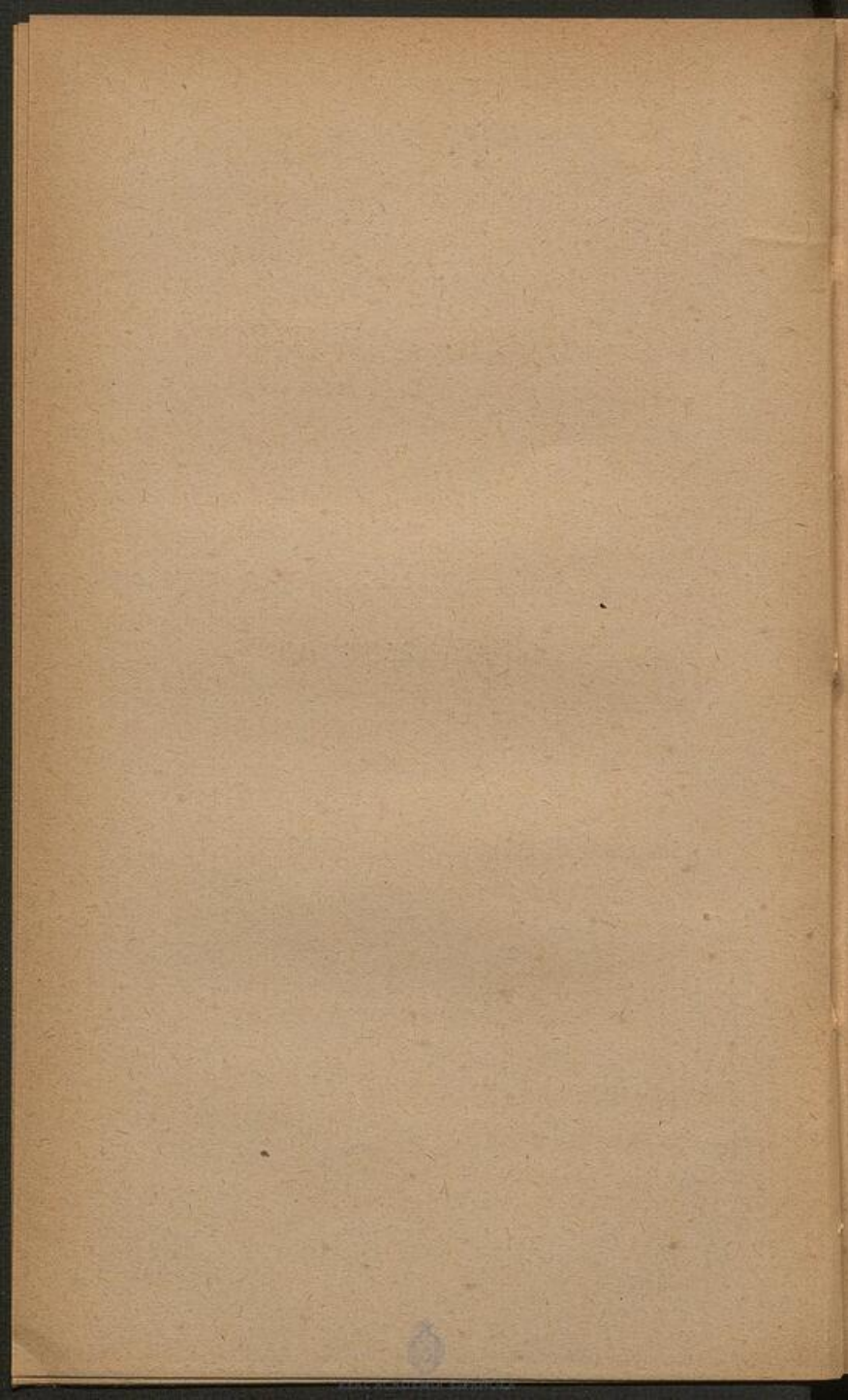
En ese mar sin salida  
Y en negra noche traidora  
Se agita mi alma perdida.  
¡Sálvame, cruz protectora,  
En los mares de la vida!





Á MI AMIGO

EL POETA VELARDE.





Feliz te escribo, de mi dicha cierto,  
Al arribar al fin ¡oh dulce amigo!  
Del santo hogar al suspirado puerto.

En él mi suerte está; yo lo bendigo:  
¡Bien hallada la costa que me espera  
Brindándome al llegar calma y abrigo.

Para formar mi nido en su ribera,  
Como el ave en la selva florecida,  
Al lado de mi dulce compañera!

Ya tiene empleo mi agitada vida  
En la paz de este hogar; paz venturosa,  
Cuanto más ignorada, más querida;



Donde el cansado espíritu reposa  
Sin la sed de ambición rebelde y brava  
Que en la lucha del siglo nos acosa.

Rompa el orgullo del deber la traba  
Y arrastre al hombre con soberbio anhelo  
Por una senda, del error esclava,

Dejándole la duda por consuelo,  
Sin amparo, sin luz, sin fe, sin guía,  
Sin la suprema aspiración al cielo.

Busque ese amor fugaz, que dura un día,  
Quien no sepa, por cándido ó vehemente,  
Que no es amor el que logrado hastía.

Siga del mundo la veloz corriente  
Quien anhele la dicha transitoria  
Del triunfo que persigue locamente;

Tal vez mande, cual sierva, á la victoria;  
Mas tal vez en el pecho ó en las manos  
Se clave las espinas de la gloria.

Del mundo loco los placeres vanos  
Queden por siempre atras; que la conciencia  
Halla goces más dulces y más sanos.

¿Qué debo de ese mundo á la experiencia?  
Helando sin piedad mis ilusiones,  
No me dió en su lugar ni una creencia;

Y al cabo, ¿qué logré con sus lecciones?  
¡Sólo olvidar lo que aprendí en la cuna  
Entre besos y sueños y oraciones!

Cortesano servil de la fortuna,  
Con todos mis placeres ha gozado;  
Mis lágrimas..... ¡jamás enjugó una!

Y escéptico, procaz y degradado,  
Siempre le vi pidiendo al poderoso  
La protección que debe al desgraciado.

Mas ¿quién recuerda el vendaval furioso  
Cuando el iris dibújase en el cielo  
Y surge el sol del porvenir dichoso?

¿Qué más compensación, qué más consuelo  
Que el muro de mi hogar, que me defiende  
De torpe envidia y punzador recelo?

No es el amor que en público se vende  
El que en torno de mí canta y anida  
Y sus alas blanquísimas extiende.

Manantial de ternura bendecida,  
Se temple en el dolor y se ennoblece;  
La virtud y el respeto son su vida;

Da brío en el trabajo, que enaltece,  
Animo al que vacila en la pelea,  
Fuerzas al que en la lucha desfallece,

Y con la fe del mártir en su idea,  
Ni le arredra el dolor, ni teme al llanto,  
Ni se dobla su fuerza gigantea.

Abrazado al deber en lazo santo,  
Jamás en su misión duda un segundo,  
Ni el sacrificio le produce espanto,

Y el sacrificio, por amor fecundo,  
Alienta al corazón, llena la vida,  
Señala al cielo y embellece el mundo.

¡Oh dulce paz soñada y conseguida,  
Contigo hasta el dolor juzgo dichoso;  
Sin tí, la misma dicha me intimida!

Ya el trabajo no es hoy yugo ominoso,  
Porque al cesar me espera confiada  
La que me ofrece bienhechor reposo.



¡ Ah, cuán dulce imagino la velada!  
Allá en la noche del invierno frío,  
De cierzos y de nieves azotada!

Lejos el viento bramará bravío  
Y arderá en la espaciosa chimenea  
El leño, que dió frutos en estío.

El fuego, que se aviva y culebrea,  
Se enroscará sobre la seca rama,  
Que al sentirse abrazar chisporrotea;

Y mientras una cruje y otro brama,  
Vence el fuego voraz, y el leño cae  
Envuelto en los penachos de la llama.

Junto al fuego, que al par templa y distrae,  
Nos juntará, con íntima delicia,  
La profunda pasión que nos atrae.

Allí la confidencia y la caricia,  
La esperanza feliz mal encubierta,  
De la ilusión la virginal primicia,

El placer, el afán, la dicha cierta.....  
¡ Ah, qué hermoso es soñar! ¡ Bendito el sueño  
Que sólo en brazos del amor despierta!

¿Hay porvenir más grato y halagüeño?  
Aun tal vez nos lo guarde la fortuna,  
Si Dios bendice nuestro afán risueño,

Y al colmar nuestras dichas una á una,  
El ángel que en su nombre nos envía  
Baja á llenar la venturosa cuna.

Ya mi ser se estremece de alegría  
Pensando cuando el dulce pequeñuelo  
En sueños con los ángeles sonría,

Y de sus ojos entreabriendo el cielo,  
Le aparte cuidadoso de la frente  
La rizada guedeja de su pelo.

Tal vez ya me extravió locamente,  
Mas déjame soñar que está á mi lado,  
Aunque sufras creyéndome demente.

Yo lo conozco, sí, yo lo he soñado;  
Yo he visto en amoroso desvarío  
Circular por su rostro nacarado

La sangre que heredé del padre mío,  
Junta con la que late por las venas  
Del dulce ser mitad de mi albedrío.

Mas ¡ah dolor, cuán pronto me encadenas!  
Las dichas que han de ser luz de mi historia,  
Al nombrar á mi padre ya son penas.

Ni el noble anciano mirará mi gloria,  
Ni el hijo mío sus palabras sanas  
Grabará para siempre en su memoria,

Ni yo veré con dichas más que humanas  
Juntos y unidos en abrazo estrecho  
Tan blondos rizos y tan nobles canas.

Mas siempre al estrechar contra mi pecho  
A ese ser de mi ser, que el alma ansía,  
En suspiros y lágrimas deshecho,

Le hablaré de mi padre cada día,  
Y entonces él sabrá por mi cariño  
Lo que el honrado viejo me quería.

Y con voz trabajosa y sin aliño,  
El venerado nombre de su abuelo  
Será el primero que pronuncie el niño,

Y rezará por él, con firme anhelo,  
Esa pura oración de la inocencia  
Que ya sabe el camino que va al cielo.



En su ejemplo formando su existencia,  
Le enseñaré desde su edad temprana  
La senda del honor y la conciencia;

Y ayudando á mi empresa soberana,  
Su madre verterá sobre la cuna  
La dulce esencia de la fe cristiana.

Con ella, despreciando la fortuna,  
Caminará seguro por el mundo,  
Si su vaivén constante le importuna;

Y unidos siempre por amor profundo,  
Podré pensar, mirándole á mi lado  
Cuando cierre mis ojos moribundo,

Que dejo en él mi nombre asegurado  
Con digna estimación, si no con gloria;  
Tal vez nunca inmortal, mas siempre honrado.

¡Feliz el que consigue la victoria  
De ver, al caminar hacia la muerte,  
Prolongarse en sus hijos su memoria!

¡Ah! tú ya conseguiste de la suerte  
El bien que yo ambiciono y necesito:  
¡Cuán dulce envidia me consume al verte

Cuando te sigue, con discorde grito,  
La alegre turba de tus hijos bellos,  
Aves y flores de tu hogar bendito !

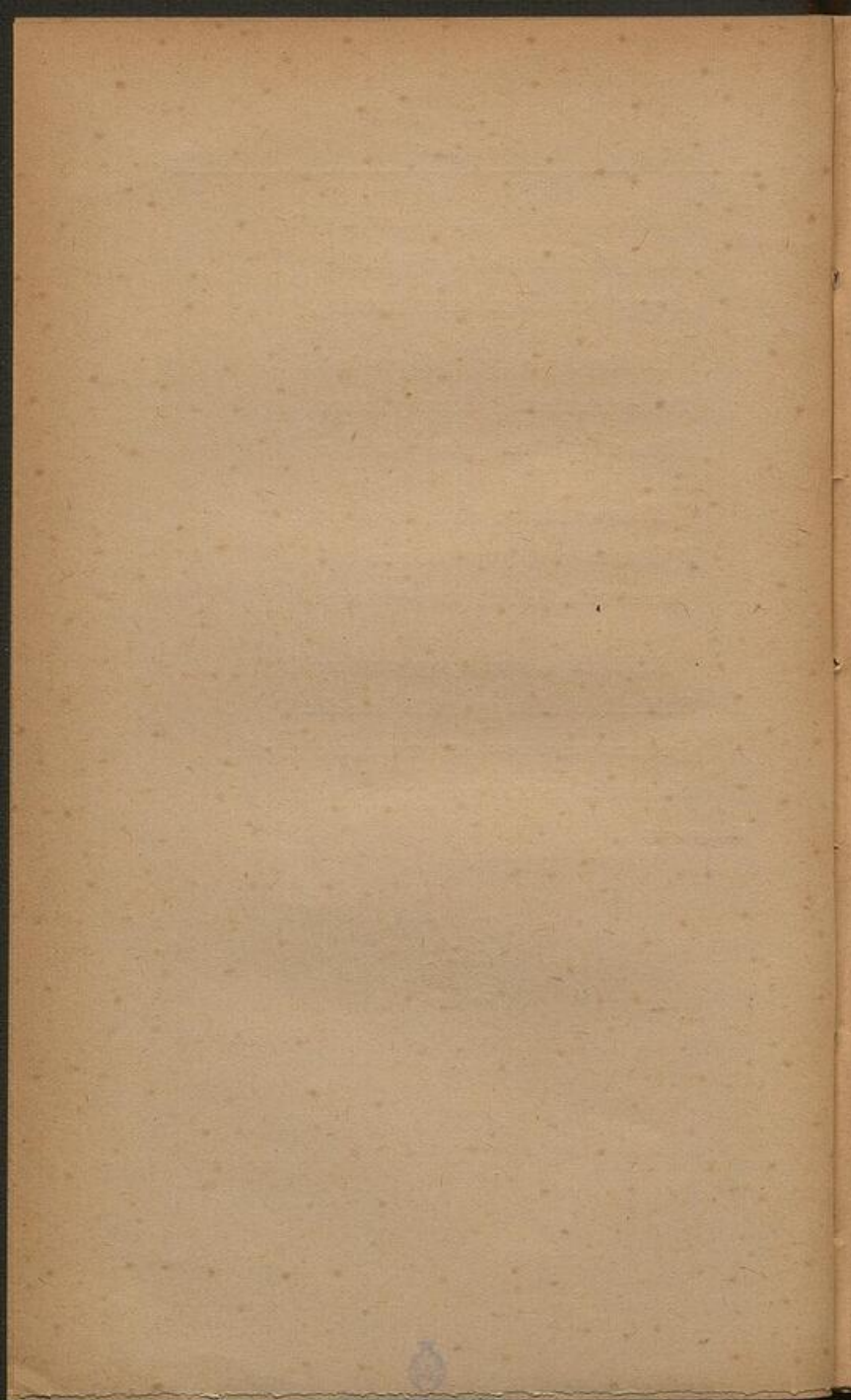
La fama, que te manda sus destellos,  
Ya te ofrece entre palmas y loores  
Glorioso nombre que recojan ellos.

Ellos son de tus obras las mejores,  
Y Dios sabe el fervor con que le pido  
Que su vida feliz siembre de flores.

Adiós ; aquí concluyo y me despido,  
Sabiendo el alma, que feliz la sella,  
Que aunque muera esta carta en el olvido,  
No morirá nuestra amistad con ella.

Noviembre 1883.







MARÍA.

(POEMA.)

ALZAR

(ALMO)



I.

Dejando en pos de sí brillante estela  
Que va á morir en la arenosa orilla,  
Suelta al viento la vela,  
Rauda se aleja la veloz barquilla.  
Más que barco, parece cuando flota  
Blanquísima gaviota  
Que sobre el mar se agita y aletea;  
El agua rompe con presteza suma  
Llevada por la brisa y la marea,  
Y al quebrantar las olas se rodea  
De un ceñidor finísimo de espuma.  
¿Á quién no asombra ver un frágil leño



De la arrogancia de las olas dueño?  
¡Contraste prodigioso  
Que el humano poder lleva descrito!  
Lo débil dominando á lo grandioso;  
Lo pequeño venciendo á lo infinito.

## II.

Agitando un pañuelo  
Desde la playa, con la vista ansiosa,  
—«Adiós»—dice mirando al barquichuelo  
Una muchacha pálida y llorosa;  
Y—«adiós»—grita otra voz con insistencia  
Desde la barca, varonil y clara,  
Mientras se tiende entre los dos la ausencia  
Y el pavoroso abismo los separa.

## III.

Mar adentro, muy lejos de la orilla  
Por temor á las rocas escarpadas,  
Espera un bergantín á la barquilla  
Con sus velas al viento desplegadas.

Llegan; salta á la nave presuroso  
Ágil mancebo de gentil persona,  
Y por última vez mira afanoso  
Las fértiles campiñas que abandona.  
Al duro rechinar de la cadena  
El ancla se levanta  
De húmedas algas y de conchas llena,  
Y, libre ya, la nave se adelanta.  
Todo se apresta en breve;  
Crecen la confusión y el movimiento,  
Crujen las jarcias, el bajel se mueve,  
Las desplegadas velas hincha el viento  
Que las banderas riza,  
Y entre cantos y alegres barcarolas  
El bergantín gallardo se desliza  
Sobre las blancas crestas de las olas.  
¡Qué rápido se aleja! ¡Cómo avanza!  
¡Cuán lejos está ya! ¡Qué raudo vuelo!  
¡Ni la vista lo alcanza!  
Ya es un punto no más que apenas brilla  
Allá donde se juntan mar y cielo.....  
Y aun sigue una mujer desde la orilla  
Agitando llorosa su pañuelo.

## IV.

Alta, delgada, de mirar ardiente,  
De tez morena por el sol curtida,  
De negros ojos y espaciosa frente,  
Ya toca sonriente  
La hermosa primavera de su vida.  
Niña y mujer á un tiempo, su mirada  
Tiene tal transparencia,  
Que junta, en confusión inexplicada,  
Del amor la vehemencia,  
Del pudor la inconsciente llamarada  
Y la cándida paz de su conciencia;  
Y aunque el rubor sus ímpetus sofoca  
Dándoles nuevos giros,  
Parece que palpitan en su boca  
Besos, risas, promesas y suspiros.....  
¿Por qué? Porque á través de su ignorancia  
La pubertad la invade lisonjera,  
Y júntase al ocaso de su infancia  
El despertar de su pasión primera.  
¡Terrible despertar! ¡Pobre María!  
¿Por qué pierde la niña su alegría  
Al trocarse en mujer? Esa amargura



Que anubla su existencia  
Al abrirse la flor de su hermosura  
Y desplegar sus escondidas galas,  
¿Qué es en fin? El adiós de la inocencia  
Que pierde el ángel al perder las alas.

## V.

Llegó al pueblo María  
Cierta tarde de invierno tan aleve,  
Tan destemplada y fría,  
Que la escarcha, más blanca que la nieve,  
Montes, veredas y árboles cubría.  
Era tan niña aún la desdichada,  
Que casi no dejó señal alguna  
La huella de sus pies sobre la helada;  
Tan niña, que la suerte despiadada  
Tuvo que arrebatarla á la cuna  
Para lanzarla al mundo abandonada  
Al contrario vaivén de la fortuna.

¿A qué vino? ¿De dónde? ¿Quién lo sabe!  
Hoja á merced del viento,  
Vino buscando un nido como el ave,

Sin familia, ni amparo, ni sustento.  
No conoció jamás padre ni amigo;  
Criada por oscuros leñadores,  
Vióse bien pronto, sin amor ni abrigo,  
Sujeta de su suerte á los rigores.  
Así llegó al lugar hambrienta y sola  
Aquella noche destemplada y fiera,  
Caminando al azar, como la ola  
Que no sabe la playa que la espera.

¡Cuán desierto lo halló! Sólo rompía  
El lúgubre silencio de la aldea,  
Que un pueblo abandonado parecía,  
El lejano rumor de la marea,  
Monótono y constante;  
El viento que con él se confundía;  
La plañidera voz de la campana,  
Y el ladrido del perro vigilante,  
Fiel guardador de la heredad cercana  
Y terror del perdido caminante.

— Está el lugar desierto—

Dijo al sentarse la infeliz María,  
Frente á un balcón abierto

Que un resplandor intenso despedía.  
¿Qué vió tras el cristal? ¿Qué extraña idea  
Despertó de improviso su alegría?  
Ved el cuadro que ofrece la ventana:  
Enfrente á la espaciosa chimenea,  
Sobre mesa cubierta de manjares,  
La hirviente sopa que incitante humea;  
Una joven, un hombre y una anciana  
Que en torno de la mesa, sin pesares,  
Hablan alegremente confundidos;  
Y allá junto al hogar, do el viento brama,  
Dos niños contemplando embebecidos  
El resplandor rojizo de la llama  
Y oyendo de la leña los chasquidos.  
Ante contraste tal, ¿qué hizo María?  
Sintió á la par tristeza y alegría,  
Lloró un momento, se repuso en breve,  
Quedo, muy quedo, dijo: — ¡Madre mía! —  
Y dormida quedó sobre la nieve,  
Donde la halló la claridad del día.

## VI.

De allí la recogieron  
Honrados pescadores,



Que amparo, casa y protección le dieron;  
Y al lado de sus nobles protectores  
Sus infantiles años transcurrieron.  
Así creció bajo el influjo suave  
De aquel bendito afecto inesperado.

¿Debo decir que amó? ¿Quién no lo sabe?  
¡ Ama tan fácilmente el desgraciado!  
Puso en Juan su cariño,  
Y no fué su pasión amor de niño,  
Fuego que muere cuando apenas brilla;  
Prendió en ella el amor con tanto brío  
Como en la tierra virgen la semilla;  
Su pobre corazón, de amor sediento,  
Como los secos prados en estío  
Ansioso al despertar latió violento;  
Y la que por azar de la fortuna  
No conoció jamás ni ese amor santo  
Que arrulla nuestros sueños en la cuna,  
Amó con tal vehemencia y amó tanto,  
Que su primer pasión, nunca olvidada,  
Fué resumen de todos los amores;  
Explosión largo tiempo sofocada;  
Fruto precoz nacido entre las flores

De aquella tierra virgen tan regada  
Por abundante lluvia de dolores.

## VII.

En busca de fortuna con anhelo  
Partió á América Juan, siendo muy niño;  
Quedando, con su marcha, sin consuelo  
La prenda angelical de su cariño.  
¡Con cuánta pena la gentil María  
Desde la playa contemplaba á solas  
El bergantín gallardo que corría  
Sobre las blancas crestas de las olas!  
Su esperanza, su amor, cuanto desea,  
Todo con él se aleja de su lado.....  
—Pero ¿qué importa? volverá á la aldea;  
No me puede engañar, me lo ha jurado.—  
Así la pobre niña balbucea,  
Y en el crédulo afán de la esperanza,  
Confundiendo el placer y la amargura,  
Repite con tranquila confianza:  
—¿Cómo me ha de engañar cuando lo jura?  
Y eso que estar sin él es espantoso.....  
Dice que vendrá rico, poderoso,

Que el oro allí con prontitud se gana;  
¡Tal vez venga en un barco tan hermoso  
Como aquel que yo ví la otra mañana,  
Con banderas que el viento sacudía  
Y echando por la negra chimenea  
El humo que flotante se extendía  
Dorado por el sol sobre la aldea!  
Será su capitán..... pues ¡ya lo creo!  
¡Qué gallardo estará cuando vestido  
Con su marcial arreo,  
Regrese á este lugar, donde ha nacido!  
¡Si casi me parece que le veo!—

Y, en efecto, veía su quimera  
Con esa claridad con que el deseo  
Suele ver de antemano lo que espera.

### VIII.

Transcurrieron los años lentamente,  
Y Juan no regresaba  
Ni en el lugar se supo del ausente;  
Ella sólo en el pueblo le esperaba.



¡Quién que la viese delirante y sola  
Todas las tardes recorrer la playa  
Por la ondulante línea en que la ola  
Sobre la arena, lánguida, desmaya,  
Reconociera en ella,  
Marchita por el llanto y la amargura,  
Á la gentil doncella  
De esplendorosa y mágica hermosura!  
Sentada frente al mar, sobre las lomas,  
Mientras la luz en el espacio brilla,  
Mira llegar, cual bandas de palomas,  
Los barcos que se acercan á la orilla.  
—Vendrá en ése—murmura la cuitada.—  
Y llega el barco, pero Juan no llega.  
—Será en el otro—dice resignada,  
Mientras el llanto sus mejillas riega.....  
Y esperando constante su venida,  
Así mira pasar año tras año,  
En el ansiado bien puesta su vida.  
Cada nuevo bajel que á ver alcanza  
Es otro desengaño;  
Y aunque siempre la ve desvanecida,  
Se abraza más y más á su esperanza,  
Nunca lograda ni jamás perdida.

## IX.

Muchos años después, cuando miraba  
Desde la verde cúspide de un monte  
El sol que tras las olas se ocultaba,  
Vió un barco que, á favor de la marea  
Trasponiendo veloz el horizonte,  
Volaba á toda máquina á la aldea,  
Dejando de la tarde entre la bruma  
Ancha columna de vapor hirviente,  
Y sobre el mar tranquilo y transparente  
Flotante huella de nevada espuma.  
Jamás se vió, de fijo, hasta aquel día,  
En el lugar un barco tan hermoso.  
—Debe ser de algún príncipe—decía  
La gente que en tropel tumultuoso  
Volaba á ver el barco en la bahía.  
—¡Oh! Bien hace la fe que no desmaya;  
¡Es mi Juan! ¡es mi Juan!—gritaba en tanto  
María, que corriendo hacia la playa,  
Mezclaba la sonrisa con el llanto.  
—Es él, que viene rico, poderoso;  
Él, que vuelve al lugar á ser mi esposo.—

Y un momento después vió enajenada  
Una frágil barquilla  
Que por ocho remeros impulsada  
Volaba como un rayo hacia la orilla.

## X.

Era, en efecto, Juan, su antiguo amante.  
¿Qué pasó por la huérfana constante  
Al tocar el ocaso de sus penas?  
Lo que una vez no más el alma siente:  
La sangre hirviendo dilató sus venas,  
Subió á sus labios, encendió su frente;  
Entre dulces sonrojos  
Su rostro recobró la lozania  
Y desbordóse en rayos por sus ojos,  
Como volcán que estalla, la alegría.  
— ¡Es Juan!..... Mas ¿la mujer que le acompaña  
Y el tierno niño que con él navega?  
La vista no me engaña.....  
¿Le llama «padre» y en sus brazos juéga!.....  
¿Al fin te vuelvo á ver, Juan de mi vida!  
¿Dónde has estado, dónde?



¡Cuánto tiempo aguardando tu venida!  
—¿Quién es esta mujer?— Juan le responde.  
—¿No me conoces?— delirante y loca  
Dice, no más, atónita María;  
Y helándose las frases en su boca,  
Inmóvil queda como estatua fría.  
—¡Ah, sí! Puede que sea  
Una pobre muchacha que jugaba  
Conmigo siendo niño en esta aldea.  
¡Á fe que ni siquiera me acordaba!—  
Y se alejó del sitio indiferente,  
Sin sospechar el daño que causaba,  
Serenó el corazón y alta la frente.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

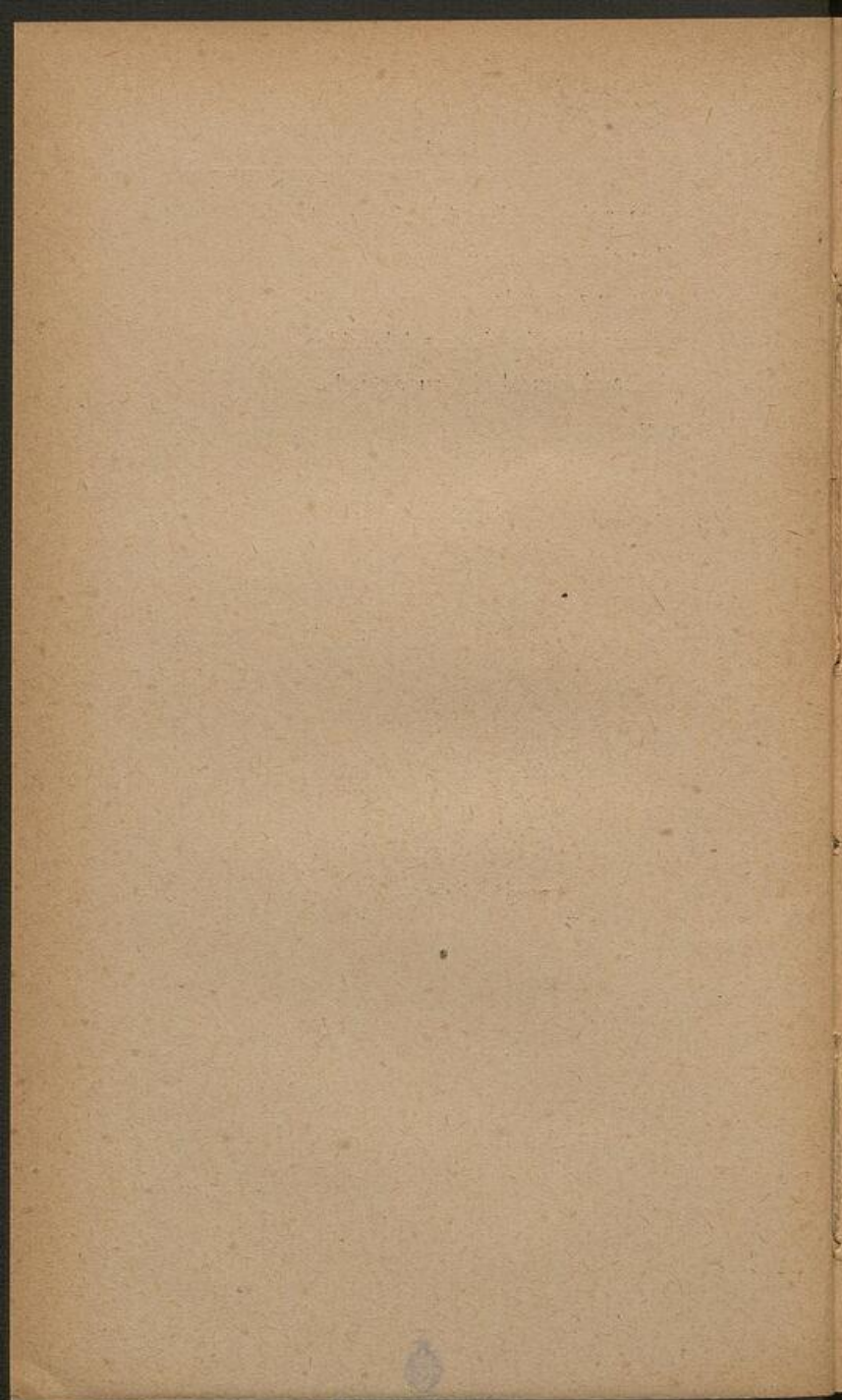
## XI.

Todas las tardes cuando el sol desmaya,  
Vagando por la línea en que la ola  
En curva desigual muere en la playa,

Una pobre mujer, descalza y sola,  
Fija siempre en su idea,  
Con su alegre locura por consuelo,  
Mira volver los barcos á la aldea,  
Agitando en el aire su pañuelo.

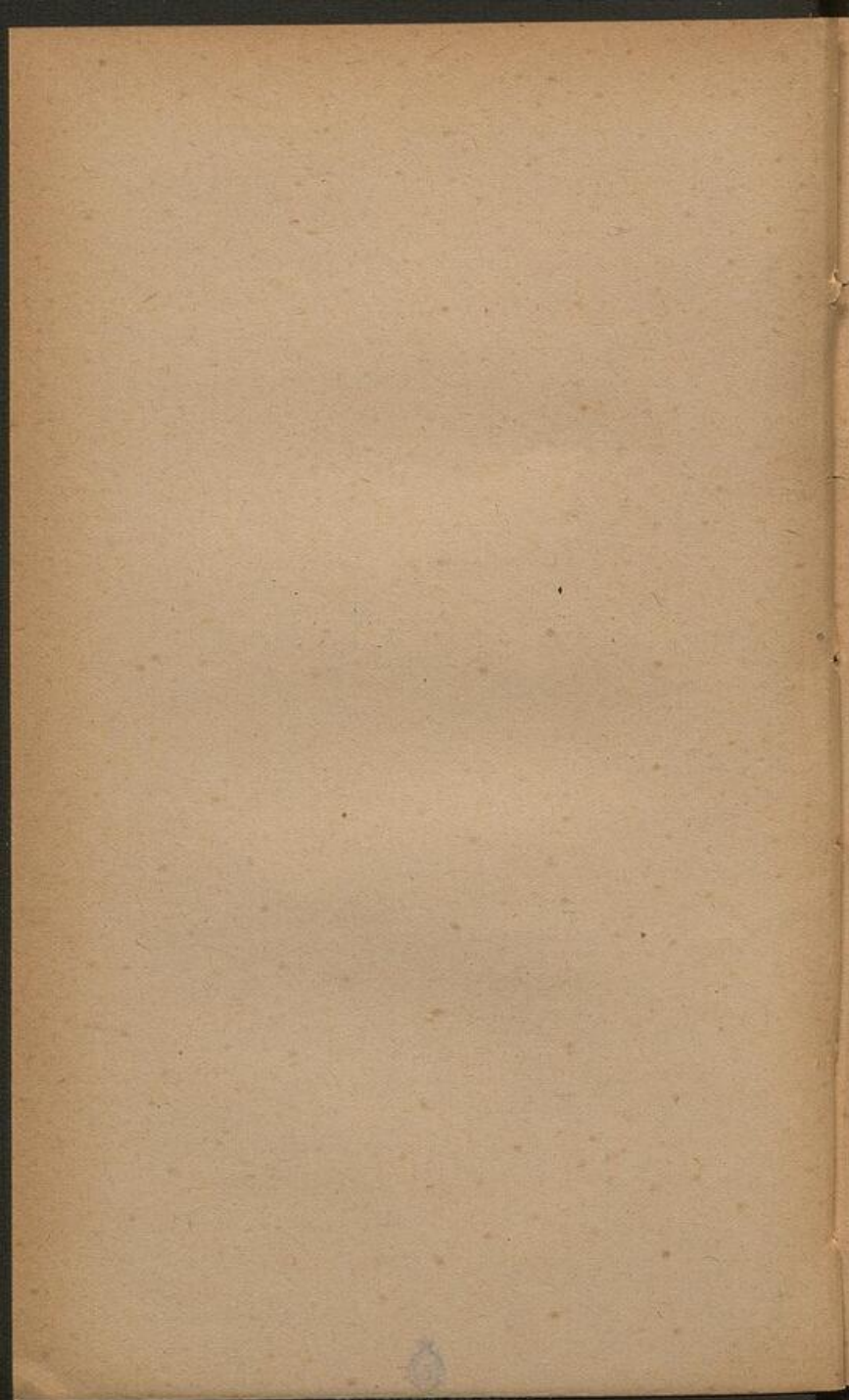
Julio 1884.







¡ANDALUCÍA!





Al fin, tras largos años  
De ausencia impía,  
Nuevamente de mi alma  
Te enseño reas.  
¡Salve, pródiga tierra  
De la alegría!  
Patria de mis amores,  
¡Bendita seas!



¡Cuántos ya disipados  
Sueños de gloria,  
Recuerdos de otro tiempo  
Siempre querido,  
Se despiertan alegres  
En mi memoria  
Al volver á la tierra  
Donde he nacido!

¡Venid, recuerdos gratos,  
Y, aunque de lejos,  
Devolved á mi mente  
La lozanía;  
Que llama á vuestra puerta  
Con sus reflejos  
El sol vivificante  
De Andalucía!

Los rayos que despide  
Su hoguera santa  
Derraman generosos,  
Á manos llenas,  
Gérmenes en el suelo,  
Savia en la planta,

Claridad en la mente,  
Fuego en las venas.

Aquí nunca las nubes  
Corren su velo,  
Y tienen más aroma  
Frutos y flores,  
Más anchura el espacio,  
Más luz el cielo,  
Y querellas más dulces  
Los ruisseños.

Brotan aquí doquiera  
Lirios y rosas,  
Que no hielan los soplos  
Del cierzo duro,  
Y tienen más colores  
Las mariposas,  
Y es la mujer más bella  
Y el sol más puro.

Silvestres amapolas  
Cubren los prados,  
Las doradas espigas

El viento mece,  
Y la arisca chumbera  
De los vallados  
Su dulcísimo fruto  
Pródiga ofrece.

Los añosos olivos  
De claras hojas,  
Formados en hileras,  
Bajan del monte,  
Y el naranjal limita  
Con cintas rojas  
Los últimos confines  
Del horizonte.

Elevándose erguidas  
Sobre el follaje,  
Dominando los huertos  
Y las praderas,  
Con la espesa techumbre  
De su ramaje  
Brindan sombra y frescura  
Verdes palmeras.



La magnolia fragante,  
Bella y frondosa,  
Abate sus altivas  
Ramas mejores,  
Como buscando alguna  
Mano piadosa  
Que la alivie del peso  
De tantas flores.

¡Cuán ufana la viña  
Por la llanura  
De sus pámpanos verdes  
Tiende el tesoro,  
Y en racimos enormes  
Guarda segura  
El riquísimo néctar  
Color de oro!

¿Qué antídoto más dulce  
Para la pena  
Que ver del mar risueño  
Junto á la orilla,  
De sabroso marisco  
La fuente llena,

Cercada por las cañas  
De manzanilla?

Aquí el fresco pescado  
Pasa cautivo,  
Por manos de una moza  
Que canta y ríe,  
Desde la red que preso  
Lo guarda vivo,  
Á la sartén inmensa '  
Donde se fríe.

Y lejos, entre alegres  
Voces risueñas,  
Bajo la fresca sombra  
De verde parra,  
Una zagala entona  
Las malagueñas,  
Que acompaña al rasgueo  
De la guitarra.

Uno aquí habla del trigo  
De sus graneros;  
Otro, de la yeguada

Que aumenta y cuida;  
Y éste, amigo de toros  
Y de toreros,  
Cuenta las peripecias  
De una corrida.

Ya recuerda aquel bravo  
Toro meleno  
Que en aprieto tan duro  
Puso á la gente,  
Hasta que con soltura,  
Guapo y sereno,  
Lo quebró de rodillas  
Cierto valiente;

Ya pondera el arrojo,  
Viveza y gala,  
Con que un banderillero  
Metió los brazos.....  
Relación que oye atenta  
Cierta zagala  
Que se muere de amores  
Por sus pedazos,



Y que venciendo el ansia  
Que la conmueve,  
Oculta un sentimiento  
Que nadie ignora,  
Mientras al blando paso  
De su pie breve,  
Su bata almidonada  
Cruje sonora.

. . . . . ; . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Desde la abrupta sierra  
Que azota el viento  
Y defiende la entrada  
De estos lugares,  
Hasta el peñón enorme  
Cuyo cimientto  
Deshechos en espuma  
Besan dos mares,

Todo es aquí conjunto  
De perfecciones,

El mar, el pueblo, el campo,  
La luz, el día,  
Y estas almas vehementes,  
Cuyas pasiones  
Aviva el sol de fuego  
Del Mediodía.

Granada, entre jardines  
Que el Darro riega,  
Coronada de torres,  
Se eleva ufana,  
Y á sus plantas se tiende  
La fértil vega,  
Alcatifa moruna  
De la sultana.

Allí la Alhambra altiva  
Sobre el follaje  
Destácase orgullosa  
De sus primores,  
Y allí lucha la piedra  
Con el encaje  
De aquellos arabescos  
En las labores.

Sobre un campo más verde  
Que la esmeralda,  
Sevilla se presenta  
Blanca y riënte,  
Y enamorado el Betis  
De la Giralda,  
La copia en los cristales  
De su corriente.

Córdoba la moruna,  
Que el valle encierra,  
Sobre su fértil suelo  
Se alza bendita  
Entre los naranjales  
De aquella sierra  
Y el bosque de columnas  
De su mezquita.

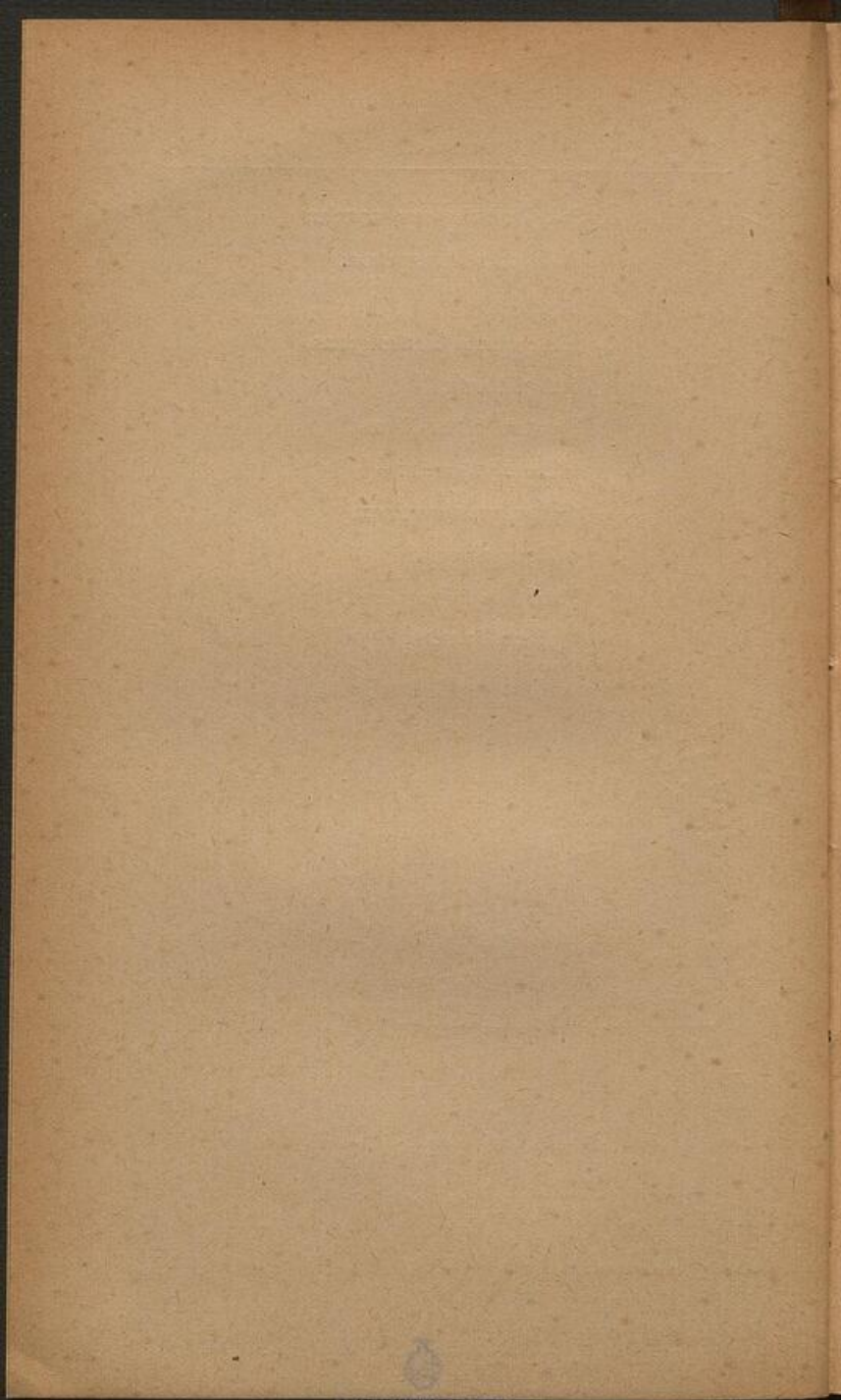
Reina del Oceano,  
La antigua Gades  
Sobre el mar se levanta  
Con gracia suma,  
Como la hermosa Venus  
De las ciudades



Surgiendo en una concha  
De entre la espuma.

¡De cuántos bienes gozas,  
Andalucía,  
Y cómo de las almas  
Te enseñoareas!  
¡Salve, pródiga tierra  
De la alegría!  
Patria de mis amores,  
¡Bendita seas!



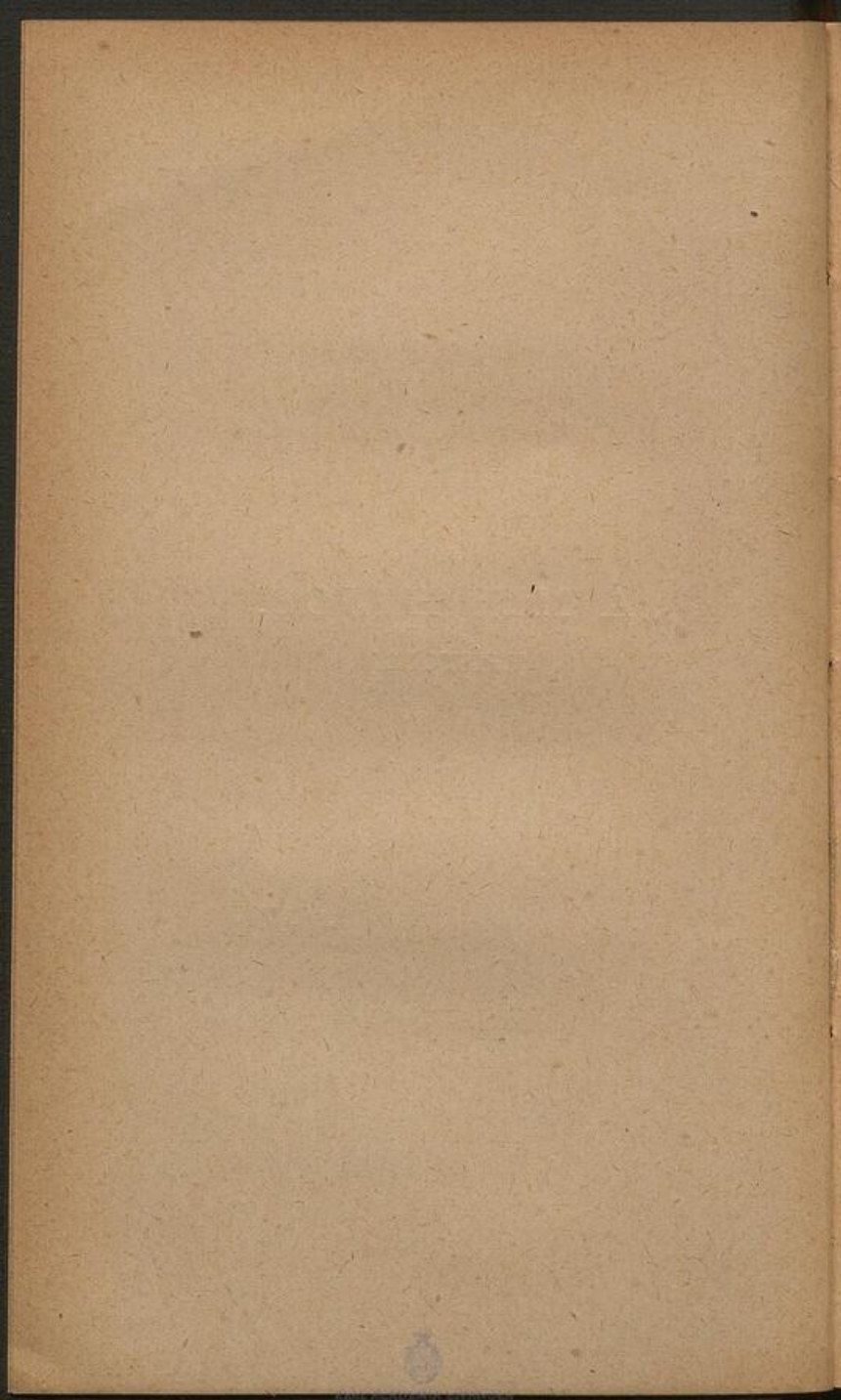


Á MIS HIJOS.

(EPÍSTOLA.)









Hijos míos, mi gloria, mi alegría,  
Que en la senda del mundo fatigosa  
Sois alma y luz de la existencia mía:

La edad de la inocencia venturosa  
Os sonríe feliz y placentera,  
Pues la vida en su albor siempre es hermosa.

Disfrutadla tranquilos. ¡Quién pudiera  
Detener en su curso apresurado  
Del insaciable tiempo la carrera,

Y veros siempre niños á mi lado,  
En la santa ignorancia bendecida,  
Ajena al sufrimiento y al cuidado!

¡Oh dulce edad, tan rápida y querida,  
Feliz mil veces tú, pues aun ignoras  
Las sombras y tristezas de la vida!

¡Cuán raudas pasan las risueñas horas  
En que el alma, sin odio ni recelo,  
Sólo sueña con ángeles y auroras,

Y aunque sin alas para alzar el vuelo,  
Conserva la memoria en su regazo  
Reminiscencias místicas del cielo!

Pero inútil afán. En corto plazo  
Llamará la razón á vuestra puerta,  
De la infantil edad rompiendo el lazo,

Y á vuestra vista deslumbrada, abierta  
Veréis del mundo la anchurosa vía,  
Alegre para el alma que despierta,

Porque es, al fin, el comenzar de un día,  
Y ni en el mismo invierno hay alborada  
Sin un rayo siquiera de alegría.



Antes de que empecéis vuestra jornada,  
Consagrad de esta carta á la lectura  
De vuestros ojos la primer mirada;

Mi voz oid, aunque os parezca dura,  
Que jamás otra alguna en vuestro oído  
Resonará tan llena de ternura.

Juzgando estrecho del hogar el nido,  
Saldréis al mundo, dirigiendo el paso  
Por frondoso verjel llano y florido,

Y, como todos, pensaréis acaso  
Que es la vida perenne primavera  
Que alumbra un sol sin límites ni ocaso.

¡Terrible decepción la que os espera!  
El odio infame, la ambición temida,  
La ingratitud, del hombre compañera,

Todos los torcedores de la vida,  
Os acechan al borde del sendero  
Con la sangrienta garra apercebida.

Bajo su golpe, rápido y certero,  
Bien pronto sentiréis la mordedura  
Inolvidable del dolor primero.

Que no os parezca vuestro mal sin cura;  
Todo pesar, al fin, lleva consigo  
El consuelo eficaz de su amargura.

Es el primer dolor un fiel amigo  
Que, al encuentro saliéndonos, nos lleva  
La nueva infausta de que fué testigo.

¿Qué culpa tiene quien nos da la nueva  
Del rudo golpe ó la contraria suerte  
Con que el destino nuestro temple prueba?

Nunca ha de vacilar el alma fuerte:  
Lo que la mente no, la fe lo alcanza,  
Y no hay mal sin remedio ni en la muerte;

Pues si á su abismo lóbrego nos lanza,  
Sus sombras ilumina y sus horrores  
La dulcísima luz de la esperanza.

Espinas halla donde sueña flores  
Quien la felicidad busca sin tino  
Del mundo ó de la suerte en los favores.

¡Cuántos en pos de su fulgor divino  
Corrieron sin descanso y con vehemencia,  
Consumiendo la vida en el camino,

Sin sospechar ni un punto, en su demencia,  
Que está en nosotros mismos la ventura,  
Y consiste en la paz de la conciencia!

Ella el único bien nos asegura:  
Poned constantes vuestro fijo anhelo  
En conservarla cual la nieve pura,

Sin odios, sin envidia, sin recelo,  
Transparente y dormida como el lago  
En cuyas aguas se retrata el cielo.

No de la humana gloria en el halago  
Busquéis felicidad, dicha ilusoria,  
Cuyos placeres truécense en estrago.

No es ya deidad purísima la gloria  
Que nos muestra en la lucha de la vida  
El preciado laurel de la victoria;

Es cortesana impúdica vendida  
Que revuelca en el fango su belleza,  
Desgreñada, procaz y envilecida,

Y sin alas, ni encanto, ni pureza,  
En vez de alzar el vuelo hasta la altura,  
Se arrastra cual reptil por la maleza.



Ni menos la ambición soberbia y dura  
Derrame en vuestras almas su veneno  
Con falaces promesas de ventura.

Sitio es su cumbre de peligros lleno,  
Y no siempre, hijos míos, quien lo toca  
Es el más venturoso ni el más bueno.

¡Á cuánto crimen la ambición provoca  
Con su anhelar eterno y afanoso  
Que el instinto del bien hiere y sofoca!

¿Y es por esto feliz el ambicioso?  
Lleva consigo su tenaz empeño  
Largas noches sin tregua ni reposo,

En que visiones mil, de torvo ceño,  
Con su vago clamor y su presencia  
Turban la paz benéfica del sueño.

Vale más, como bien de la existencia,  
Dormir en lecho duro y olvidado,  
Sin temores que turben la conciencia,

Que revolcarse insomne y agitado,  
Por extraños fantasmas perseguido,  
Sobre lecho de plumas y brocado.

Odia la dicha el mundanal rüido;  
Que para ser feliz no busca el ave  
Sino la oculta soledad del nido.

Mas no siempre es la vida peso grave;  
También ofrece á nuestro noble anhelo  
Un atractivo mágico y süave.

El amor, alma y luz, gloria y consuelo,  
Bálsamo del dolor, fuente de vida,  
Emanación purísima del cielo.

Á su mirada hermosa y bendecida  
Disípase el pesar, todo florece,  
Y vuelve al alma la ilusión perdida;

Como ante el alba, apenas aparece,  
Cobra savia la flor y el viento aroma,  
Cantan las aves y la vida crece,

Hasta que, al fin, tras la encendida loma,  
Con noble majestad el rey del día  
Deslumbrador y fulgurante asoma.

Sólo el amor á la ventura guía;  
Y ninguno tan grande, tan profundo,  
Tan lleno de ternura y de poesía,

Como el que inspira Dios, sabio, fecundo,  
Poderoso, magnífico, clemente,  
Alma del orbe y redentor del mundo.

Su soplo anima cuanto vive y siente;  
Él encendió la idea abrasadora  
Que surge, como el rayo, de la mente:

Á su voz, potentísima y creadora,  
Tras una noche eterna y sin medida  
Brilló en el cielo la primer aurora.

La tierra despertóse estremecida,  
Fructificaron las campiñas bellas,  
Movióse el mar y palpité la vida,

Y al luminoso rastro de sus huellas  
La lóbrega extensión de lo infinito  
Se tachonó de innúmeras estrellas.

Dios salvador y pródigo y bendito,  
Que por amor hacia el linaje humano  
Vino á vivir al mundo cual proscrito,

Más grande cuando al pobre llama hermano  
Y ensalza la humildad, y oye al creyente,  
Y al llanto y al dolor tiende la mano,



Que cuando, con su soplo omnipotente,  
Saca de los abismos de la nada  
La creación inmensa y sonriente.

¡Oh religión dulcísima y sagrada,  
Que al nacer nos recibes placentera  
Cual cariñosa madre alborozada!

Tú acompañas al hombre en su carrera;  
Tú le entregas después honrada y pura  
A aquella que buscó por compañera;

Tú endulzas de su muerte la amargura,  
De otra vida mejor con el anhelo,  
Y por fin, al abrir su sepultura,

En ella, como signo de consuelo,  
Pones la cruz que tiende suplicante  
Los brazos redentores hacia el cielo.

Otro amor, á la vez tierno y constante,  
Que endulzará también con su belleza  
Cualquier dolor que os hiera y os quebrante,

Lo inspira la feraz Naturaleza,  
Nuestra madre común, santa y querida,  
Faro en el hondo mar de la tristeza.

La tierra, que devuelve agradecida  
En tiernos frutos y pintadas flores  
El germen que en su seno toma vida;

El continuo trajín de las labores;  
El arroyo que corre y culebrea,  
Donde su sed aplacan los pastores;

La mies dorada, que en el llano ondea,  
Ofreciendo á la vez pan y ventura  
Al labrador que en ella se recrea;

La vid, con su pomposa vestidura,  
Que en racimos sin fin encierra y cría  
Del generoso vino la dulzura;

La clara noche y el sereno día,  
Todo es en tí, Naturaleza hermosa,  
Vida, y calor, y encanto y poesía.

¡Y cuánto tu lección es provechosa!  
El zumbador enjambre, que padece  
En continua labor, larga y penosa,

Enseñanza y ejemplo nos ofrece  
Del redentor trabajo en el sendero,  
Que dignifica al hombre y lo ennoblece.

El ruiseñor, enamorado y fiero,  
Que canta venturoso cuando anida,  
Enmudeciendo al verse prisionero,

A gozar nos enseña, sin medida,  
La dulce libertad, don soberano,  
Acaso el más precioso de la vida.

La pobre hormiga, que conserva el grano,  
¿No da también ejemplo conocido  
De orden y previsión al hombre vano?

¿Y quién, en fin, tan tierno y tan rendido,  
Que no pueda tomar lección de amores  
De la paloma cuando forma el nido?

Y á un mismo tiempo pájaros y flores,  
El mar, y la montaña y la llanura,  
Con olas, y perfumes y colores,

Al hombre todo, sin cesar murmura:  
«Cuanto á tu vista ansiosa se derrama  
Dios lo formó pensando en tu ventura;

»La tierra entera por su rey te aclama;  
Goza tu dicha en paz, tuyo es el mundo;  
Bendice al Hacedor, y vive y ama.»



También el patrio amor santo y profundo,  
Cual religión sagrada y amorosa,  
En vuestras almas crecerá fecundo.

¿Y quién no te ha de amar, oh patria hermosa,  
Tan envidiada ayer, hoy tan hundida,  
Y siempre tan bendita y generosa?

¿Qué importa que, gozándose en tu herida,  
Te contemplen enferma y desangrada  
Tus hijos, con instinto parricida?

Tú serás siempre noble y respetada,  
Y tu gloriosa historia la primera,  
Cuando por grande no, por desgraciada.

Vuelve á tu antiguo ser; álzate fiera,  
Y lleva por doquier á la victoria  
Amarrada otra vez á tu bandera.

No más, haciendo feria de la gloria,  
La distribuyas entre obscura gente  
Que ni el desdén merece de la historia.

No consientas de nuevo, indiferente,  
Que el charlatán cual sabio se levante,  
Ni cual artista el necio ó el demente;

Ni menos, tan audaz como ignorante,  
Encumbres la plebeya medianía,  
Sólo en su empeño de medrar constante.

Hacer de los honores mercancía,  
Es quererlos matar; que en la subasta  
Puja más el favor que la hidalguía.

Tu hercúlea fuerza en la abyección se gasta,  
Tolerando bajezas y desmanes;  
Despierta de una vez diciendo: «¡Basta!»

Sangre de los Alfonsos y Guzmanes  
Late en tus venas como antiguamente,  
Y eres raza de genios y titanes.

Aun oye el mundo entero, reverente,  
De tu Cervantes la inmortal novela;  
Aun canta Calderón con voz potente;

Aun de Colón la vieja carabela  
Buscando un mundo va tras de las olas,  
Hinchada por la fe la rota vela;

Aun, entre triunfos, palmas y aureolas,  
Velázquez, tan glorioso como Apeles,  
Hace admirar las artes españolas,

Y aun, conquistando reinos y laureles,  
Redoblan su galope, vencedores,  
Del Cid y de Gonzalo los corceles.

Cual resumen de todos los amores,  
Un nuevo amor, que al describir vacilo,  
Vuestra existencia sembrará de flores.

¿Cuál es? preguntaréis.—El más tranquilo;  
El que ofrece del mundo en la jornada  
Seguro puerto y salvador asilo:

El amor á la esposa idolatrada,  
Mitad de nuestro ser, supremo encanto,  
Siempre á sufrir sumisa y resignada;

El amor al hogar, risueño y santo,  
Que el ángel de la paz guarda y defiende  
Contra la envidia y el rencor y el llanto;

Amor que hacia su Dios las alas tiende,  
Se temple en la virtud, al bien nos lleva,  
Y en generoso anhelo nos enciende.

Sólo él ventura da; yo soy la prueba:  
Al lado de vosotros, hijos míos,  
Mi niñez en la vuestra se renueva;



Recobra el corazón fuerzas y bríos;  
Huyen, de vuestra vista á la fragancia,  
Pensamientos amargos y sombríos,

Y mi perdida y venturosa infancia  
De nuevo en mí sus resplandores vierte  
A través del dolor y la distancia.

También yo niño fui; también la suerte  
Hizo, en día feliz, de mi presencia  
Luz de un hogar, ya roto por la muerte,

Pero que vive eterno en mi conciencia,  
Que me sigue doquier, que siempre veo,  
Envuelto entre celajes de inocencia.

Si mañana, al colmar vuestro deseo,  
Formáis un nuevo hogar y la ventura  
Da á vuestra vida en él dichoso empleo,

De la infancia al pensar en la dulzura,  
Comprenderéis, amando á vuestros hijos,  
Cuánta fué por vosotros mi ternura.

Tened en ellos vuestros ojos fijos:  
¿Dónde dicha más grande y verdadera  
Podrá daros tan puros regocijos?

¡Ellos..... y la bendita compañera  
Que nos alienta cándida y piadosa  
Y nos hace la vida llevadera!

Buscadla tan amante y bondadosa  
Cual la madre que os dí, como ella honrada,  
Angelical, purísima y hermosa.

¡Felicidad no existe más preciada  
Que ver en nuestra esposa repetido  
El fiel retrato de la madre amada!

Con ella al lado, y el hogar por nido,  
Por sostén la virtud y Dios por guía,  
Resonará constante en vuestro oído  
La bendición del cielo con la mía.

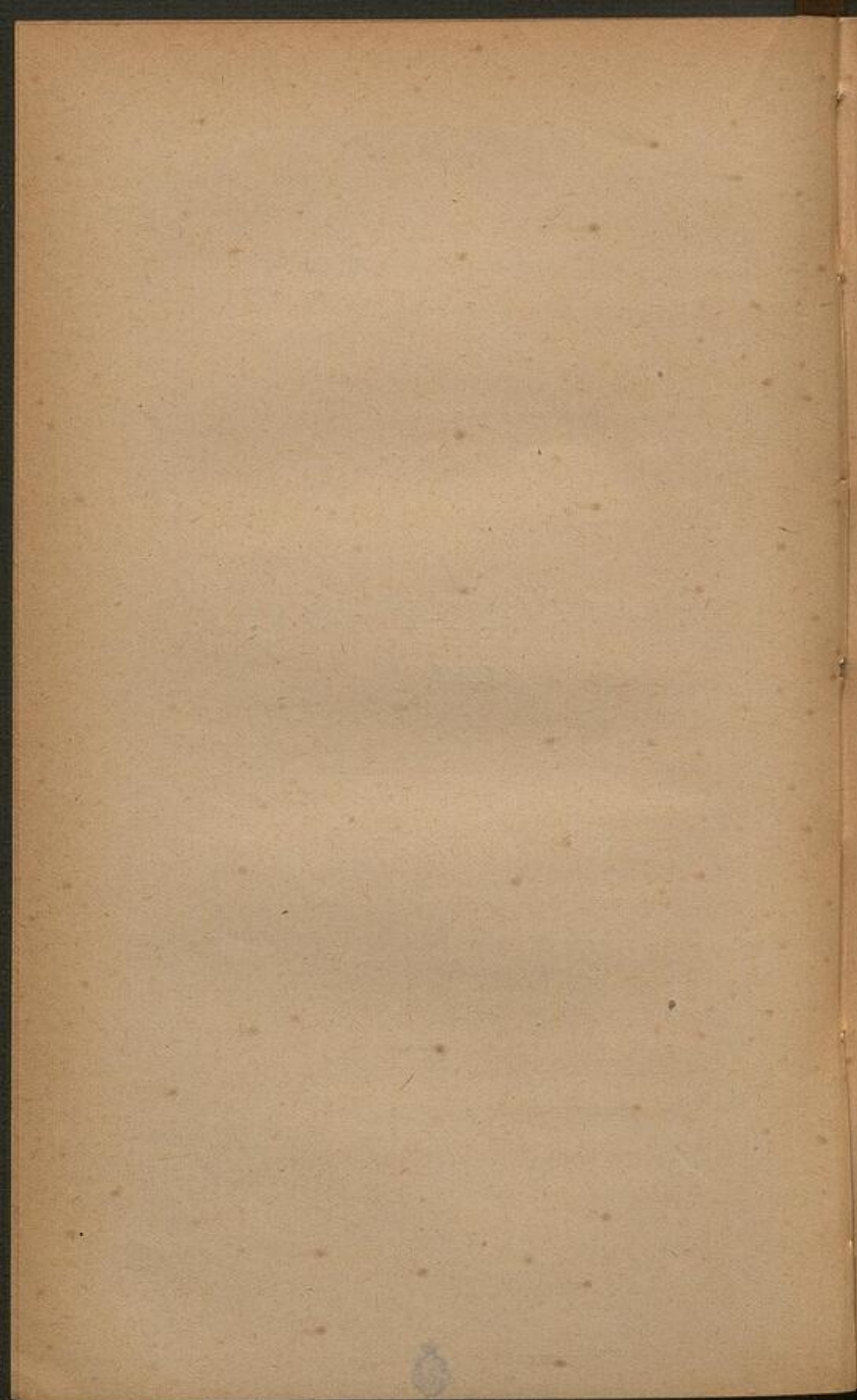
Aranjuez, Junio 1887.



LA CONFESIÓN.

(POEMA.)







I.

En un valle sombrío,  
Oculto entre asperísimas montañas,  
Levántase un humilde caserío,  
A cuyos pies, juncalés y espadañas  
Remanso ofrecen al caudal de un río.

Fuente el río al nacer, se hace arroyuelo;  
Retrata sosegado  
Su verde margen y el azul del cielo;  
Acrécele el deshielo;

Entúrbiase, camina acelerado,  
Y si la presa su carrera ataja,  
Detiénese impaciente, fuerzas suma,  
El dique rompe, y rebramando baja,  
Deshecho en trenzas de hervidora espuma.

Así, en término breve,  
El arroyo, nacido hebra de plata,  
A vencer todo obstáculo se atreve,  
Hecho río, torrente y catarata.

## II.

De los montes que cierran el paisaje  
Es tanta y tan espesa la verdura,  
Que, al agitarla el vendaval, figura  
Inmenso cortinaje  
Que baja suspendido de la altura.  
¡Cuántas bellezas en aquel retiro!  
La aurora pinta de carmín y gualda  
Un cielo de zafiro;  
Allí la cima azul; aquí la falda  
Del humilde collado,  
Vestido por el césped de esmeralda,  
Y el trigal espigado,



Que el aura riza en apacibles olas,  
Á trechos esmaltado  
De frescas y encendidas amapolas.  
    Junto al río, del huerto los bancales,  
Y en ellos el verdor y los aromas  
De espesos naranjales,  
Y las granadas y odorantes pomas ;  
Aquí chopos altivos,  
Y en hileras bajando por las lomas,  
Entre frondosas cepas, los olivos ;  
Y allí el añoso pino corpulento,  
Á cuya sombra el labrador sesteá,  
Blandamente arrullado por el viento,  
Que al poner la alta copa en movimiento,  
Fingé el sordo rumor de la marea.

## III.

El pecho acongojado  
No respira el ambiente envenenado  
Que en la ciudad destruye las entrañas,  
Sino vientos salubres, que en su huída  
Por valles florecidos y montañas,  
Van recogiendo gérmenes de vida.

Y libre el alma allí de la tortura  
Que el mundo, con la envidia y el recelo  
Y la ambición y el odio, le procura,  
No se arrastra cual sierpe por el suelo,  
Se remonta cual águila á la altura.

## IV.

En hábito severo  
Envuelto el cuerpo, que al placer provoca,  
Y el semblante hechicero  
Semivelado por avara toca,  
Una monja de veinte primaveras  
Mira, al margen del río, embebecida,  
Pasar las ondas en veloz corrida,  
Semejando, en lo breves y ligeras,  
Esperanzas y sueños de la vida.  
Al respirar ansiosa, su alto pecho  
Vivamente se eleva y se deprime,  
Como si hallase estrecho  
El hábito monjil que le comprime.  
Palma es su talle, que gentil se mece,  
Y la miel de los frutos del estío  
Puso el cielo en su boca, que parece

Rojo clavel que humedeció el rocío.  
Robó para su tez á las montañas  
Nieves y flores de encendido broche;  
Y hay tal luz en sus ojos (á porfía  
Velados por el llanto y las pestañas),  
Que sorprende al que ante ellos se extasía,  
Cómo, siendo más negros que la noche,  
Logran vencer en claridad al día.

## V.

Mas ¡ay! que aquellos ojos  
Están por el pesar adormecidos,  
Y casi siempre por el llanto rojos;  
Y cuando abiertos lanzan sus destellos,  
En éxtasis de gloria sumergidos,  
Algo se ve de inmensidad en ellos;  
Y es que en aquella niña encantadora  
El ocaso se junta con la aurora,  
Y en su hermoso semblante  
Fúnebre sello de dolor se advierte,  
Cual si lo hubiera acariciado amante  
Con sus alas el ángel de la muerte.



## VI.

«¿Estáis mejor, hermana?»

Preguntóle una anciana

Que á su lado mirándola sufría;

Y exhalando un suspiro,

Ella le contestó: «No, madre mía;

Cada vez sufro más cuando respiro.

Todos me dicen que mi mal no es nada,

Que lo sufra y que espere.

¡Esperar, esperar! ¡Ay! madre amada,

No le habléis de esperanzas á quien muere:

Miro á veces en torno, y nada veo;

Fijo en los cielos la mirada terca,

Y me parece oír el aleteo

Del ángel de la muerte que se acerca;

Y al bajar á esta rambla florecida,

No sé por qué, me creo que, á medida

Que las ásperas crestas de los montes

Acortándose van los horizontes,

¡Ay! se acortan también los de mi vida.

—Poned en Dios, hermana, vuestro anhelo,

Y estar podéis de vuestro bien segura».

Dijo la anciana por calmar su duelo.  
«Ya sé que sólo *allí* mi mal se cura»  
La joven respondió, mirando al cielo.

## VII.

Poco tiempo después, un triste día  
De la triste estación que el campo yerma,  
Un venerable sacerdote oía  
En confesión á la infeliz enferma,  
Que de un mal ignorado se moría.  
Aunque apenas la mísera alentaba,  
Sus culpas quiso confesar de hinojos,  
Y al sacerdote con afán miraba,  
Consumiendo en el fuego de sus ojos  
El aliento vital que le restaba.  
Y trémula, decía de esta suerte,  
Asiendo al sacerdote de una mano,  
Cual si en aquel anciano  
Buscase protección contra la muerte :

## VIII.

—«Dejad, padre, que ayude á mi memoria,  
Rebelde cual mi llanto;  
Oid toda mi historia,

Y bendecidme si merezco tanto.  
Cuando mi madre con cristiano intento  
En este asilo santo  
Me recluyó por siempre, dormitaba  
En la inocencia aún mi pensamiento,  
Que á volar no alcanzaba  
Más allá de las tapias del convento.

»Amargando mis sueños de inocencia,  
Tuve allí, sin ventura,  
Por juegos de niñez, la penitencia ;  
Por expansión del alma, la clausura.  
Y oyendo decir siempre que era el mundo  
Inmenso mar de luchas y de horrores,  
Y en su abismo profundo  
Imperdonable crimen los amores,  
Con mi temor y mi conciencia á solas,  
Creí lo que decían,  
Pero pensando que del mar las olas  
Jamás hasta mi celda llegarían.

## IX.

»Y llegaron con ímpetu violento;  
Porque Dios, padre mío,



Puso en el corazón el sentimiento,  
Como puso en las flores el rocío.  
¿Quién ¡ay! de las pasiones se liberta  
Y resiste á su fuerza vencedora?  
La ardiente juventud nos acalora,  
Y en nuestros pechos el amor despierta,  
Como el ave en el nido con la aurora.  
Así en mí sucedió. Dulce beleño  
Mantenía mi alma adormecida;  
Mas despertó de su profundo sueño;  
Halló horizontes nuevos en la vida;  
Sintió congojas, sobresaltos, penas,  
Venturas y placeres ignorados;  
En fantasías de quimeras llenas,  
Absorbió los sentidos deslumbrados,  
Y al querer dar empleo  
A la extraña ternura que sentía,  
Avivó con el soplo del deseo  
El amor que en sus llamas la encendía.

## X.

»Entonces, por mi mal, conocí á un hombre;  
Le amé como una loca.....

Su nombre no diré, nadie su nombre,  
Ni él mismo, escuchó nunca de mi boca.  
Mas en silencio y falta de reposo,  
Llegué á amarle con tal idolatría,  
Que hallaba venturoso  
El hondo mal que por su amor sufría.  
En él absortos siempre los sentidos,  
Ahogaban mi conciencia y mis enojos,  
Su voz siempre vibrando en mis oídos,  
Sus ojos siempre fijos en mis ojos.  
Y tanto la pasión me dominaba  
(Aun me horroriza, padre, mi pecado),  
Que por haberle dicho que le amaba,  
Alma y vida, hasta el cielo hubiera dado.  
Lo grande de mi culpa no os asombre :  
Cuanto más en no amarle me empeñaba,  
Más crecía mi amor hacia aquel hombre ;  
Amor tan fuerte, pertinaz y fijo,  
Que, al ponerme de hinojos  
Para orar ante el Santo Crucifijo,  
De Jesús el semblante lacerado  
Ibase convirtiendo ante mis ojos  
Lentamente en el rostro de mi amado.

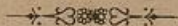
## XI.

»De Jesucristo esposa fementida,  
No en su justicia, en su clemencia espero:  
Luché contra el amor, y fui vencida;  
Mirad si habré luchado, que me muero.»  
Presa su menté ya del extravío,  
Quiso hablar y no pudo, cayó inerte;  
Alzó al cielo los ojos, sintió frío,  
Y exclamando: «¡Piedad, piedad, Dios mío!».....  
Durmióse en el regazo de la muerte.

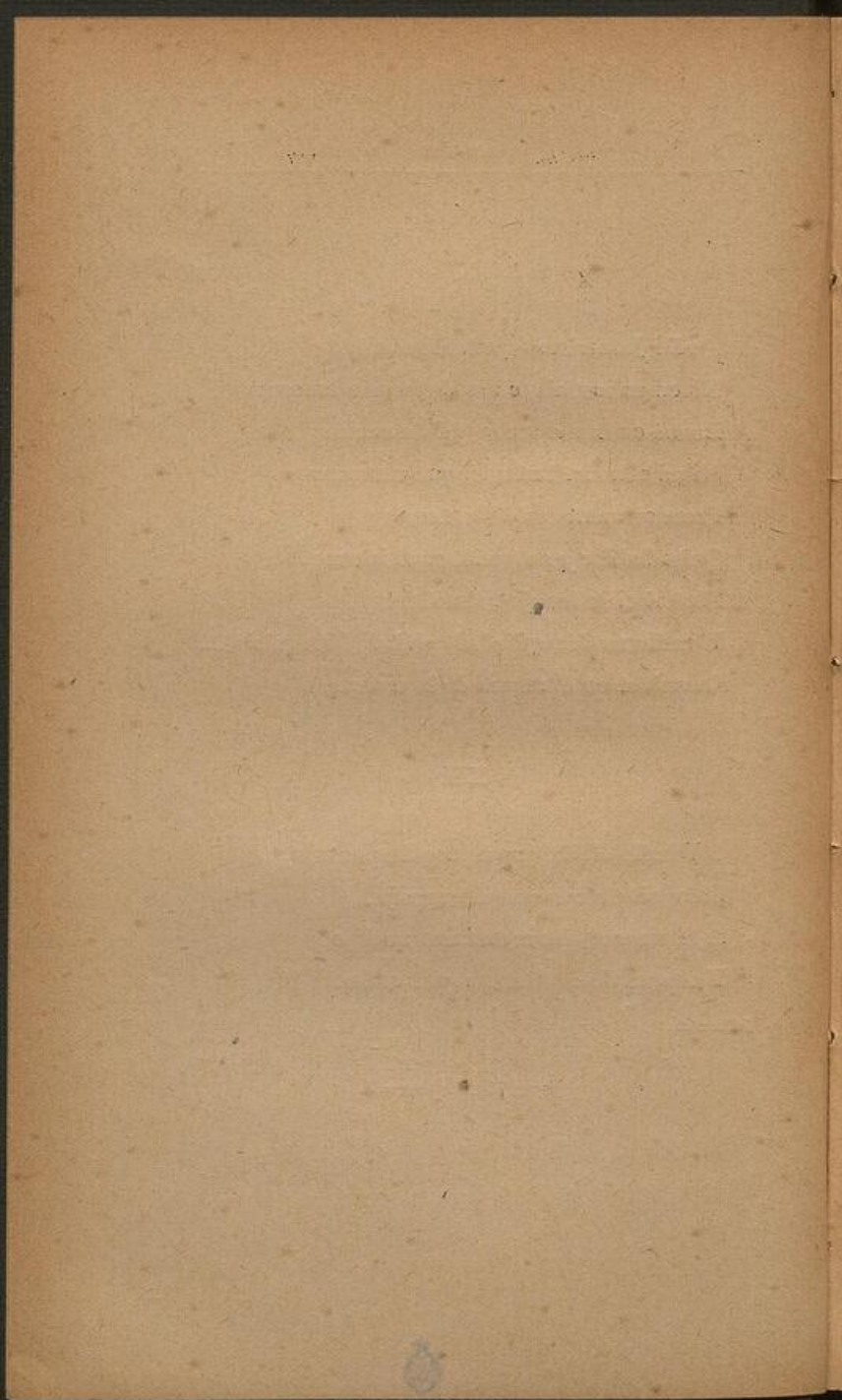
## XII.

Y halló el día, que á poco despuntaba,  
Llenando la creación de regocijo,  
Á la muerta abrazada á un crucifijo,  
Y al sacerdote que á sus pies oraba.

Julio 1882.



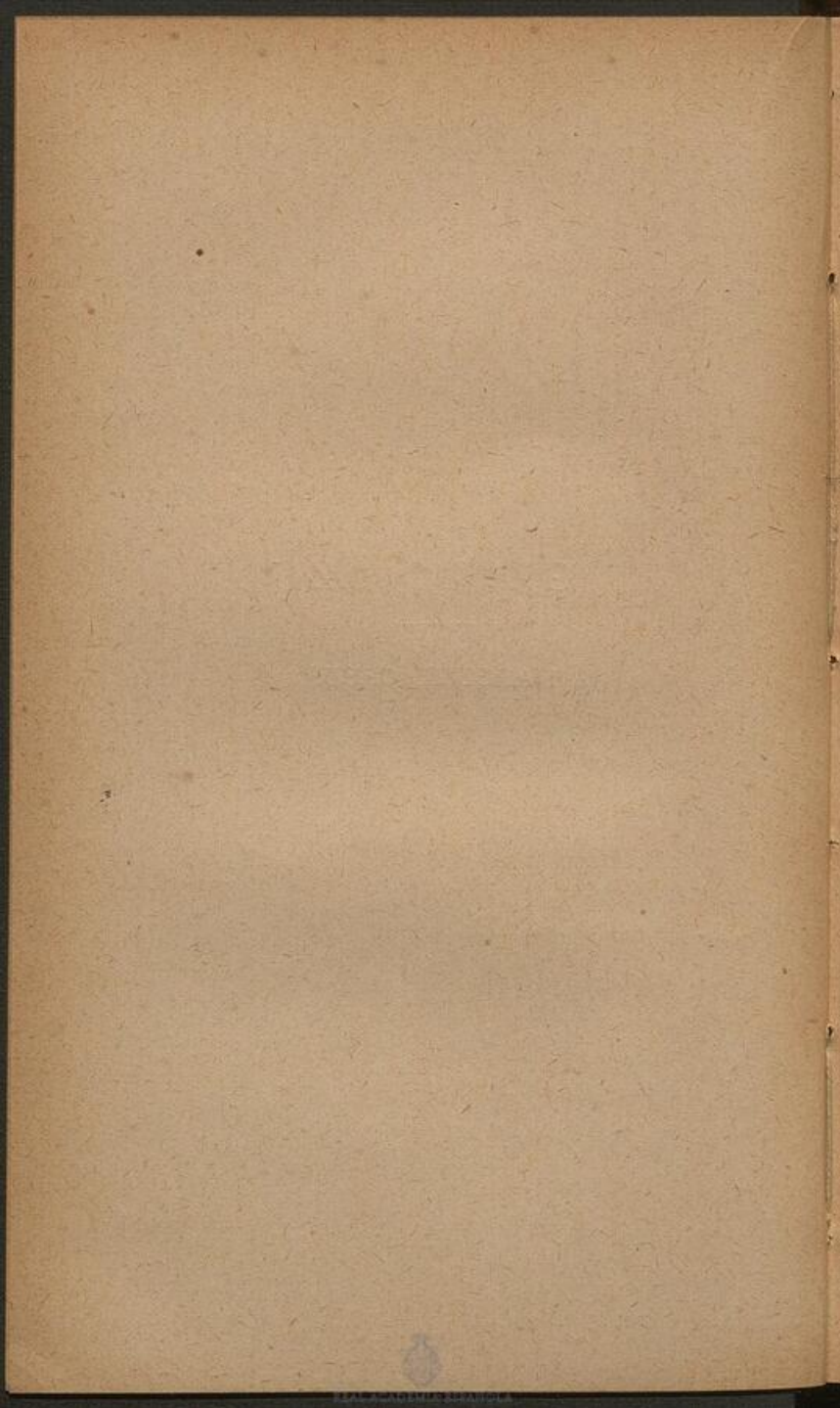




EL GLOBO AZUL.

---

Á MANOLITO CREUS.







I.

Miraba un niño asombrado  
Con expresión cariñosa  
Un globo, de azul pintado,  
Por un hilo sujetado  
Á su mano cuidadosa.

El globo, con lento vuelo,  
En el aire se mecía,  
Y el hermoso pequeñuelo  
Con infantil alegría  
Por verlo miraba al cielo.

Á pesar de su viveza  
Y su alegre desaliño,  
Cierta sello de tristeza  
Marchitaba la pureza  
De la sonrisa del niño.

¡Ay! que cuando preguntaba  
Por su madre con amor,  
«¡Está en el cielo!» escuchaba,  
Y en el cielo la buscaba  
Con inocente candor.

## II.

Miraba el globo tranquilo  
El niño con dulce arrobó,  
Cuando rompiéndose el hilo  
Remontóse al cielo el globo  
Cual si en él buscáse asilo.

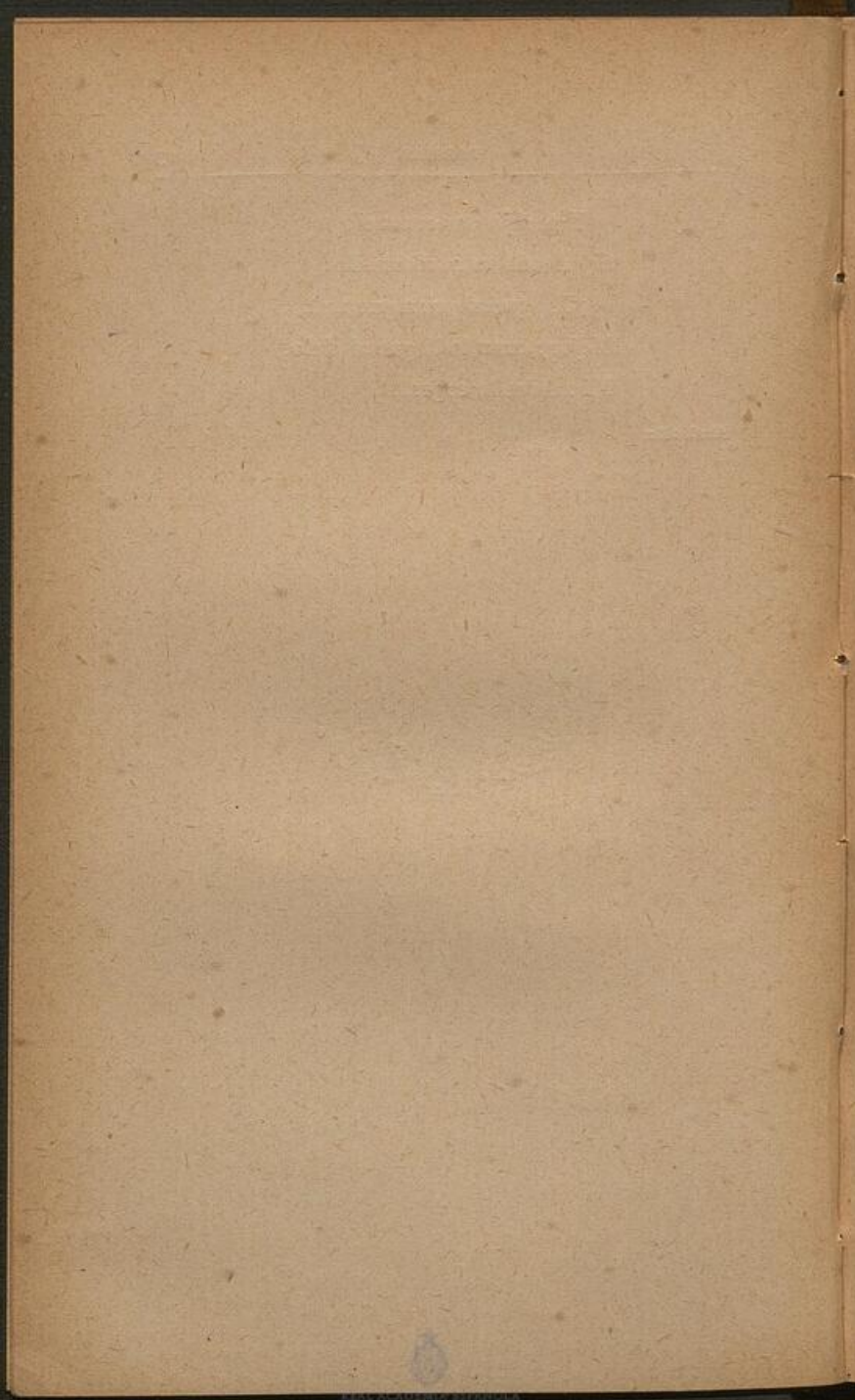
No produjo al tierno infante  
Pena, llanto ni agonía  
Ver que el globo se perdía;  
Antes bien, en su semblante  
Se retrató la alegría.

Y se dijo por consuelo  
Siguiendo su raudo vuelo:  
— ¡Oh, qué deprisa que va!....  
Mejor ; cuando llegue al cielo,  
Mi madre lo cogerá.

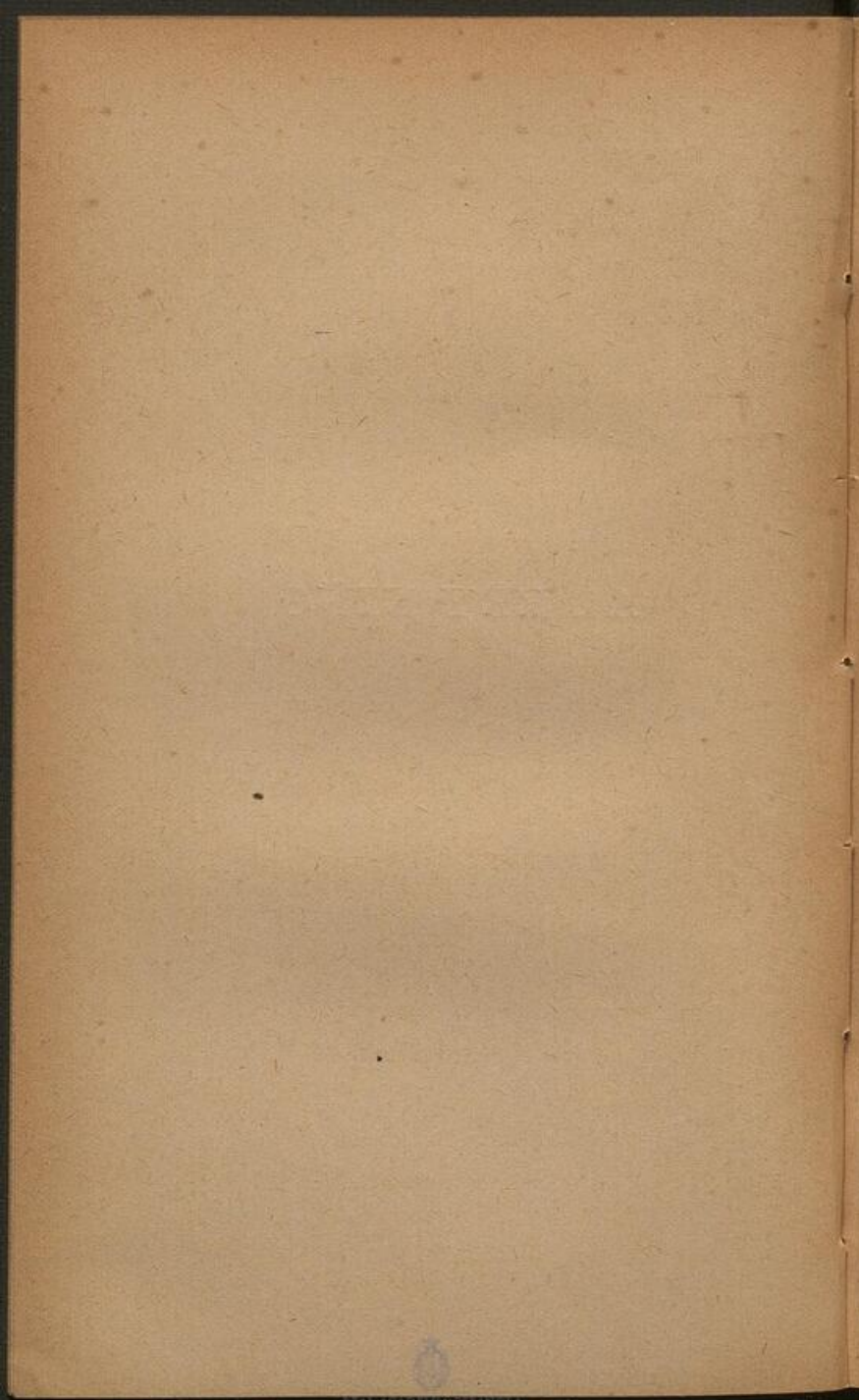
Abril 1882.







AL REY NIÑO.







I.

Cuando la enemiga suerte  
Cebándose con encono  
En el Rey, joven y fuerte,  
En triste lecho de muerte  
Convirtió su excelso trono,

Perdió España su fortuna,  
Y la traición, por instinto,

Creyó la lucha oportuna  
Al mirar sobre una cuna  
El cetro de Carlos Quinto.

—¡ Cuánta grandeza perdida!—  
Pensó todo el que miraba  
Su esperanza suspendida  
De un niño-rey, de una vida  
Que apenas alboreaba.

¿Cómo, vigorosa y grave,  
Para gobernarse invoca  
De todo un pueblo la nave  
A una mano que aun no sabe  
Lo que busca y lo que toca?

¿Dónde irá firme y tranquila,  
Entre el odio que no cede  
Y el puñal pérfido afila,  
Esa planta que aun vacila  
Y ni aun sostenerse puede?

¿Cómo, en fin, en paz ó en guerra,  
Alzará la voz que doma

Los odios y los destierra,  
Si aun no habla más que un idioma  
Que no se entiende en la tierra?

Así el temor ha pensado,  
Con torpe duda por ley,  
Junto al lecho inmaculado  
De un niño nacido rey  
Y huérfano y desgraciado.

Y en tanto que reposaba,  
Tras su cuna se veía  
Un pueblo que confiaba,  
La traición que sonreía  
Y una madre que velaba.

## II.

Hoy, que es brillante certeza  
Lo que era esperanza vana,  
Y en el reinado que empieza  
Vemos retoñar lozana  
Nuestra perdida grandeza,



El temor desaparece,  
Y con rostro placentero  
Toda España se guarece  
Junto á esa cuna que mece  
El amor de un pueblo entero.

Y el pobre y el poderoso  
Repiten de sol á sol,  
Mirando al vástago hermoso  
De aquel Rey tan valeroso,  
Tan noble, tan español:

—Si el cetro pide hoy en día  
Mano fuerte, justa y pía  
Que dé valor y consuelo,  
¿Cuál mejor lo sostendría  
Que la de un ángel del cielo?

Si de la lucha en el caso  
Sólo el fuerte ha de vencer,  
Él se abrirá siempre paso;  
¿Hay nada más fuerte acaso  
Que un niño y una mujer?

Ambos llevan en sus frentes  
La pureza y el dolor;  
Son débiles é inocentes;  
¡Para un pueblo de valientes  
No hay fortaleza mayor!

Y asegurando un mañana  
De justicia y de fortuna,  
La que es madre y soberana  
Ya vierte sobre esa cuna  
Semilla de fe cristiana.

Allí ¡oh niño! aprenderás  
Que, aunque entre todos se mande,  
Grandeza es humo quizás;  
Y serás tanto más grande  
Cuanto la desprecies más.

Tu madre te hará saber  
Que si pretendes vivir  
Sometido á tu deber,  
Aspires á merecer  
Mucho más que á conseguir.

Y al darte su voz amiga  
De tu nobleza las pruebas,  
Á la par que te bendiga  
Te dirá cuánto te obliga  
La regia sangre que llevas.

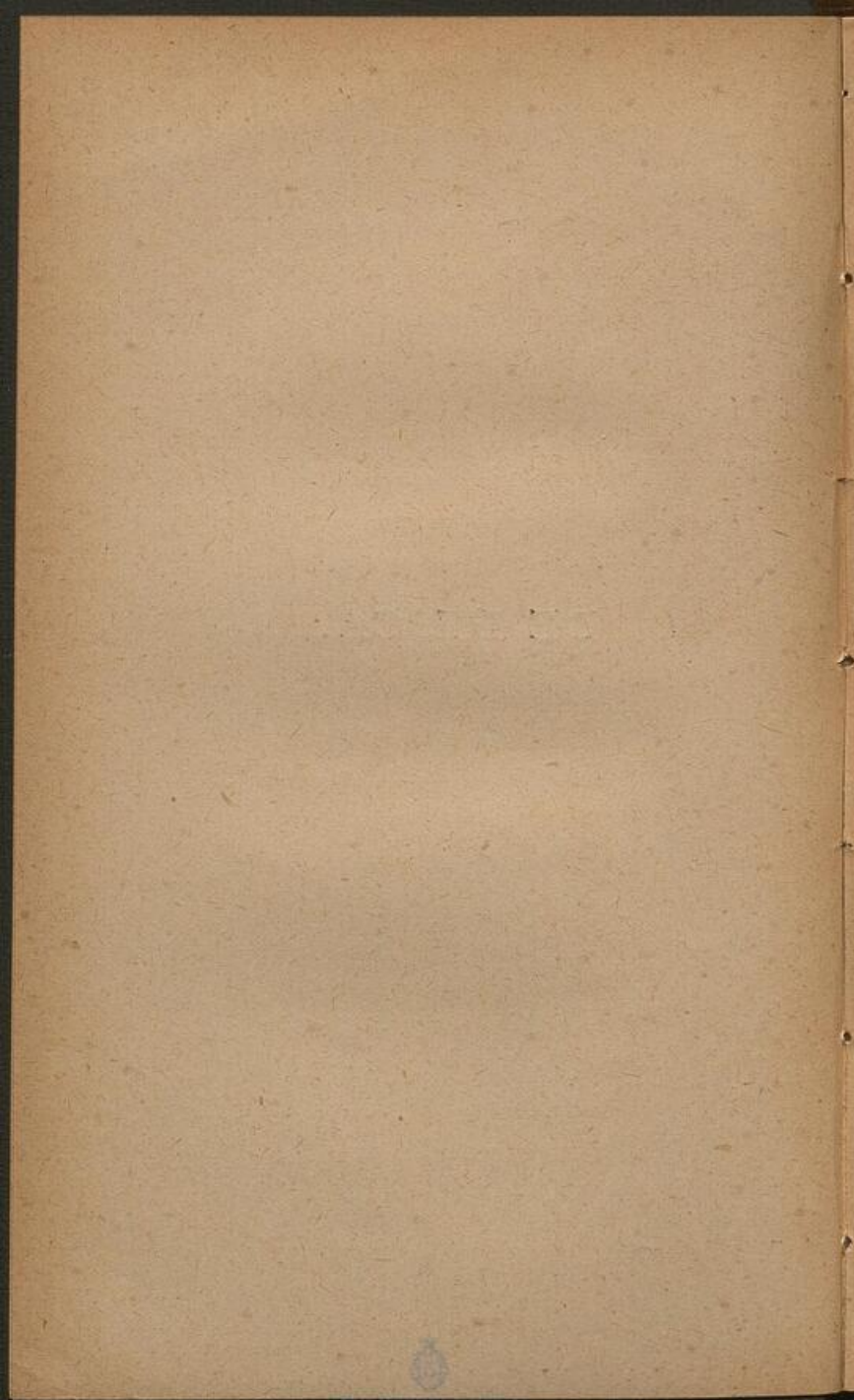
Y darás prueba oportuna  
De que se engañó el instinto  
Que temió por su fortuna  
Al mirar sobre una cuna  
El cetro de Carlos Quinto.

Marzo 1888.





DE PESCA.





I.

Todo está ya preparado  
Para la clásica fiesta:  
El coche con cuatro mulas  
De campanillas cubiertas,  
Que entre lazos y caireles  
Las guarniciones sujetan ;  
El mayoral , ostentando  
La chaquetilla torera ;  
Colocado en el pescante



El cesto de la merienda,  
Y en los rostros rafejada  
De vivo placer la huella.

## II.

El látigo cruje, y parten  
Las mulas como una flecha,  
Las calles desempedrando  
Que de curiosos se pueblan.  
Por verlas pasar se asoman  
Las muchachas á las rejas;  
Los chiquillos, asustados,  
Se refugian en las puertas;  
Corren, ladrando, los perros  
Detrás del coche que vuela,  
Y éste, forzando la marcha,  
Atrás el pueblo se deja,  
Y sale, por fin, al campo,  
Donde entre prados y huertas  
Como ancha cinta de plata  
Se tiende la carretera.  
Ya en ella, cruje de nuevo  
La tralla con doble fuerza;

Parten á escape las mulas  
Al sentir flojas las riendas,  
Y entre un « ¡arre, Capuchina! »  
Y un « ¡vamos ya, Coronela! »  
Sale el coche como un rayo,  
Y en un instante se aleja,  
Dejando por donde pasa  
La nube de polvo espesa  
Que como huracán furioso  
Levanta con su carrera.

## III.

Por todas partes se anuncia  
La naciente primavera :  
El cielo, sin una nube,  
Su azul purísimo ostenta ;  
Llena de aromas la brisa  
Murmura por las florestas,  
Y se cubren de amapolas  
Los valles y las praderas.  
Ya las tórtolas arrullan ,  
Los ruiseñores gorjean ,  
Han vuelto las golondrinas

Y reverdece la tierra.  
Bandadas de mariposas  
Al sol las alas desplegan,  
Y del insecto el zumbido  
Se escucha bajo la hierba.  
Floridos los naranjales  
Perfuman toda la huerta,  
De blanco azahar alfombrando  
El suelo que los sustenta,  
Y un sol radiante derrama  
Sus resplandores que ciegan  
En el aire embalsamado  
Que en viva lumbre se incendia.  
¡Bien hayas una y mil veces,  
Generosa primavera!  
Á tu benéfico influjo  
Toma la flor savia nueva;  
La brisa con tu perfume  
Se aromatiza y se temple,  
Y al deshacer con tus rayos  
Nubes, escarchas y nieblas;  
Los gérmenes fructifican  
Brotando por donde quiera,  
Cual si al calor de tus besos



Resucitase la tierra.  
Pájaros, brisas y flores,  
Montes, llanuras y selvas,  
Cuanto en tu seno se anima  
Ó á tus caricias despierta,  
Parece que te saluda  
Diciendo: «¡ Bendita seas! »

## IV.

Pero ya paran las mulas,  
De blanco sudor cubiertas,  
No muy lejos de la playa,  
Donde una barca velera  
Conducirá á los viajeros  
Hasta el sitio de la pesca.  
Entran todos en el bote,  
Que en un momento se llena;  
Sube el ancla, y la barquilla,  
Soltando al viento la vela,  
Se desliza sobre el agua  
Gallardísima y ligera.  
¡Allá va!..... La blanca espuma  
De un ceñidor la rodea.....

Ya sube sobre las olas,  
Que va cortando, resuelta.....  
Ya desciende de improviso  
Cual si en el agua se hundiera.....  
Y reaparece de nuevo,  
Y de nuevo á hundirse empieza,  
Pero siempre caminando  
Rápidamente, se aleja,  
Dejando sobre las olas  
El rastro azul de su estela.  
Ya es un punto que se pierde  
En la superficie inmensa,  
Pero se ve todavía  
Flotando al aire la vela,  
Como una blanca gaviota  
Que sobre el mar aletea.

## V.

Pronto atraca la barquilla  
Al lugar donde la esperan,  
Á dos pasos del *estero*,  
En que está la red dispuesta.  
¿Quién no ha visto una *salina*

Y quién no ha sentido al verla  
Latir el pecho de gozo  
Y admiración y sorpresa?  
Bordan la verde llanura,  
Que se dilata risueña,  
Los caprichosos recuadros  
Que á cada paso se observan,  
Donde el agua deposita  
La sal que guarda disuelta;  
Sal que luego amontonada  
En pirámides inmensas  
Que por el campo se extienden  
Resplandecientes y bellas,  
Forma un vasto campamento,  
En cuyas nevadas tiendas,  
Cegando con sus fulgores,  
La luz del sol se refleja;  
Sal que pródigos derraman  
Estos mares y estas tierras;  
Sal, en fin, que á todas horas  
Bajo nuestro cielo llevan  
Los hombres en su gracejo,  
Y en su semblante las hembras.



## VI.

¿Qué guarda la red enorme,  
Que apenas pueden con ella  
Esos seis mozos fornidos  
Que en arrastrarla se empeñan?  
Ya sale á tierra; ya el copo  
Sobre el mismo suelo vuelcan,  
Y una cascada de peces  
Viene á dar sobre la arena,  
Reluciendo de tal modo,  
Que al agitarse semeja  
Raudal de plata que corre  
Ó vivo incendio que empieza.  
Allí la preciada *anguila*  
Que se enrosca y culebrea,  
Y el *salmonete* sabroso,  
Y la *pescadilla* fresca;  
Allí la blanca *dorada*,  
Y la *lisa* suculenta,  
Y el escamoso *lenguado*,  
Y la *langosta* soberbia;  
Allí, en fin, de cuantos peces

El mar en su seno encierra,  
Desde el rico *rodaballo*  
A la *mojarra* plebeya,  
Y todos al mismo tiempo  
Saltando sobre la hierba  
Y ostentando de su escama  
La reluciente corteza.

## VII.

Allí mismo, en un instante,  
Se enciende la roja hoguera,  
Y cuando muere la llama  
Y sólo el rescoldo queda,  
En las brasas se colocan  
Los pescados en hilera,  
Y asándose en un momento  
La abundantísima pesca,  
Como de la red al fuego,  
Pasa del fuego á la mesa.

## VIII.

¡La mesa! Junto á la orilla  
Ya está servida y dispuesta.  
Un tosco mantel la cubre;

Pero es tanta su limpieza,  
Que la sal de la salina  
De su blancura se encela,  
Como al sol causan enojos  
Los tonos, que luz destellan,  
De la fresca manzanilla  
Y del jerezano néctar.  
Ya empieza el clásico almuerzo,  
Ya se vacian las botellas,  
Y ya todo es alegría  
Y regocijo y franqueza.  
Poco á poco los manjares  
Van restaurando las fuerzas,  
Y los vapores del vino  
Despertando las ideas;  
Y surgen las carcajadas,  
Y la animación aumenta,  
Y todos hablar pretenden,  
Y nadie á escuchar se presta.  
Dos que en su vida se han visto,  
Como hermanos se tutean;  
Ese que no logró nunca  
Decir una frase entera,  
Sobre una silla subido



Pronuncia una larga arenga;  
Y aquel que pasa por grave  
Y de sesudo alardea,  
Salta y grita como un loco  
Desocupando botellas,  
¡Bien haya el mágico vino,  
Jugo y savia de esta tierra,  
Que da valor al cobarde;  
A los que vacilan, fuerzas;  
A los tristes, esperanza;  
Á los débiles, firmeza,  
Y á todos sangre, alegría,  
Ánimo, fe y elocuencia!.....

## IX.

Pero, atención un momento,  
Que la guitarra rasguea.....  
¿Acaso pudiera darse  
Placer completo sin ella?  
Rompa, pues, la melodía,  
Que ya preludian sus cuerdas,  
Y al dulce son de esas notas  
Melancólicas y tiernas,

Vengan á dar más encantos  
A la venturosa fiesta  
La clásica seguidilla  
O la hermosa malagueña.  
Vengan, pues, esas canciones  
De incomparable belleza,  
Que tan fielmente retratan  
A un pueblo artista y poeta  
Que inmortaliza en cantares  
Lo que siente y lo que piensa.  
    ¡La guitarra! ¡Cuán profundas  
En mí sus notas resuenan!.....  
Palpitaciones del alma  
De este pueblo, que ve en ellas  
El eterno compañero  
De sus dichas y sus penas.  
Por eso cuando distante  
De esta región placentera  
Resuenan en mis oídos  
De una guitarra las cuerdas,  
Á través de la distancia  
Remóntase mi alma, y vuela  
Á la tierra en que he nacido  
Y en que Dios querrá que muera.

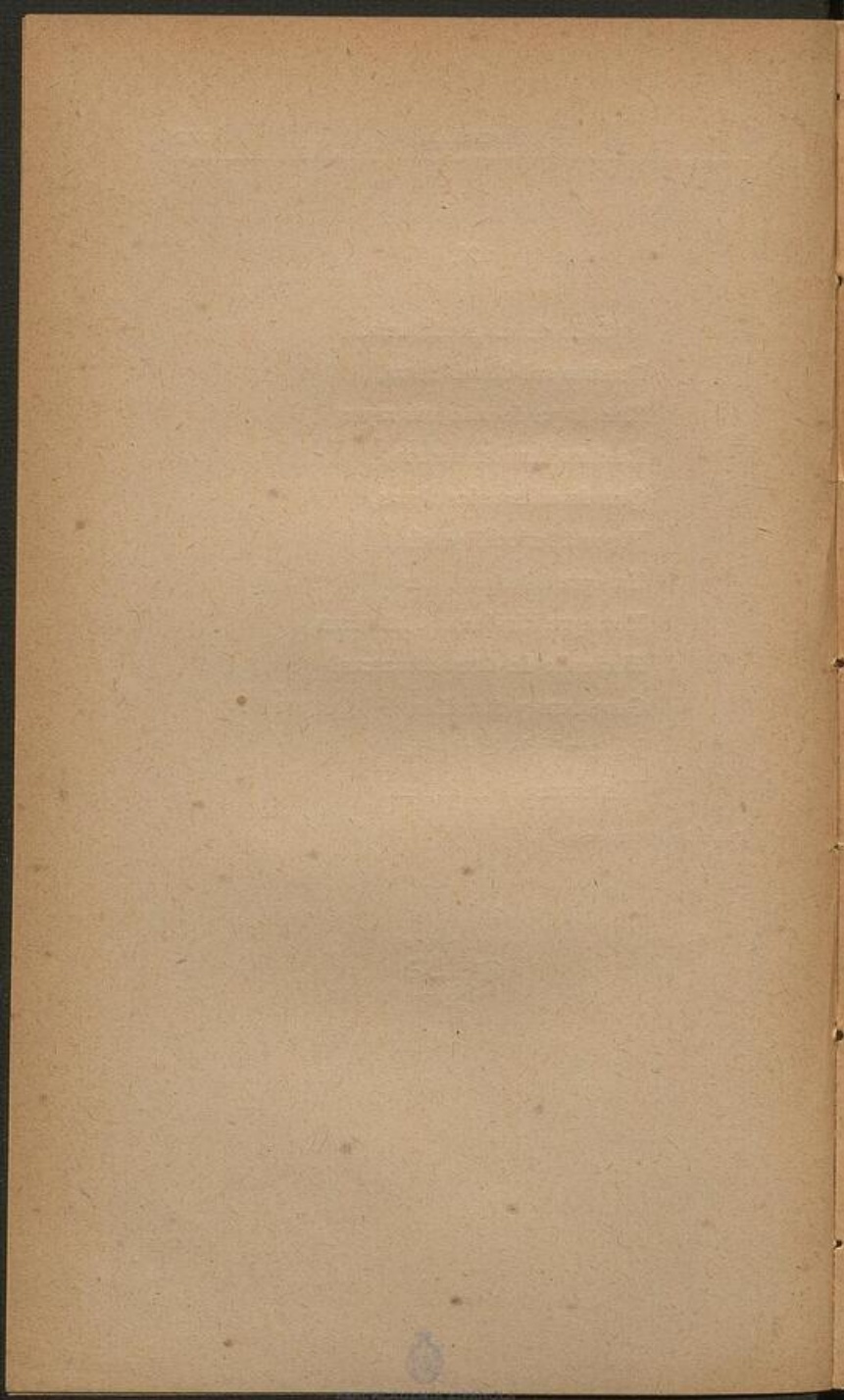
## X.

¡Cielo de mi Andalucía,  
Bendito sol de mi tierra,  
Bien haya de vuestros rayos  
La clara lumbre serena,  
Que da calor á las almas,  
Vigor á la inteligencia,  
Energía á las pasiones  
Y sangre hirviente á las venas,  
Haciendo de estas comarcas,  
Generosas y risueñas,  
La patria de la alegría  
Y el trono de la belleza!

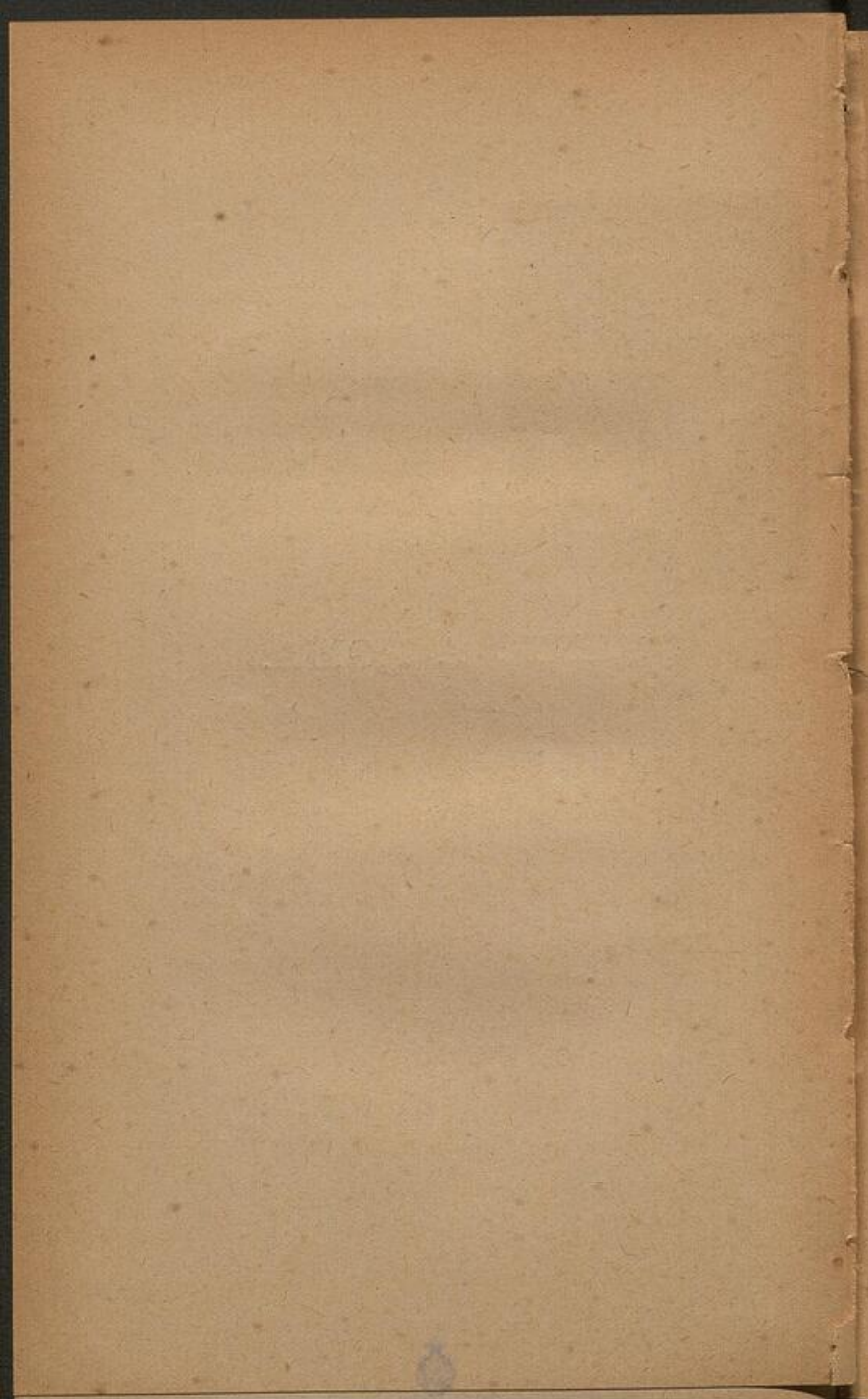
Puerto Real, Marzo 1889.







CANTO Á ROMA.







I.

¡Salve, augusta ciudad, inclita Roma,  
Que aun te alzas orgullosa en tus colinas  
Resistiendo del tiempo á la carcoma!

¿Quién no vuelve los ojos con tristeza,  
Al contemplar tus venerandas ruinas,  
A tus pasados siglos de grandeza?  
No será quien conserve en su memoria  
El recuerdo inmortal de tu destino,  
¡Oh señora del mundo y de la historia!  
Ni quien, cual yo, cuando ante tí me inclino,  
Tenga por su mejor ejecutoria  
Poder decir al mundo : «¡ Soy latino!

Vengo de aquella raza no igualada  
Que aprendió de Escipión á ser guerrera,  
De Colatino varonil y honrada;  
Que del viejo Catón oyó el secreto  
De la virtud austera,  
Y la moral de labios de Epicteto;  
Que imponiendo su yugo á las naciones,  
Llevó con César la victoria uncida  
Al carro triunfador de sus legiones;  
Dió con Augusto al universo leyes;  
Vió en Tácito á la historia convertida  
En azote de pueblos y de reyes;  
Y grande en artes y en saber y en vida,  
Rompió con sin igual magnificencia  
En robusta oración ó tierno idilio,  
Con Cicerón en olas de elocuencia  
Y en inmortales versos con Virgilio.»

## II.

¡Cuánta desolación en tí se nota!  
El capitel por tierra derribado,  
La columnata rota,  
El pórtico de mármol destrozado

El arco de soberbia arquitectura  
Y el vacilante muro agrietado  
Que sostiene la artística escultura,  
Todo tu fausto espléndido delata,  
Y tu antigua hermosura  
En los mismos escombros se retrata;  
Escombros seculares  
Donde del tiempo el insaciable estrago  
Cubre estatuas y pórticos y altares  
Con flores de amarillo jaramago.

Pero yo reconstruyo tu grandeza,  
Levanto tus columnas y pilares,  
De tus circos la altiva fortaleza,  
Y miro alzarse en mi exaltada mente  
Aquí las termas de anchuroso espacio,  
Allá la esbelta fuente  
Y el señorial palacio,  
De acueductos doquier rico tesoro,  
Del César el alcázar refulgente,  
El rico templo y el extenso Foro  
Que llena muchedumbre clamorosa,  
Y cual te pintan en tu siglo de oro  
Te elevas á mi vista esplendorosa.



## III.

Naces, y el mundo con tu nombre llenas;  
Del sol meridional la viva llama  
Encendiendo la sangre de tus venas  
Tu alborotado corazón inflama;  
De luchar y vencer sientes anhelo,  
Y el águila del Tíber que derrama  
Por el mundo la vista, tiende el vuelo.  
Buscando á sus hazañas más anchura,  
No detiene su empuje soberano  
Del Lacio en la llanura;  
Desde los ricos pueblos de Levante  
Vuela al confín lejano,  
Del sol se oculta tras el mar Atlante;  
Clava su garra por doquier que pasa,  
Desde el helado Septentrión distante  
Al líbico arenal que el sol abrasa,  
Y cuando, vuelta á su peñón bravío,  
Pliega su vuelo rápido y fecundo,  
Más que afán de reposo, siente hastío  
De contemplar la pequeñez del mundo.

Una sola ciudad sufre su embate  
Sin doblar la cerviz: Cartago altiva,  
Reina del mar que sus murallas bate.  
¡Ah! ¿pero quién sus arrogancias doma,  
Ni cómo mientras viva  
Tan odiada rival sufrirá Roma?

Fiera es la lucha que sangrienta estalla ;  
Aun su recuerdo al corazón aterra;—  
Mas ¿qué resta después de la batalla?  
«¡Aquí Cartago fué, cesó la guerra!»  
Dice Roma, que de ella se desliga,  
Y hace al arado remover la tierra  
Donde se alzó triunfante su enemiga.

## IV.

Sin adversario ya que la amenace,  
En contienda civil tenaz y fiera  
Su sed de guerra con vigor renace;  
Porque es eterna ley siempre cumplida  
Que el pueblo que no lucha en la frontera  
Se despedace en guerra fratricida.  
Pero esa misma lucha, que se funda  
En el odio del pueblo al patriciado,

En Roma al estallar se hace fecunda,  
Y de ella, con la plebe vencedora,  
Y del derecho en la igualdad fundado  
La ley niveladora,  
Surge el Imperio, poderoso atleta  
Que en solo un pueblo á convertir alcanza,  
Con el lazo común de la alianza,  
Las más distantes zonas del planeta;  
Y marca con su esfuerzo soberano,  
Que de los siglos vive en la memoria,  
El éxito mayor del genio humano  
Y el período más grande de la historia.

## V.

Nace el Imperio fuerte y extendido;  
Mas ¡ay! desde que nace, en sus entrañas  
Cáncer devorador lleva escondido.  
El placer prefiriendo á las hazañas,  
Á la molicie entrégase la plebe,  
Que olvida por el circo las campañas.  
La noble sed de gloria no le mueve,  
Ni cifra en la conquista su ventura.  
El trabajo desdora



La diestra que empuñó la lanza dura  
Y de los hombres se miró señora.

¿Ni á qué trabajo vil? ¿Por ley de guerra,  
Para que el pueblo descansado viva  
Esclavos no le dió toda la tierra?  
¿Su existencia no tiene asegurada  
La inmensa nave que de Egipto arriba  
De trigo abundantísimo cargada?  
¿No la regala con añejo vino  
Italia, de viñedos alfombrada?  
¿No es recibir tributos su destino?  
Su púrpura mejor Tiro le envía;  
Todo el Oriente, á su poder sujeto,  
Su más preciosa y rica sedería;  
Sus regaladas mieles el Himeto;  
La Persia, sus tapices inmortales;  
Golconda, bellas perlas á montones;  
Y del Asia los bosques colosales,  
Marfil que de palacios y salones  
Adorna las techumbres y sitiales;  
Goma preciada de la Arabia viene  
Atravesando montes y arenales,  
Y dan oro las minas del Piréne



En abundancia tanta,  
Que con él y el incienso por aroma,  
Sólo oro pisa la sagrada planta  
Del César-Dios de la triunfante Roma.

¿Qué más el pueblo conseguir espera?  
Mirad; del Circo en la anchurosa grada  
Bajo el rojo *velarium* vocifera,  
Viendo sobre la arena perfumada  
Saltar hambrienta la espantable fiera.  
Al bárbaro combate apercebida;  
Legión de esclavos, numerosa y fuerte,  
Tiene el edil que de las luchas cuida.  
¿Qué importa, pues, que con adversa suerte  
Uno y ciento después caigan sin vida?  
La sangre corre; Roma se divierte.  
¿Á qué mirar con pena  
Al tigre herido ni á los hombres muertos?  
Para eso Roma está de esclavos llena  
Y de fieras los líbicos desiertos.

## VI.

Date prisa á gozar, pueblo romano;  
Al cielo has ofendido

Y el fin de tu poder está cercano.  
De la conquista el ocio te distrae,  
Y al árbol por su base carcomido  
Su propio peso lo derriba y cae.  
Cuando tu sangre ayer noble vertías  
En el fecundo campo de victoria,  
De su riego al influjo renacías;  
Pero hoy que aspiras muelle los vapores  
De la que, mercenarios y sin gloria,  
Vierten siervos no más y gladiadores,  
Su emanación impura te envenena,  
Y por todo tu ser, ya moribundo,  
Se extiende contagiosa la gangrena.

Tu misión has cumplido sobre el mundo;  
Su cetro has empuñado  
Vigorosa y valiente,  
Y á la inmortal reforma preparado  
Se encuentra el mundo ya; ¡dobla tu frente!  
Tu destino es morir; la nueva idea,  
Rugiente, incontrastable, redentora,  
Avanza como indómita marea.  
Mírala á tí llegar; es tu enemiga;  
De los hombres doquier se hace señora



Y el áureo cetro á deponer te obliga.  
De tu poder el destructor estrago  
Al corazón de tu rival no espanta,  
Y no lo vencerás como á Cartago.

Contigo el mundo viejo se desquicia  
Y con él otro nuevo se levanta  
De luz y de igualdad y de justicia,  
Tan poderoso y fuerte,  
Que su palabra santa  
Ataja el mal y triunfa de la muerte.  
Él mismo sin temor llama á tu puerta:  
Tú eres la noche lóbrega y sombría,  
Y él es la nueva aurora que despierta.  
Por mucho que batalle en su agonía,  
¿Conseguirá jamás la sombra yerta  
Cerrar el paso al luminar del día?

## VII.

No nace tu rival, como tú, bravo,  
Diciendo: «El mundo es mío  
Y vencido á mis pies se arrastra esclavo»,  
Sino que alzando humilde su cabeza,

Lleva un sayal por único atavío  
Y por únicas galas su pobreza.

Tú, desde un trono, asombro de los reyes,  
Que luminoso brilla,  
Das con tu espada al universo leyes;  
Y él, sin legiones, sin poder ni espada,  
Vierte en la tierra la inmortal semilla  
Por la sangre de un justo fecundada;  
Pero ese dulce acento  
Que de una cruz descende,  
Es cual chispa llevada por el viento  
Que en la conciencia de los hombres prende;  
Incendio abrasador, fuego violento  
Que incontrastable y destructor se extiende.

¡Ah! que desde ese leño bendecido  
Se dice al hombre que asombrado escucha:  
—«Iris de paz y amor, sólo he venido  
A terminar vuestra sangrienta lucha;  
Vengo á romper del siervo la cadena  
Que mano fratricida  
A miserable esclavitud condena.  
Dando por todos á la vez mi vida

En un martirio acerbo,  
Os pruebo mis designios inmortales,  
Y que esclavo y señor, magnate y siervo,  
Ante mi tribunal serán iguales.

»Perdono á mis verdugos inhumanos  
Para enseñaros del perdón la senda;  
Rivales habéis sido, sed hermanos.  
Eche de sí la vanidad liviana  
Quien seguirme pretenda:  
¿Qué es á mis ojos la grandeza humana,  
Si yo doy á los astros resplandores,  
Y sólo á la voz mía  
Sus olas mueve el mar, nacen las flores,  
Ruedan los orbes y se enciende el día?

»No abatan vuestras fuerzas los dolores;  
Que yo cuento las lágrimas del triste,  
Y no niego su palma  
Á quien el golpe del dolor resiste  
Alta la frente y resignada el alma.  
Padecer es triunfar; queda otra vida  
Tras esta ruda guerra,  
Donde tendrán compensación cumplida



Todas las injusticias de la tierra.  
Tome su cruz y sígame valiente  
Quien mejorar anhele su destino  
Y de luz y verdad busque la fuente.  
Agria es la senda y áspero el camino;  
Pero tras él, nos brinda su tesoro  
El reino de mi Padre refulgente,  
Que tan sólo abrirá sus puertas de oro  
Para aquel que, siguiendo mi enseñanza,  
Sepa sufrir, de resistencia lleno,  
Cuanto más perseguido más sereno,  
Viva la fe y entera la esperanza.»—

## VIII.

Así dice el naciente Cristianismo  
Al viejo mundo levantado sólo  
Sobre la ley brutal del egoísmo.  
Su dogma, por la tierra divulgado,  
Eco encuentra doquier, de polo á polo,  
Y Roma ve su Imperio amenazado  
Por esa religión de los amores  
Que une á los hombres en abrazo estrecho,  
Los siervos igualando á los señores.

¿Cómo han de ser hermanos los nacidos?  
De Roma ante la historia y el derecho  
Hay sólo vencedores y vencidos.  
¿El bien de los demás quién tiene en cuenta?  
Tan sólo el del Estado es ley sagrada,  
Y en esa ley su gloria se cimenta.  
—«La república es Dios; el hombre, nada»—  
Roma proclama y grita;  
Y el hombre se envilece y se degrada,  
Y el Imperio con él se debilita;  
Y en tanto el Cristianismo con dulzura  
Repite á los mortales:

—«Alzad los ojos á la excelsa altura  
Y despreciad las dichas terrenales;  
No hay otro bien que el que perenne dura;  
Los instintos domad, dejad el vicio;  
Cerrad las puertas al placer liviano  
Y abridlas al dolor y al sacrificio.»—

¿La distancia no ves, pueblo romano,  
Que va de tu abyección y tu vergüenza  
Al varonil aliento del cristiano?  
¿Cómo quieres que venza

Un hombre por la ley envilecido,  
Al rival que á sus ojos aparece  
Rescatado por Dios y redimido?  
Tu Imperio vacilante desfallece,  
Mientras la nueva secta soberana,  
Domando las pasiones  
Y enalteciendo la conciencia humana,  
Hará grandes y dignas las naciones.

## IX.

Del Tíber mismo en la risueña orilla,  
Y de Roma en el seno,  
Prende del Cristianismo la semilla:  
Ya, dejando sus lares,  
No acude el pueblo, de presentes lleno,  
Los templos á adorar y los altares;  
De Jove el rayo sin cesar no amaga;  
Descuida la vestal sin pesadumbre  
El fuego sacrosanto que se apaga;  
El imperio del mar pierde Neptuno;  
Olvídanse los ritos venerados  
De Minerva, de Ceres y de Juno,



Y ante el amor de un Dios de mansedumbre  
Huye de sus altares olvidados  
De los dioses la falsa muchedumbre.

Del vasto circo en la candente arena  
Ignara turba impía  
Con sus gritos no atruena,  
Al llenar la anchurosa gradería;  
El pueblo, que la lucha ve con pena,  
Busca en la estrecha catacumba abrigo,  
Orando desde allí con fe cristiana  
Para que Dios aparte su castigo  
De quien su enojo á provocar se atreve,  
Al derramar así la sangre humana  
Por divertir los ocios de la plebe.

La matrona de espléndida hermosura,  
Rival en desenfreno y en grandeza  
De la famosa meretriz impura,  
Al lucir en la plaza y en el Foro  
Su incitante belleza,  
Medio desnuda en su litera de oro,  
Cambia sus galas por modesta toca  
Y huye al claustro ignorado,

Buscando en él, atribulada y loca,  
Olvido y redención á su pasado.

La envidiada doncella,  
Despreciando los goces de la vida  
Que en su florido Abril se tiende ante ella,  
Quiere seguir la generosa huella  
De la virgen cristiana bendecida,  
Y acude allí donde el dolor le ofrece  
Lágrimas que engujar consoladora;  
Donde el hambre se extiende destructora,  
Ó el enfermo padece  
Ó el infortunio llora;  
Donde se espera con alegre anhelo  
Su limosna bendita  
Y su frase de amor y de consuelo;  
Donde la fe desmaya, y necesita  
Quien levante sus ojos hacia el cielo.

## X.

En el vivo rencor que la espolea,  
Roma iracunda con furor se lanza  
Contra la nueva secta á la pelea.

Sangre quiere su anhelo de venganza,  
Y con la suya bríndale el cristiano;  
¡Fecundo riego de la santa idea  
Que hará crecer el árbol más lozano!  
¿A quién el riesgo de morir abate?  
Donde alguno cayó se elevan ciento,  
Ansiosos de martirio y de combate.

Puro como el armiño,  
Al bárbaro tormento  
Ofrece el cuello sin temor el niño;  
La virgen, que así logra la victoria,  
Da ejemplo de valor á aquella plebe  
Que ya no sabe ni aun morir con gloria,  
Y sin que un grito en su dolor profiera,  
Mira su seno, envidia de la nieve,  
Despedazado por hambrienta fiera.  
Serenos van el anciano, que abandona  
Sin temor su existencia fatigada  
Y busca en otra vida su corona;  
La hermana y el hermano confundidos,  
Junto al esposo fiel la esposa amada,  
Y en patético grupo reunidos  
La madre por sus hijos abrazada;



Todos serenos, sin que el pecho fuerte  
Tiemble cuando el peligro se avecina,  
Ni se doble á los golpes de la suerte,  
Caminando tranquilos á la muerte  
Como legión que al triunfo se encamina.

¿Cómo podrás vencer á tu enemigo,  
Agonizante Roma,  
Si él desprecia tu premio y tu castigo  
Y ni al halago ni al furor se doma?  
¡Ah! no batalles más, estás vencida;  
¿Quién entabla pelea  
Con una religión que, aun perseguida,  
Tales soldados donde arraiga crea?  
Triunfa de tí la sangre del Calvario,  
Que de la cruz en lágrimas gotea.  
¿Cómo vencer jamás á un adversario  
Que, á revolverse, sucumbir prefiere;  
Que, postrado de hinojos,  
Besa la misma mano que le hiere,  
Y alzando al cielo los dolientes ojos  
Canta un himno de fe, perdona y muere?

## XI.

Tu reinado acabó, no hay esperanza;  
Ese turbión de fieras  
Que á tus campiñas fértiles avanza,  
Del Septentrión dejando las riberas,  
No es un nublado que, á merced del viento,  
Va de truenos preñado,  
Y que al azar estallará violento.  
Es el tremendo rayo destinado  
A cortar tu existencia;  
Y contra tí dirige ese nublado  
De Dios la inexcrutable providencia.  
¡Humíllate ante el rayo que te mata!  
Tu cetro conquistaste por violencia;  
La violencia, á su vez, te lo arrebató.

## XII.

Muere, Imperio deshecho y vacilante,  
Que, al morir tu poder, la nueva Roma  
De tus cenizas surgirá triunfante;

Mas no ya del león con el rugido,  
Sino como castísima paloma  
Que, abrasada de amor, hace su nido.

Enfrente al derribado Capitolio  
De la Roma pagana,  
De su blando poder alzará el solio,  
Angel de amor, la religión cristiana,  
Y el redentor madero  
Sus brazos abrirá para el creyente,  
Brindando paz al universo entero.

Como los tuvo la pagana gente,  
Tendrá la Cruz artistas á millares,  
Y al poderoso impulso de su mente  
Alzará Miguel Angel los pilares  
Que del templo la cúpula resisten,  
Y llenará de estatuas los altares  
Que sus muros altísimos revisten;  
Del de Urbino la ardiente fantasía  
Copiará la belleza deslumbrante  
Del dulcísimo rostro de María,  
Y, más que con Virgilio, la poesía  
Ensanchará sus límites con Dante.



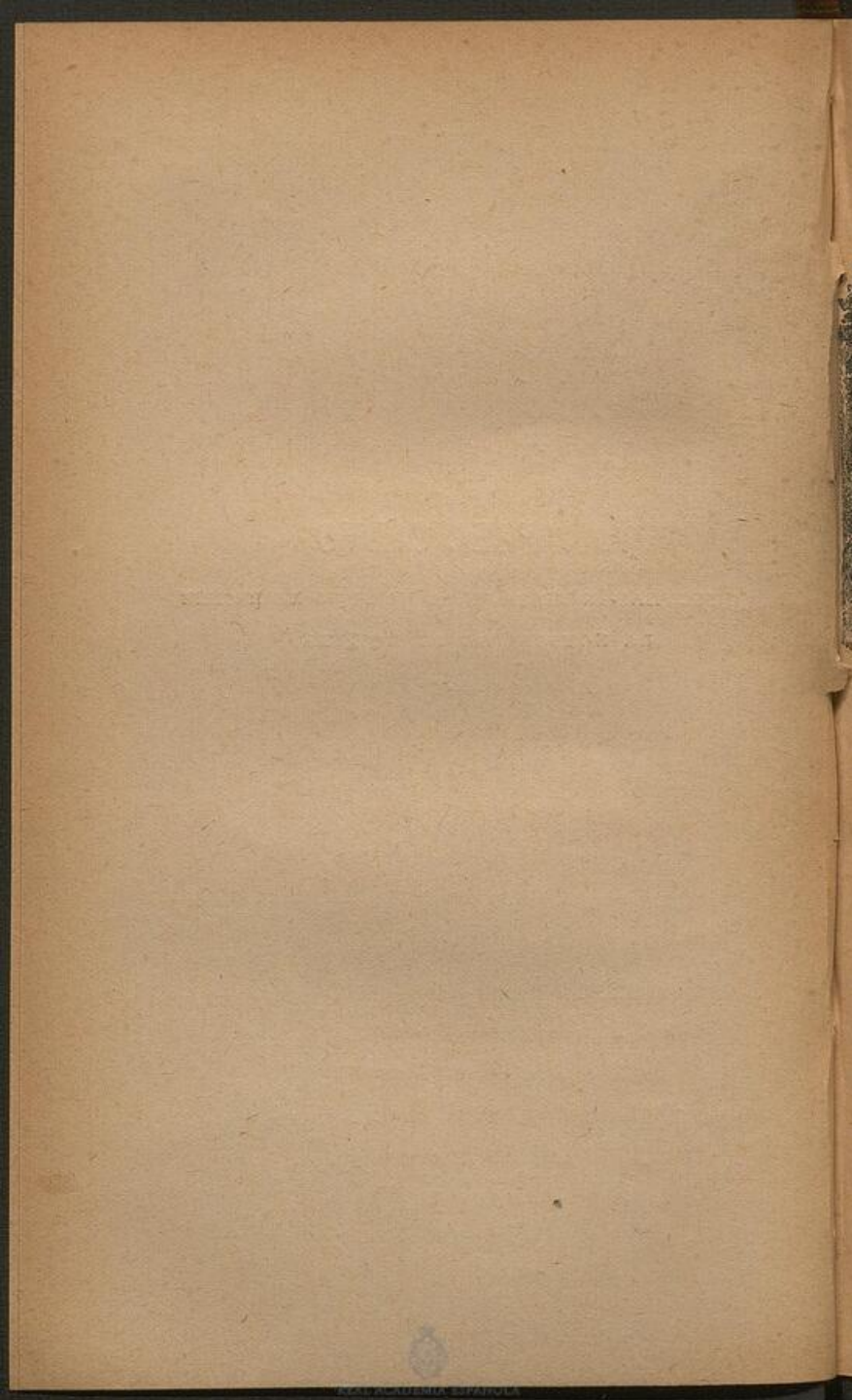
Y Roma, siempre grande y respetada,  
Los odios dominando y los recelos,  
Sobre la tierra se eruirá sagrada,  
No ya blandiendo la sangrienta espada,  
Sino alzando las llaves de los cielos.

Junio 1889.



Á RAFAEL CALVO.

(IMPROVISACIÓN HECHA EN EL MOMENTO DE RECIBIR  
LA NOTICIA DE SU MUERTE.)







Aun dura la vibración  
De su voz robusta y llena;  
Aun conmueve el corazón  
El arte con que en la escena  
Daba vida á la pasión.

¡Y ya es polvo, polvo inerte!  
Sólo queda su memoria;  
Que él pasó joven y fuerte  
De los brazos de la gloria  
Á los brazos de la muerte.

Cayó tan ñe pronto herido  
Por la fortuna contraria,  
Que uniéronse en un sonido  
Del último aplauso el ruido  
Y el de la primer plegaria.

El laurel ambicionado  
Con que el público premió  
Su talento arrebatado,  
Siendo á la escena arrojado  
Sobre su tumba cayó;

Pues sin descansar siquiera  
De la comedia fingida,  
Puso fin á su carrera  
La tragedia verdadera  
Del término de su vida.

Murió *Manrique* el cantor;  
¿Quién, como él, sobre el tablado  
Supo pintar el amor  
De aquel noble trovador  
Valiente y enamorado?

¿Quién copió más arrogante  
Á aquel *Don Alvaro* herido,  
Y desgraciado y constante,  
Cada vez más perseguido  
Y cada vez más amante?

¿Quién mejor logró pintar  
La gradación del sentir  
De aquel *Marsilla* sin par,  
Que nació para sufrir  
Porque nació para amar?

¿Quién, en fin, de igual manera  
Retrató el alma altanera  
Del gigante *Segismundo*,  
El «compuesto de hombre y fiera»  
Cuyo nombre llena el mundo?

De aquel acento querido  
Que heló la muerte inhumana,  
Sólo queda en nuestro oído  
El eco, ya confundido  
Con la voz de la campana.



Morir joven..... ¡Feliz suerte!  
Así en las almas más fuerte  
Arraigará tu memoria.  
¡Quizás contigo la muerte  
Fué cómplice de la gloria!

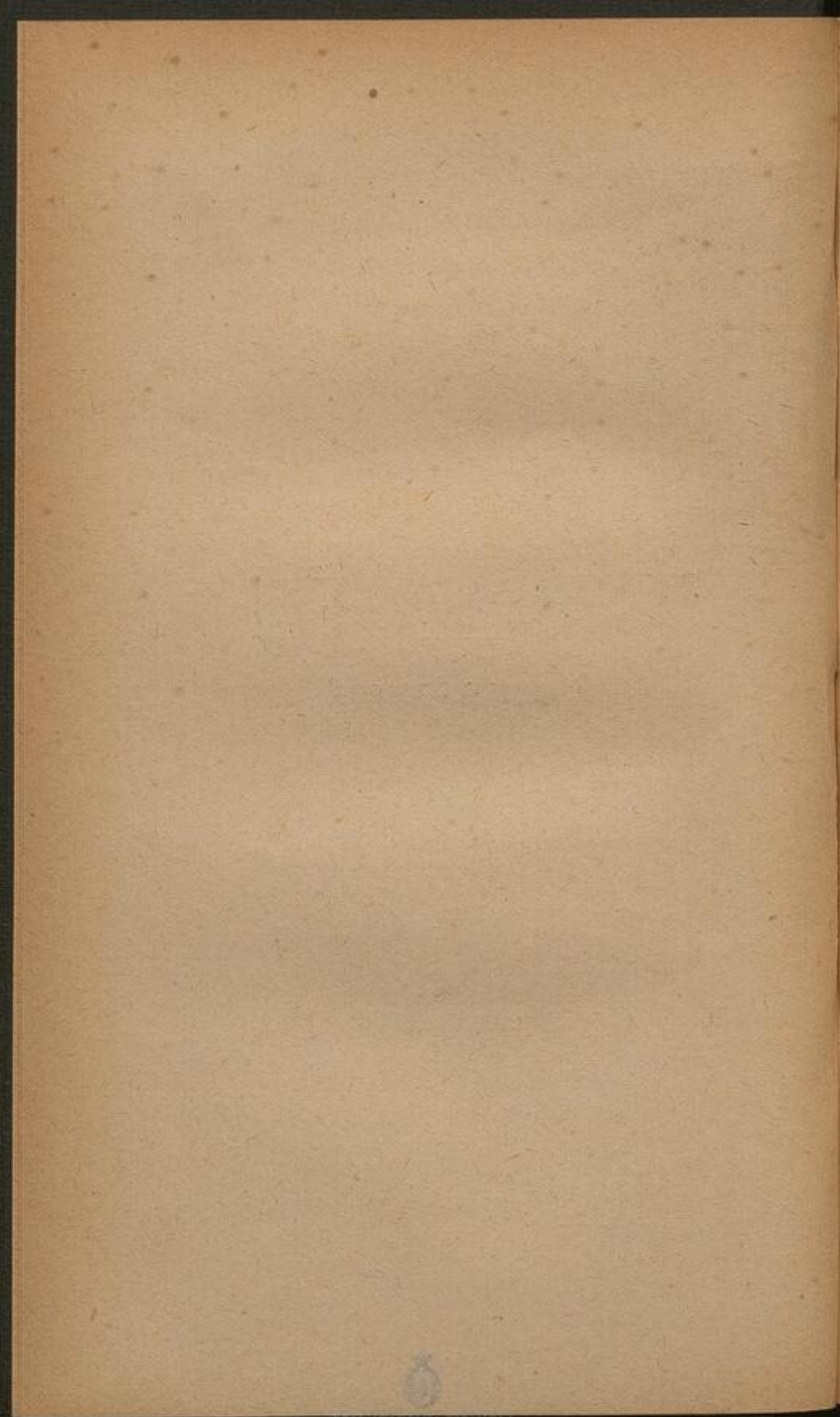
Puerto Real, 7 Septiembre 1888.



JUNTO Á LA CUNA.

---

Á MI HIJO JULIO.







Mientras en ignorancia lisonjera  
Débil reposa tu razón dormida,  
Quiero escribir la página primera  
Del entreabierto libro de tu vida.

Si notas que al hablarte desconfío,  
No pienses que me faltan las ideas;  
Es que al ir á expresarlas, hijo mío,  
No se más que decir: ¡ bendito seas !

Contigo no apetezco de la suerte  
Esperanzas ni glorias fugitivas,  
Ni supe qué es placer antes de verte,  
Ni sabré qué es dolor mientras tú vivas.

La cuna que esperaba tu presencia  
Al fin mece contigo mi fortuna,  
Y el bello porvenir de tu existencia  
Te espera al pie de la risueña cuna.

Hoy duermes, y soñando con el cielo  
Deslízase tu infancia bendecida ;  
Mañana al despertar, rasgado el velo,  
Te encontrarás de lleno con la vida.

No la temas, valor ; parecen solas  
Las almas que no anima la esperanza ;  
El mundo es como el mar ; tiene sus olas,  
Pero tiene sus puertos de bonanza.

De tu existencia el frágil barquichuelo  
Sus iras vencerá con energía ;  
Ten por brújula el bien, por norte el cielo ;  
Yo el piloto seré, Dios nuestro guía.

Adelante sin dudas ni temores,  
Y aspira de la vida la fragancia,  
Que ya te espera rebosando flores  
La hermosa primavera de tu infancia.

Ya creo ver tus juegos, tu alegría,  
Tus dulces sueños como el cielo azules;  
Ya me parece oír la melodía  
De la primer palabra que articules;

En tanto que consigue mi cariño  
Sembrar en tí, de mi deber en nombre,  
La semilla del bien, que es para el niño  
Rica cosecha que recoge el hombre.

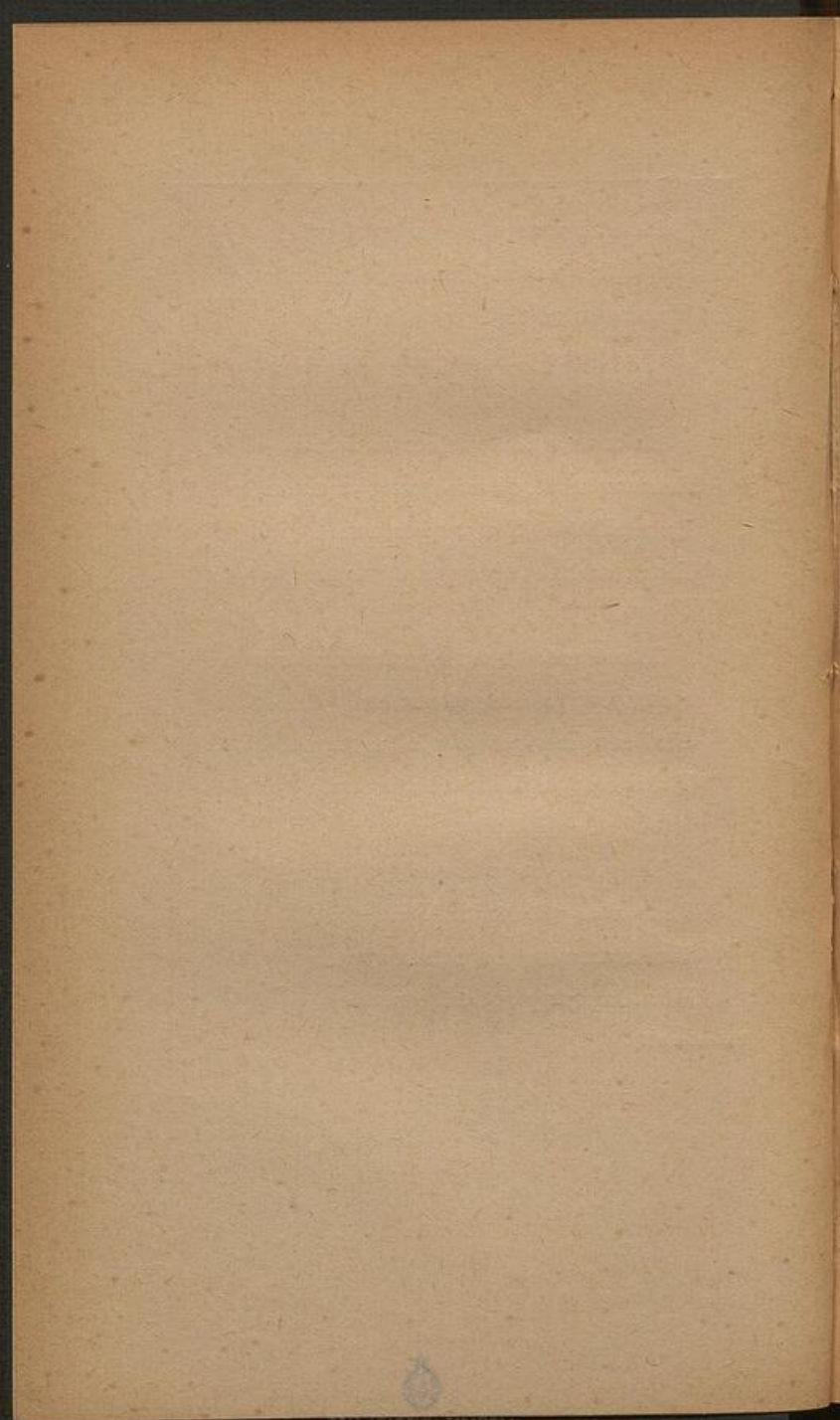
Como ese fruto mi esperanza aguarda,  
Puse sobre tu cuna placentera  
Un lienzo con el ángel de tu guarda  
Y una cruz en la blanca cabecera.

Si alguna vez tu fe sientes herida,  
Verás al ángel señalando al cielo.  
Si te abaten las penas de la vida,  
Mira esa cruz y te dará consuelo.

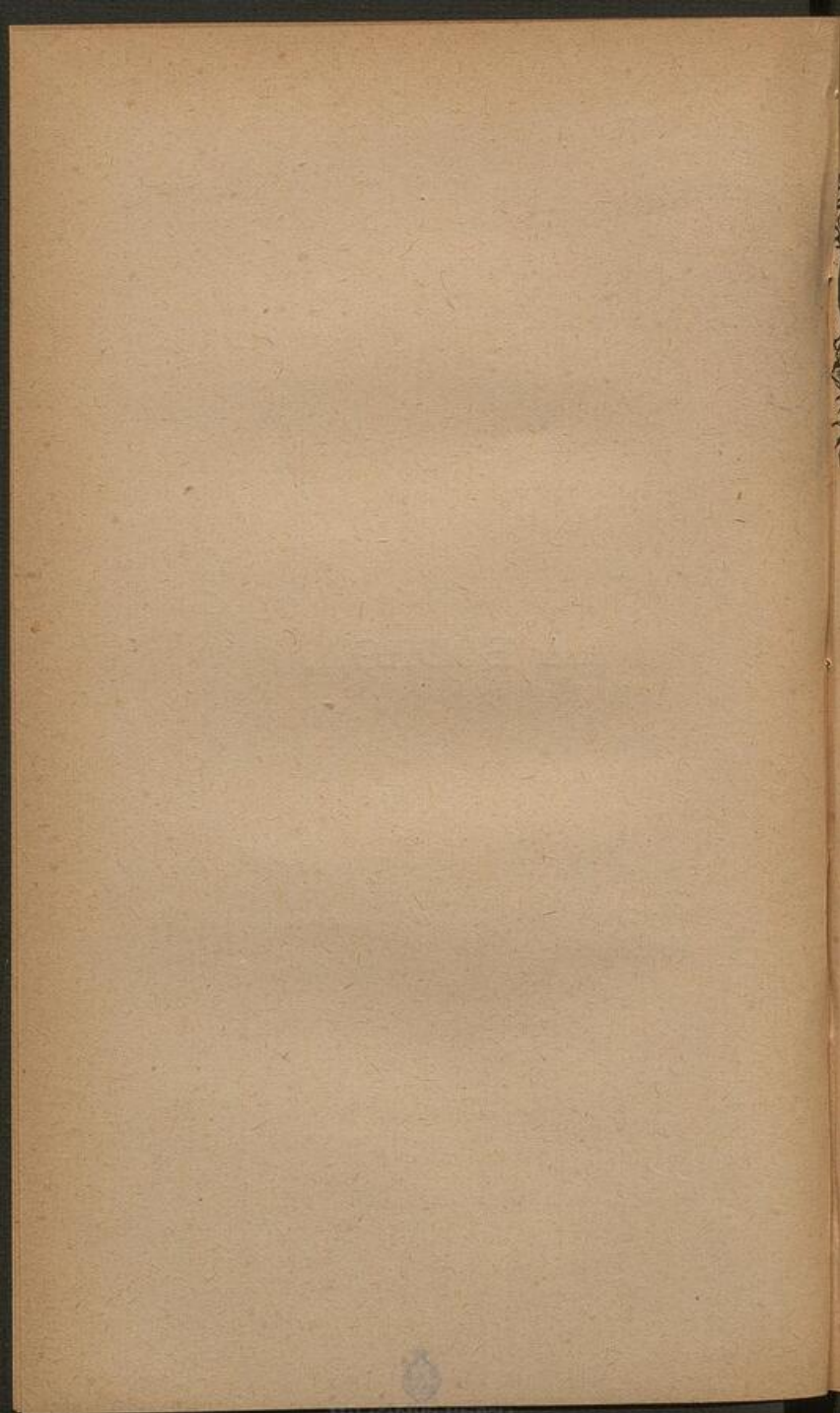
Diciembre 1883.







LA BODEGA.







Sígueme, lector amigo,  
Porque á servirte esta vez  
De *cicerone* me obligo,  
Si vienes á ver conmigo  
Una bodega en Jerez.

Abre el pecho á la alegría  
Y dale en él libre entrada;  
Mira qué espléndido día  
Y qué atmósfera incendiada  
Por el sol de Andalucía.

Si aceptas, vamos andando,  
Que cierto olorcillo á vino  
Nos viene ha rato indicando

Que nos vamos acercando  
Al término del camino.

No pongas el ceño grave  
Ni arrugues el entrecejo;  
Ven y aspira en la ancha nave  
El perfume tibio y suave  
Del rico Jerez añejo.

¿Te sorprende la extensión  
De la bóveda espaciosa?  
¿Por qué, si el vino en cuestión  
Es la savia generosa  
De esta fecunda región?

¿Quieres probar su excelencia?  
Eso se consigue aquí  
Sin fatigar la paciencia:  
Mira, ya está un hombre allí  
Con la clásica *venencia*.

A tu pensamiento fiel,  
Húndela en la vieja bota,  
Y al destaparse el tonel,

Por su fragancia denota  
Lo que se conserva en él.

Aquí, lector, en entrando  
De hacerse el sordo no hay modos.  
¿Más vino? Vamos andando;  
Habrá que probarlos todos  
Para que vayas juzgando.

¿Te asustas? ¡Qué timidez!  
¡Ten valor, por Belcebú!  
¿Qué más da por una vez,  
Ni quién que venga á Jerez  
No hace lo mismo que tú?

Derrama sobre tus penas  
Ese licor transparente,  
Que es oro en las copas llenas,  
Raudal de luz en la mente,  
Y sangre hirviendo en las venas.

Y te darán sus vapores,  
Si estás del pesar herido,  
El consuelo á tus dolores;



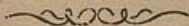
Si amas, el bien perseguido  
En tus ensueños de amores.

Si vacilas, decisión;  
Si luchas, gloria y presea,  
Y como supremo don  
Horizontes á la idea  
Y alientos al corazón.

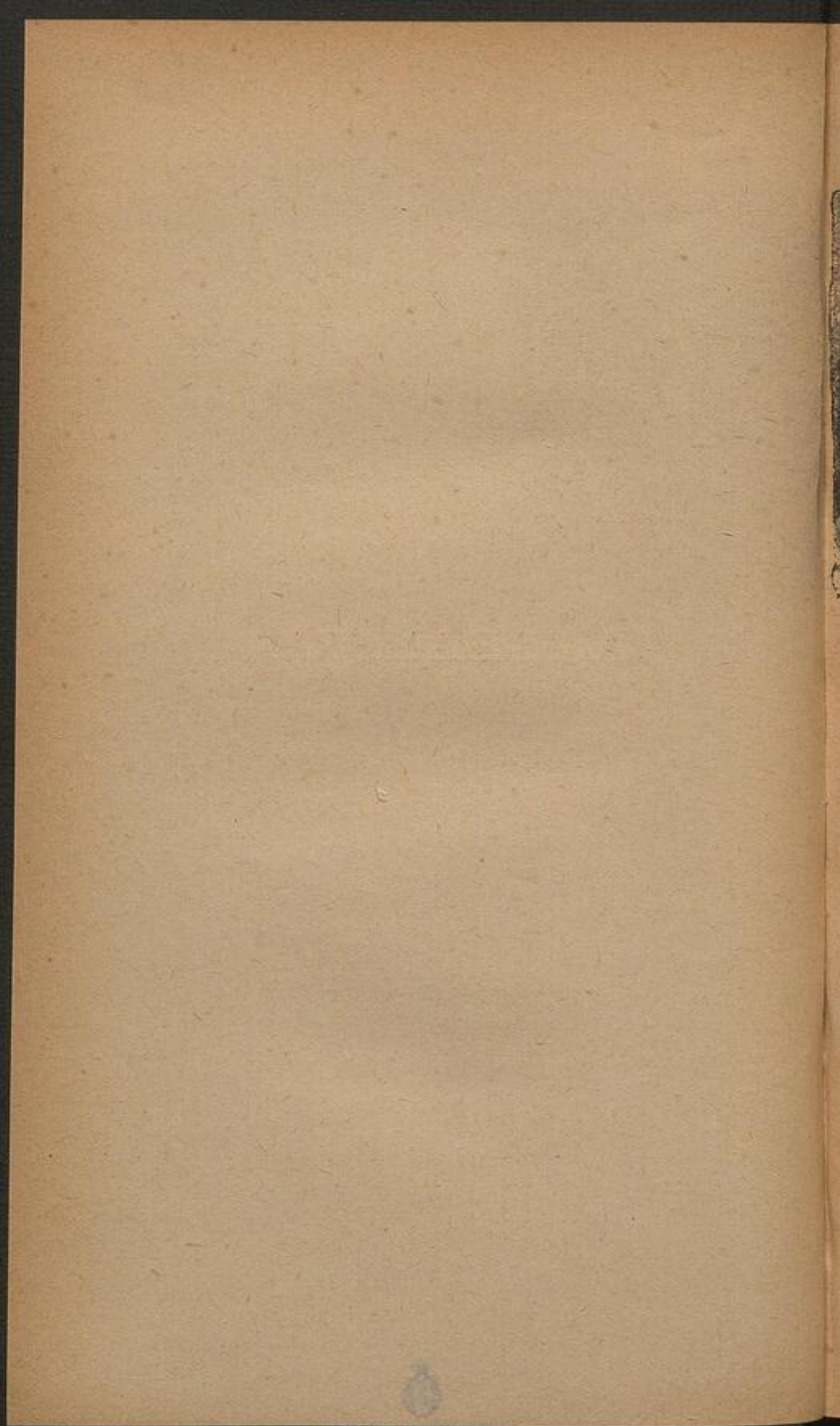
En este vino preciado  
Bebe con ansia secreta,  
Consuelos el desgraciado,  
Inspiración el poeta,  
Y fe y valor el soldado:

Que es el Jerez la alegría,  
La luz, el alma, el vigor,  
La esperanza, la energía,  
Y la savia y el calor  
De esta hermosa Andalucía.

Jerez, 25 Septiembre 1888.



LA ALHAMBRA.







I.

LA ALHAMBRA DE ALHAMAR.

Al pie de altiva sierra,  
Echada en dos colinas  
Que de aguas cristalinas  
Son vivo manantial,  
Ceñida de jardines,  
De torres erizada,  
Levántase Granada,  
La hermosa sin rival.

Á modò de alcatifa,  
Mirándola tan bella,  
La vega tiende ante ella  
Su manto de hojas mil;  
Y dándole gozosos  
Espejo en sus cristales,  
Arrúllanla, rivales,  
El Darro y el Genil.

El sol de Andalucía  
Benéfico la ofrece  
Fulgor que no obscurece  
La niebla con su tul;  
Y el clima es siempre dulce,  
Fecundo siempre el llano,  
El aire siempre sano,  
Y el cielo siempre azul.

Alzar allí un palacio  
De Alá la voz bendita  
Ordena al nazarita  
Munífico Alhamar,  
Que abriendo sus tesoros,  
En breves años hizo,

Á modo de un hechizo,  
La Alhambra levantar.

Sostuvo al arco airoso  
La esbelta columnata,  
El ébano y la plata  
Se unieron al marfil;  
Sintió rubor la piedra  
De verse en tal paraje,  
Y se trocó en encaje  
Finísimo y sutil.

La púrpura y el oro,  
Sin tasa prodigados,  
De mil alicatados  
Tejieron la labor;  
Y el agua, en los aljibes  
Dormida dulcemente,  
Rompió, al hallar la fuente  
En vivo surtidor.

Y alzáronse doquiera  
Salones, camarines,  
Y patios y jardines



Orlados de arrayán,  
Partidos ajimeces,  
Traidoras celosías  
Y frescas galerías,  
Asombro del Islam.

.....

La noche densa sombra  
Derrama en el espacio;  
Envuelto está el palacio  
Por lóbrego capuz;  
Oculta entre el celaje  
La luna blanquecina,  
Apenas ilumina  
Las torres con su luz.

Mil lámparas alumbran  
Salones y alminares,  
Pebetes á millares  
Esparcen dulce olor,  
Y allá, en las misteriosas  
Techumbres de las salas,  
Batiendo está las alas  
El ángel del amor.

En puertas y ajimeces  
Brocada sedería  
Y alfombras de Turquía  
Tendidas por doquier,  
Y arábigos perfumes  
En vasos de colores,  
Y cánticos y flores,  
Emblemas del placer.

Aquí la guzla mora  
Sus tristes notas lanza;  
Convidan á la danza  
Los crótalos allá;  
Allí tratan los unos  
De amores y de ornato;  
Conciertan un rebato  
Los otros más acá.

Al lado de la persa  
De tez alabastrina,  
Más negra que la endrina  
De Nubia la mujer;  
Y juntos en un corro  
El serio beduíno,

El franco tunecino  
Y el agrio bereber.

Y allá, en hondo misterio,  
Oculta en los encajes  
Y ricos cortinajes  
Del mágico alhamí,  
La bella favorita,  
Señora de la Alhambra,  
Oyendo de la zambra  
El loco frenesí.

Magnífico ropaje  
De finas perlas lleno,  
Oculta el albo seno  
Que enciende la pasión,  
Y se alza y se deprime,  
Ya leve, ya turbado,  
Siguiendo el compasado  
Latir del corazón.

Su voz timbrada envidian }  
Los pájaros del valle;  
Prestóle para el talle



La palma su esbeltez;  
Su aliento perfumaron  
Las brisas rumorosas,  
Y diéronle las rosas  
Carmines á su tez.

Quitándose el cintillo,  
Sus trenzas, en cascada,  
Inundan la almohada  
En ondas como el mar,  
Y oyendo de las guzlas  
El son alegre y blando,  
Se duerme suspirando  
El nombre de Alhamar.

Y sigue de la fiesta  
La loca gritería,  
Y nace el nuevo día  
Con pálido fulgor,  
Y aun se oyen, tras los muros  
De la morisca Alhambra,  
Los ecos de la zambra,  
Que incitan al amor.

Palacio prodigioso  
Del reino granadino;  
Alcázar peregrino  
De nácar y zafir,  
¿Serás eternamente  
Edén del mahometano?.....  
¡Quién sabe el hondo arcano  
Que guarda el porvenir!.....

## II.

## LA ALHAMBRA DE ISABEL.

Frente á la hermosa Granada,  
De la blanca sierra al pie,  
En una bella alborada  
Preséntase á la mirada  
El campo de Santa Fe.

Cuando asciende á las alturas  
Aquella mañana el sol,  
Se quiebran sus luces puras  
En los cascos y armaduras  
Del ejército español.

Llevan jinetes é infantes,  
Con porte marcial y activo,  
Sus galas más deslumbrantes,  
Y el placer más hondo y vivo  
Retratado en los semblantes.

¿Cómo no, si esta alborada  
Lisonjera les promete  
Ver para siempre vengada  
La traición del Guadalete  
Con la toma de Granada?

Miran ya como señores  
Ciudad tan rica y tan bella,  
Preciado nido de amores,  
En que la Alhambra descuella  
Como la flor de las flores.

Da el cañón, con ronco acento,  
La señal al vencedor,  
Y á su estampido en el viento  
Responde en el campamento.  
Un «viva» ensordecedor.



¡Llegó el instante soñado!....  
Siete siglos de campaña  
Logran el fin codiciado:  
Ya es, bajo un cetropreciado,  
Una y libre toda España.

¡Honor á aquellos que fueron  
Espanto y muerte del moro,  
Á los que, al par que vencieron,  
Sus nombres, con letras de oro,  
En nuestra historia escribieron!

¡Honor al pueblo prudente,  
Perseverante y altivo,  
Aventurero y creyente,  
Tan pródigo y compasivo  
Como gallardo y valiente!

¡Y honor, por último, á aquella  
Reina de santa memoria,  
Piadosa, inspirada y bella;  
La más refulgente estrella  
Del cielo de nuestra historia!

.....

Mendoza, el gran Cardenal,  
Ante airosa cabalgada  
De noble porte y marcial,  
Recibe la venia real  
Y se dirige á Granada.

Mientras un tropel de gente  
De los moros granadinos  
Viene á su encuentro de frente,  
Bajando rápidamente  
La Cuesta de los Molinos.

De ambos bandos los guerreros,  
En sus gallardos corceles,  
Corren á hallarse ligeros,  
Y el aire agita plumeros  
Y gualdrapas y alquiceles.

Se encuentran, y á la señal  
De ronca trompa de guerra,  
Un moro, de porte real,  
Pára el corcel, salta en tierra,  
Y así dice al Cardenal:

—«Señores, pues de los hados  
Lo dispusieron las leyes,  
Ocupad, por Dios llevados,  
En nombre de vuestros reyes  
Esos mis ricos estados.»

Á sus ojos, al hablar,  
Asoma lágrima viva;  
Saluda; torna á montar;  
Y una y otra comitiva  
Se vuelven á separar.

Con «vivas» los aires hiende  
Y en patrio fuego se enciende  
La que sube victoriosa;  
La que á la vega descende  
Marcha triste y silenciosa.

Llegan éstos á la huerta;  
De los muros granadimos  
Ganan los otros la puerta;  
Y vuelve á quedar desierta  
La Cuesta de los Molinos.

.....



Mientras la Alhambra vecina  
Ocupa el Prelado fiel,  
Desde empinada colina  
Al pueblo en que ya domina  
Mira la reina Isabel.

La cercan los caballeros  
Que siguieron sus pendones  
Sobre corceles ligeros,  
Luciendo motes guerreros  
En armas y guarniciones.

Allí el pujante Aguilar;  
Gonzalo, prez de Castilla;  
Rodrigo Ponce, el sin par,  
Y el hazañoso Pulgar  
Y el arrogante Tendilla.

Los Cerdas y Perafanes,  
Los Manriques y Guzmanes,  
Espejo de los valientes  
Y entre otros cien capitanes,  
Ureña, y Cabra y Cifuentes;

Cada cual con su bandera  
Girando, á fuer de español,  
En torno á Isabel Primera,  
Como giran en la esfera  
Los astros en torno al sol.

Profunda inquietud devora  
Á la Reina vencedora  
Al ver el tiempo que tarda  
En alzar la torre mora  
La ansiada seña que aguarda.

Pero pronto se consuela,  
Y el carmín de su mejilla  
Placer intenso revela,  
Al mirar *algo* que brilla  
En la Torre de la Vela.

¡Es la cruz que alza el Prelado!  
La misma que siempre al lado  
Llevó el Rey en la campaña;  
¡La que ya por toda España  
Extiende, al fin, su reinado!

¡Miradla! La media luna  
Perdió por siempre su luz,  
Y, nuncio de otra fortuna,  
Sobre la torre moruna  
Se alzó triunfante la cruz.

Ya la Alhambra soberana  
No es el harén corrompido  
De la impúdica sultana;  
Es verjel donde hace el nido  
La casta Reina cristiana.

¿Qué hurí más hermosa que ella  
Sus ocultos camarines  
Pisó con ligera huella,  
Ni á qué odalisca tan bella  
Dieron sombra sus jardines?

Mañana el trono alcanzado  
Por su esfuerzo y su coraje,  
Verá lucir el soldado  
Sobre el finísimo encaje  
Del soberbio alicatado.



Y al pisar con alegría  
El regio alcázar del moro,  
Que la oriental fantasía  
Cubrió de mármoles y oro  
Y alabastro y sedería;

Cuando, orgulloso y ufano,  
Llegue al solio, conmovido,  
A besar la blanca mano  
Que respetado y temido  
Alza el cetro castellano,

Verá su dicha colmada,  
Y en el alto minarete  
Dirá la cruz elevada  
Que está en la Alhambra vengada  
La rota del Guadalete.

.....

### III.

#### LA ALHAMBRA DE ZORRILLA.

Venciendo su letárgica tristeza  
La regia Alhambra, la sin par sultana,

Vuelve á lucir de nuevo su belleza  
Tan pomposa y ufana  
Como en sus tiempos de mayor grandeza.  
Desde el lejano día  
En que la cruz alzóse vencedora  
Donde la enseña del Islam lucía,  
En calma bienhechora  
Por el Darro arrullada se adormía;  
Como buscando soñador descanso  
Tras la cascada en que agotó su brío,  
Al hallar el remanso  
Cansado de luchar se duerme el río.

¿Por qué entonces con tal magnificencia  
De la Alhambra en los mágicos confines  
Todo vuelve otra vez á la existencia?  
¿Acaso un rey derrocha sus tesoros  
Por honrar á sus bravos paladines,  
En combates de toros,  
Y conciertos, y cañas y festines?  
¿Quizá á la hueste victoriosa espera  
Que ya se ve venir, allá, á lo lejos,  
A los vivos reflejos  
Del sol que en los almetes reverbera,

Cuando del monte al trasponer la bruma  
Y al rápido trotar de sus corceles  
Olas que van rompiéndose en espuma  
Semejan los flotantes alquiceles?  
¿Lograron nuevos triunfos los cristianos  
Y celebran con fiestas su victoria?  
¡Ah! no. De aquellos tiempos, ya lejanos,  
Sólo dejó la inmarcesible gloria  
Un recuerdo en los pechos castéllanos  
Y una página de oro en nuestra historia.

¿Á quién festeja entonces de tal suerte  
La Alhambra que se adorna y se engalana,  
Si ya duermen el sueño de la muerte  
Los que lograron con su brazo fuerte  
Abatir la grandeza musulmana?  
A un vencedor también; mas no en las lides  
En que ganar supieron su presea  
Los Guzmanes, y Córdovas y Cides,  
Sino en otra dulcísima pelea  
En que han de ser, para lograr las palmas,  
Guerrero la pasión, hierro la idea,  
Y fortaleza que ganar las almas.  
Á una lumbrera del Parnaso hispano,



Glorioso veterano  
Que espera de su raza generosa  
Al tocar de la vida el occidente,  
Que la patria que honró ponga piadosa  
El último laurel sobre su frente.

¿Dónde mejor la palma merecida  
Otorgar á su musa castellana  
Que en la Alhambra, por él enaltecida?  
Él cantó su belleza soberana  
Del arte vencedor, del genio atleta,  
Y hoy debe, en recompensa, la sultana  
Las sienes coronar de su poeta;  
Y para hacer más bella la corona  
Que al genio galardona,  
Dan á la Alhambra, en su recinto moro,  
Pensamientos y rosas los verjeles,  
Plata el Genil, los cármens laureles,  
Y el limpio Darro sus arenas de oro.

Y un «hurra» general del pueblo hispano  
Al brillar el laurel en su cabeza  
Resuena en derredor del noble anciano,  
En cuya estrofa, de sin par belleza,

Nuestro rotundo idioma castellano  
Desplegó su magnífica grandeza;  
Del trovador, aun fuerte y vigoroso,  
En quien el genio nacional brillante  
Encarnó más que en todos luminoso,  
Por quien fueron y viven todavía  
*Don Juan*, siempre gallardo y arrogante,  
Que á los hombres y al cielo desafia;  
*Inés de Vargas*, que en su amor burlada,  
Pone á Dios, en su cuita, por testigo  
Y logra ser por Dios testificada;  
El torpe y desdichado *Don Rodrigo*;  
*Alarcón*, valeroso y justiciero;  
*Montoya*, que los claustros atropella,  
Pródigo, jugador y pendenciero;  
*Don Pedro*, que sucumbe en lid maldita  
Siempre acosado por su adversa estrella,  
Y la pálida y triste *Margarita*  
Enamorada, candorosa y bella.

¡Acudid de mi voz al llamamiento,  
Fantasmas que surgisteis de la nada  
Al poderoso soplo de su aliento!  
Esa frente inspirada

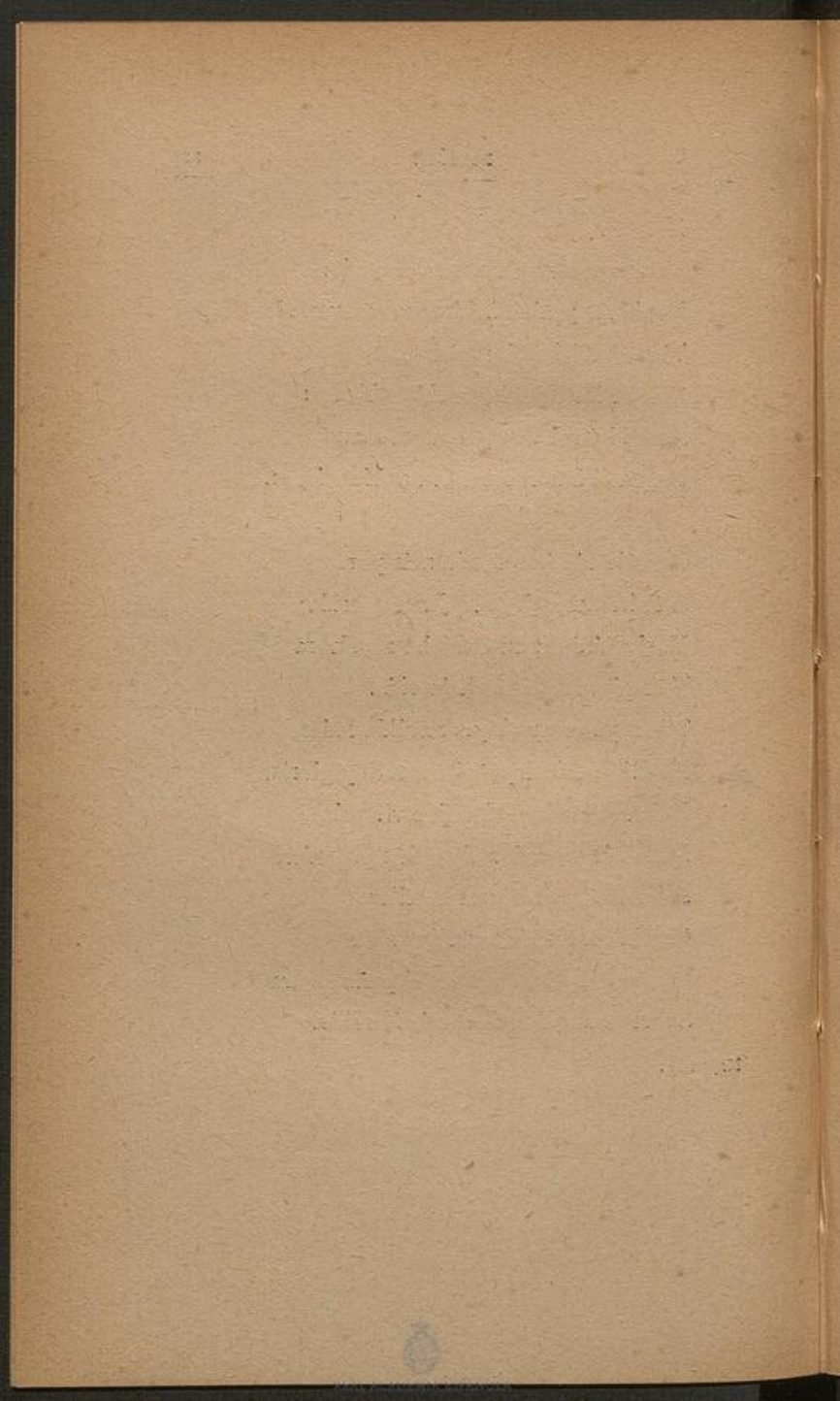
Donde nacisteis á la luz del día  
Va á ser solemnemente coronada:  
Venid..... ¿quién á faltar se atrevería?  
Triunfos del padre anciano  
Son de los hijos los mejores bienes:  
Acudid á mi voz, y vuestra mano  
Ponga el laurel sobre sus nobles sienes.

Pónselo tú, de todas la más pura,  
Inés hermosa de Don Juan querida;  
Vuelve á dejar tu estrecha sepultura  
Y respira las auras de la vida.  
Tú, cuyo amor al que rendida cedés,  
Es del pueblo español encanto y gloria,  
Debes sellar la espléndida victoria  
Del viejo trovador, de quien procedés,  
Adornando su blanca cabellera  
Con la corona de laurel sencilla  
Que pone, por tu mano, España entera  
Sobre la augusta frente de Zorrilla.

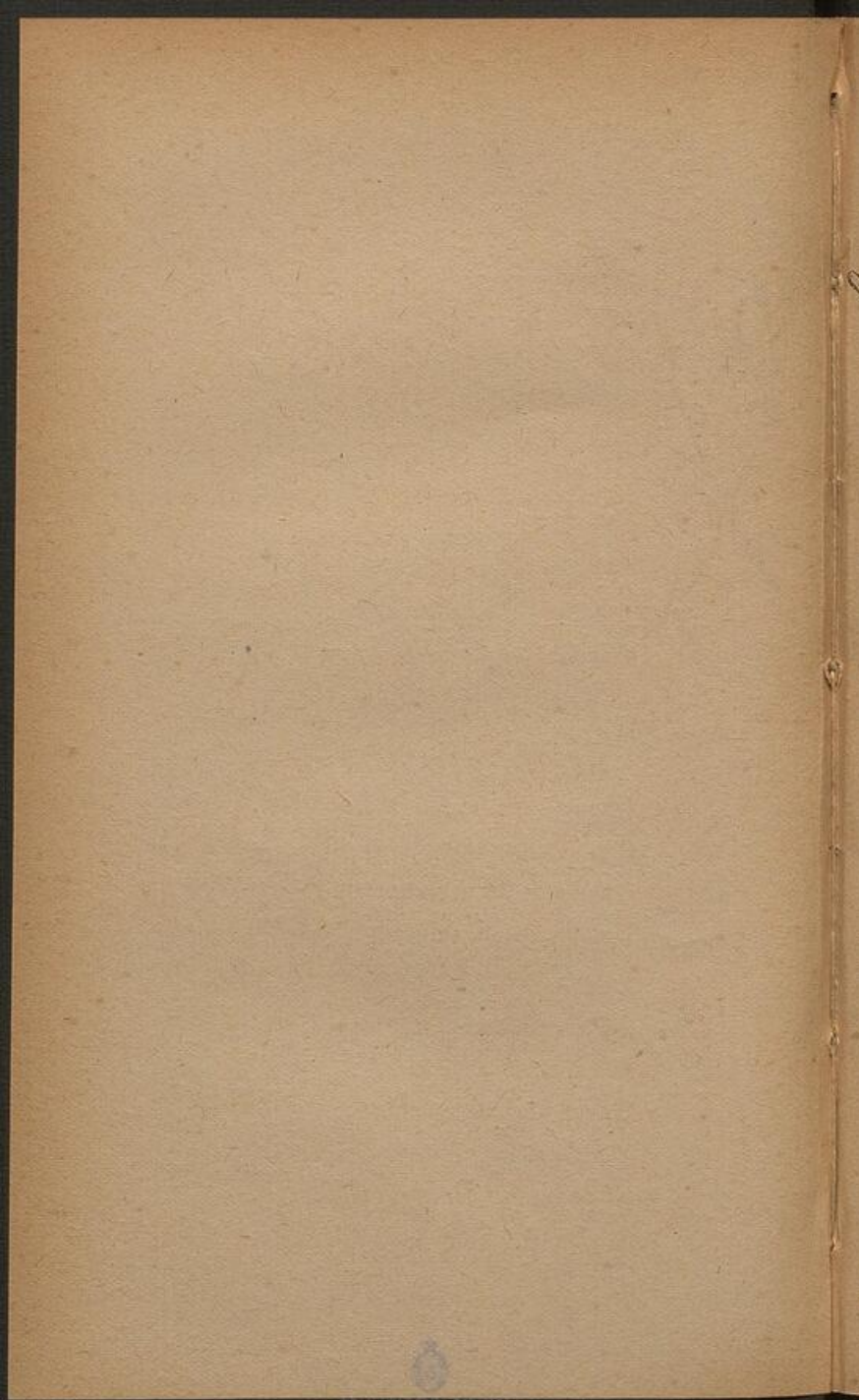
Mayo 1889.







EN UN ABANICO.







Me pides—y á la verdad  
Que la causa no me explico  
A no ser por tu bondad—  
Que he de darte en tu abanico  
Una prueba de amistad.

Pretenderlo es loco intento:  
Del abanico el papel  
Es dar al aire tormento,  
Y mi amistad, Isabel,  
No se cambia como el viento.

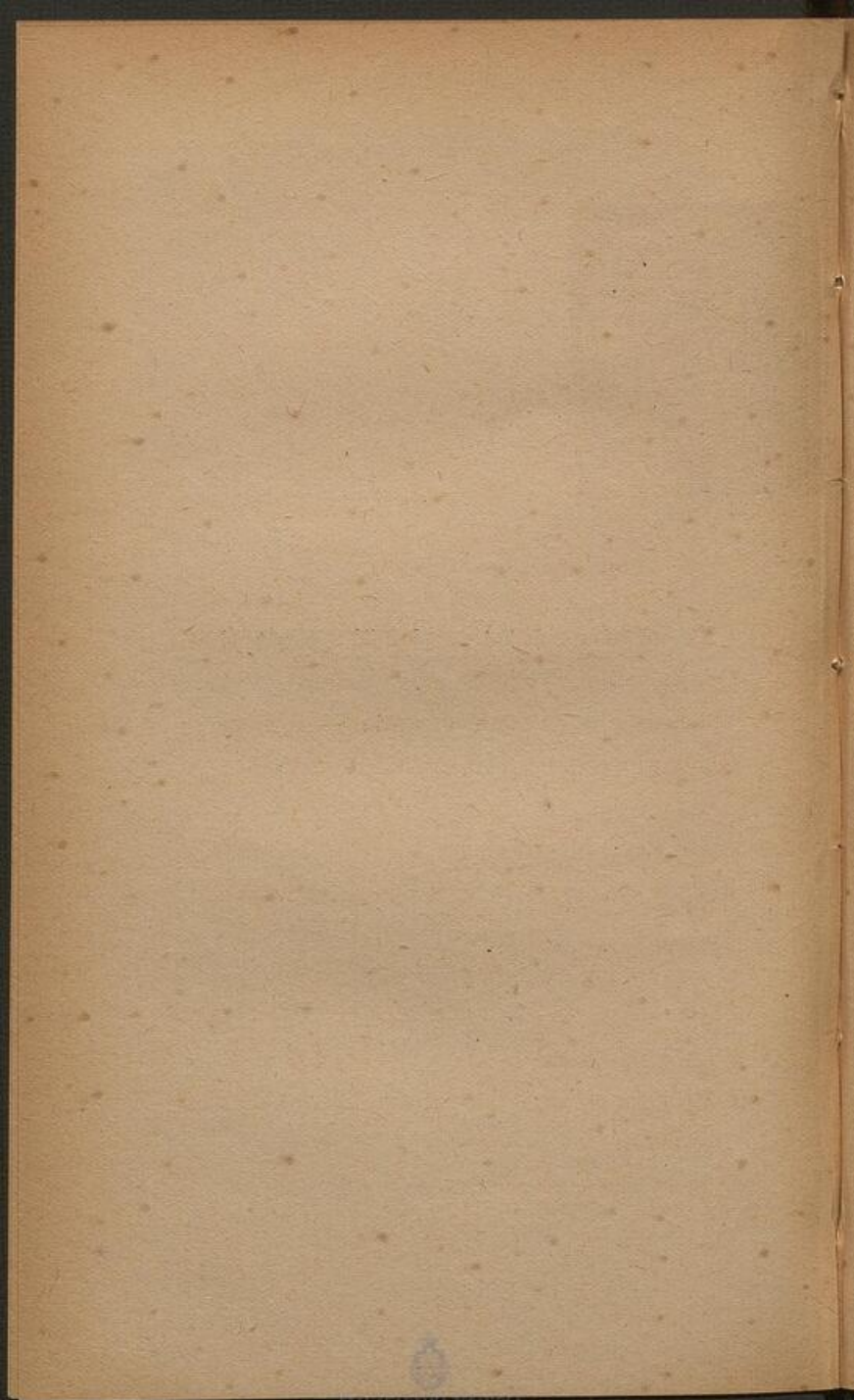
Lucha en vano quien procura  
Realizar lo irrealizable,  
Y hacer emblema es locura  
Al viento, que es tan mudable,  
De una amistad tan segura.

Septiembre 1888.



EL NACIMIENTO.







De un monte hecho de corcho, bajando la pen-  
Que fingen unas tablas en curva desigual, [diente  
Y á cuyos pies, de estaño despéñase un torrente  
Que muere en un arroyo formado de cristal,

Los Reyes Magos siguen, envueltos en su manto,  
El curso que les marca la estrella de latón,  
Y paran los corceles al ver el portal santo  
Oculto en una gruta de barro y de cartón.

Un grupo de pastores, que afrenta á la escultura,  
Bailando se acompaña de gaita y tamboril,  
Y olvida las ovejas que pacen en la altura,  
Ó bajan ellas solas en busca del redil.

Allí nacen hermanos el pino y la palmera,  
Junto á un árbol sin hojas se ven lirio y clavel,  
Y á un mismo tiempo fingen invierno y primavera  
La nieve en las cabañas, la flor en el verjel.

De pavos la manada, entre el follaje umbroso,  
En formación correcta hacia el arroyo va,  
Y un gallo en un tejado levántase orgulloso  
Más grande que la casa sobre la cual está.

El viejo asa castañas en la pintada hoguera,  
La vieja con su rueca trabaja junto á él,  
Y al borde del arroyo, la tosca lavandera  
El trapo ya lavado suspende de un cordel.

Un monte coronando, de Herodes la morada  
Se eleva pintoresca, como es la tradición,  
Con sus persianas verdes, su rústica fachada,  
Encima un pararrayos y el dueño en el balcón.

Allí nada respeta la loca fantasía;  
Mil épocas se juntan en rara variedad.  
¡Bendito anacronismo, más lleno de poesía  
Que el cuadro que se ajusta servil á la verdad!



Goza, hijos del alma, precioso es el momento.  
¡Feliz quien con tan poco consigue tanto bien!  
También los hombres ponen su alegre nacimiento,  
Y en él, como en el vuestro, su dicha va también.

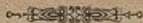
Los reyes, que sus dones á perseguir nos lanzan,  
Los triunfos representan que busca la ambición;  
Si muchos los persiguen, muy pocos los alcanzan  
Y á algunos el lograrlos les hiela el corazón.

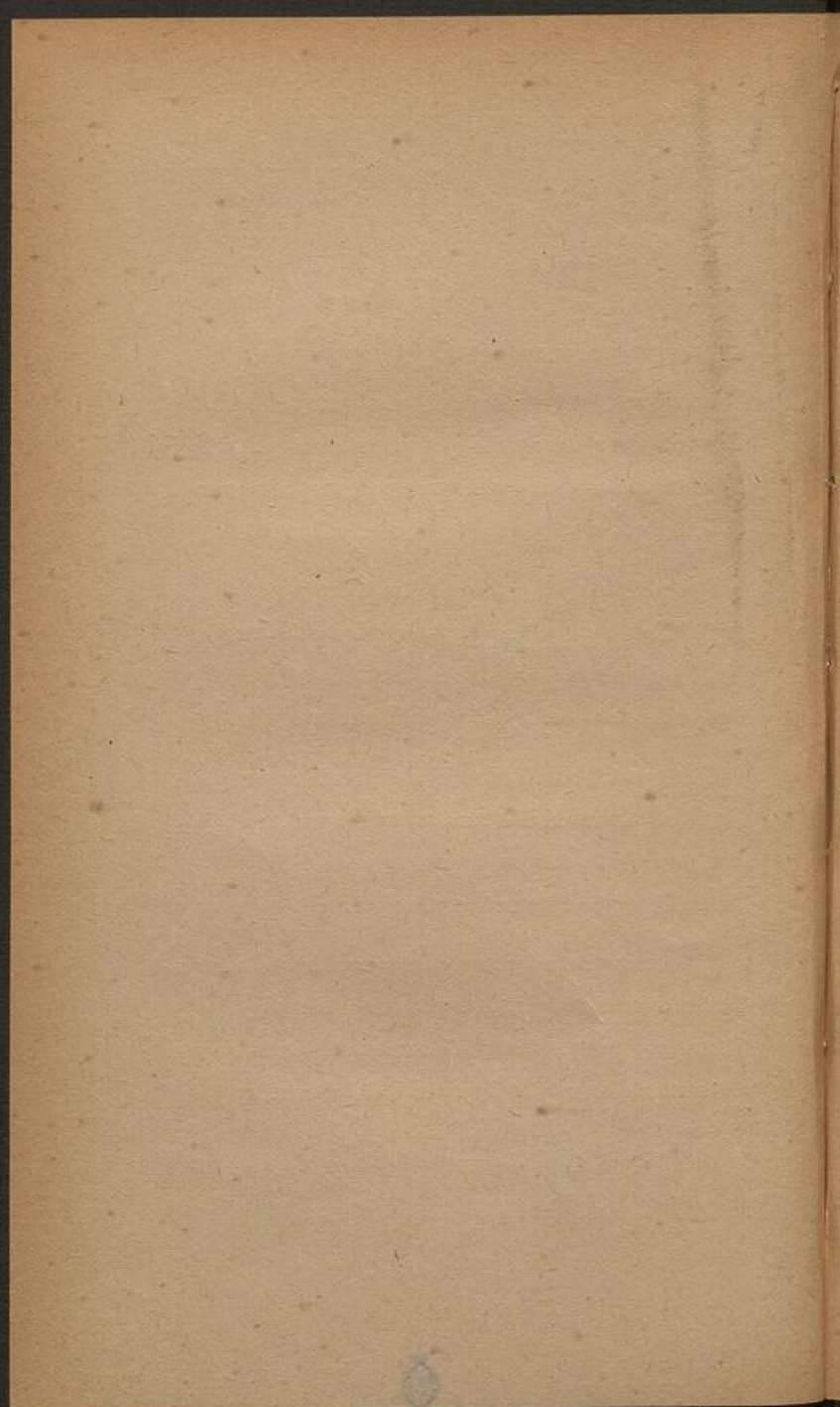
Esa gentil zagala que en los peñascos mora,  
Al hombre como al niño produce igual placer;  
En tanto que es de barro, se llama la pastora;  
Después que alienta y vive, se llama la mujer.

Y ese portal que habita la Majestad Suprema,  
Ni cambia ni se olvida sin dar en el error,  
Porque es el misterioso consolador emblema  
De un Dios que el mundo entero redime con su amor.

¡Que siempre la fortuna que os brinda sus halagos  
Oculte á vuestros ojos la tentación y el mal;  
Que siempre vuestra estrella, como á los Reyes Magos,  
Os muestre llana y fácil la senda del Portal!

Diciembre 87.





TESTAMENTO.







¡Ay! madre del alma, no llores, sé fuerte;  
En vano me animas; se acerca la muerte,  
La siento llegar.

¿No ves apagarse del sol á lo lejos  
Los vivos reflejos?

Mi vida y sus rayos se extinguen al par.

¡Cuán pronto mi rostro perdió su frescura!  
¿Qué fué, madre mía, de aquella hermosura,  
Tu encanto de ayer?.....

¡Fugaz mariposa de espléndidas galas,

Abrí al sol las alas  
Y hallé, como todas, la muerte al nacer!

Se funden las nieves: Abril se avecina;  
Bien pronto la dulce, gentil golondrina  
Que amé con pasión,  
Cual todos los años, vendrá á hacer su nido,  
Su hogar escondido,  
Que adorna y alegra mi claro balcón.

Lo pienso con pena..... La pobre, mañana  
Buscándome acaso, vendrá á mi ventana  
Y no me hallará:  
¡Y cuánto me amaba! Mi voz conocía.....  
Cual tú, madre mía,  
Quizás al no hallarme también llorará.

Que nunca al jilguero le falte su grano:  
Yo siempre lo echaba con pródiga mano  
Del nido en redor:  
Así su tristeza tendrá lenitivo;  
Que piense que aun vivo  
Y que aun, como siempre, lo cuida mi amor.



¿Y el árbol del huerto? ¿Regarlo me ofreces?  
¡Su plácida sombra cubrió tantas veces  
    Mis siestas allí!  
Acaso si buscas, en tardes de estío,  
    Su albergue sombrío,  
Te duermas y sueñes que estoy junto á tí.

Que cuides te encargo tú misma mis flores;  
Ayer mil capullos de vivos colores  
    Abrirse miré.  
Mañana habrá rosas..... Ya á haberlas empieza:  
    ¡Ornar mi cabeza  
En frescas guirnaldas con ellas pensé!

¡Ay, madre del alma! decírtelo quiero:  
La que abra de todas sus hojas primero,  
    Para él, para Juan.....  
¡Que siempre la guarde mi dueño querido!  
    Se la he prometido  
¡Y sé que la espera con íntimo afán!

No mires con celos la flor que le llevas:  
Su amor necesita de halagos y pruebas;  
    Tu amor ¿para qué?

En cambio, en tu afecto mudanza no cabe,  
Y el, madre, ¡quien sabe!...  
Quizá pondrá en otra su amor y su fe.

Si así sucediera, si rompe estos lazos,  
Si de otro cariño se arroja en los brazos,  
Que sufras ó no,  
Procura que encuentre mujer casta y bella;  
Sé buena con ella  
Y dile que le ame lo mismo que yo.

Adiós, madre mía, mi vida se acaba:  
El traje de boda que yo preparaba  
Para ir al altar,  
Que cubra mi cuerpo del alma privado;  
Yo lo he terminado,  
Y en vida ó en muerte lo quiero estrenar.

.....  
.....  
.....

Y vino de Mayo la pompa galana,  
Y un ave, temblando, llamó á la ventana

Que nunca se abrió:  
Los pobres rosales perdieron sus rosas,  
Aun frescas y hermosas;  
Y el árbol del huerto marchito murió.

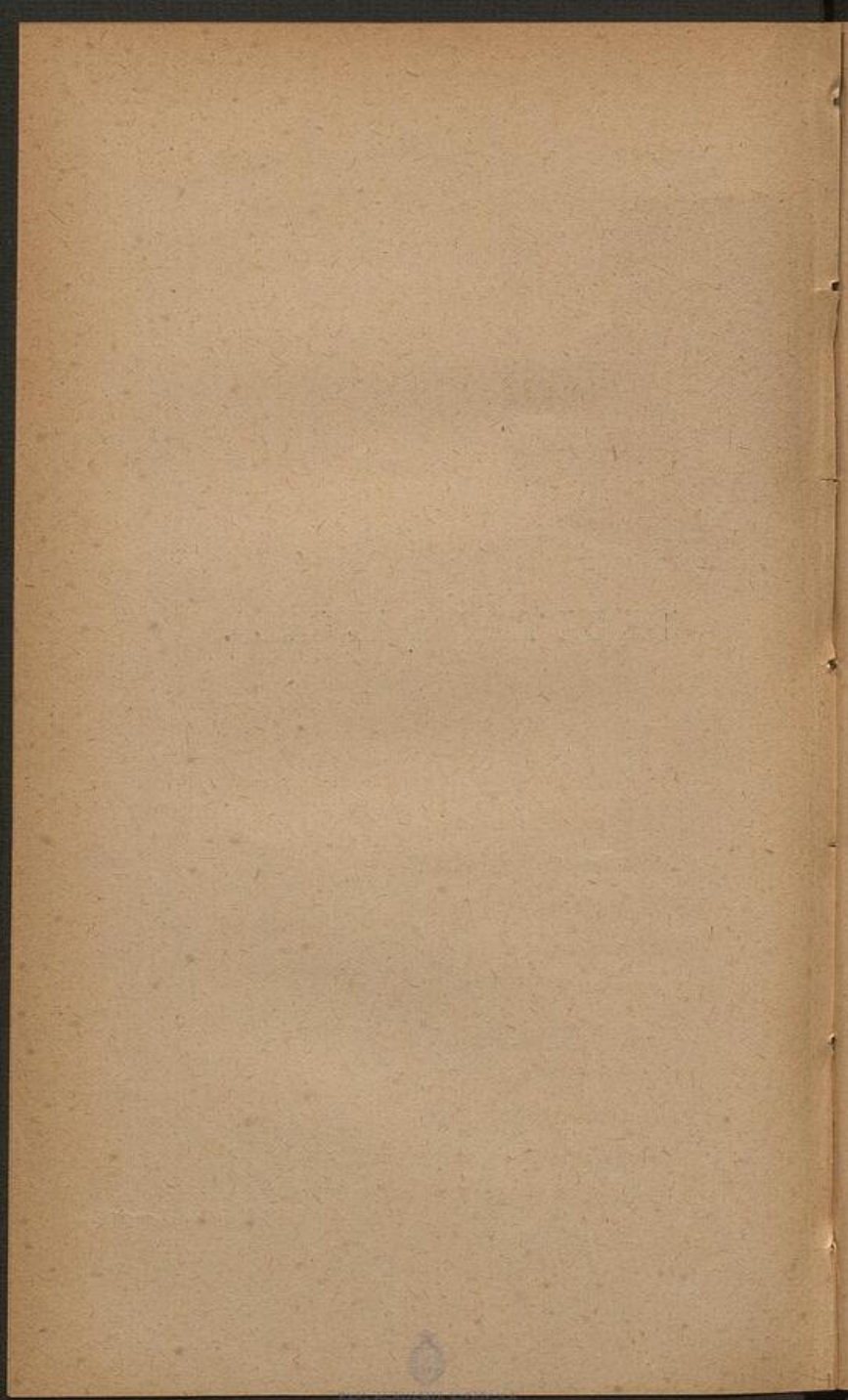
Junio 1887.







DE LA TIERRA AL CIELO.







I.

¿Dónde va?—Con paso lento  
Camina desencajada,  
Sin fuerzas y sin aliento,  
Y asómanse á su mirada  
El hambre y el sufrimiento.

Aun más que un ángel hermoso  
Y blanco como el armiño,  
Con esfuerzo fatigoso  
Lleva al lado un pobre niño  
Pálido, enfermo, lloroso.

¡Infeliz! el viento aleve  
Le azota silbando rudo,  
Y deja su paso breve  
La huella del pie desnudo  
Impresa sobre la nieve.

Muere el fulgor vespertino,  
Y aumenta, al irse extinguiendo,  
De la nieve el remolino,  
Que va cayendo, cayendo,  
Hasta borrar el camino.

## II.

Como herida de una idea,  
Interroga al horizonte  
La madre al ver una aldea  
Que alegremente blanquea  
Tendida á los pies de un monte.

—Allí—murmura—allí está....  
Y se detiene y bendice  
Su buena estrella quizá,

Mientras el niño le dice :

—Dí, madre, ¿llegamos ya?

—Sí, mi bien ; no temas nada

Descansar muy pronto espero—

Responde la desgraciada

Sentándose fatigada

A la orilla del sendero.—

Allí hay un pueblo: habrá gente.....

—¿Y tendrás algún amigo?

—La caridad solamente,

Mas con ella hay suficiente

Para hallar cena y abrigo.

—¿Sí?—responde el pequeñuelo

Que á su cuello se abalanza ;

Y cual rayo de consuelo

Ilumina la esperanza

Sus ojos, color de cielo.—

¿Y tendre con quien jugar?

—¿No has de tener, vida mía

- Pues vamos pronto á llegar;



Ya estoy cansado de andar  
Si respiro noche y día.—

Y cuando un beso selló  
La efusión de sus cariños,  
Así el rapaz prosiguió:  
—Dí, madre, ¿todos los niños  
Tienen hambre como yo?

—La suerte, que á tí te olvida,  
A otros colma de favores  
Tan sin tregua ni medida,  
Que va sembrando de flores  
El camino de su vida.

¿ Ves qué contraste hijo mío?  
Tú para sufrir naciste.  
—¡ Bah! deja ese aire sombrío,  
Que más que el rigor del frío  
Me duele mirarte triste.

—Tú eres mi solo embe'eso—  
Dice la madre, sin calma,  
De su amor en el exceso,

Fundiendo en un nuevo beso  
Con la del niño su alma.

—No llores, madre, no llores.  
Tal vez en cercano día  
Tendrán fin nuestros dolores,  
Y tú también, madre mía,  
Encuentres senda de flores;

Verás cómo en corto plazo,  
Sin penas ni malestar,  
Con mi cabeza en tu brazo  
Me adormiré en tu regazo  
Junto al fuego del hogar.

¿No te produce alegría  
Promesa tan venturosa?  
Deja el llanto y la agonía,  
Que pronto serás dichosa,  
Y yo también, madre mía,—

Murió el fulgor verpestino;  
Durmióse el niño sonriendo,  
Y la nieve, en remolino,

Siguió cayendo, cayendo,  
Sobre el desierto camino.

. . . . .  
. . . . .

### III.

El niño dijo verdad,  
Y Dios bendijo su empeño:  
Ya es brillante realidad  
Lo que era remoto sueño  
De dulce felicidad.

Hijo y madre son dichosos:  
Juega el niño acompañado  
Por otros niños hermosos,  
Y ambos son tan venturosos  
Que hasta olvidan lo pasado.

¿Cómo pudieron lograr  
Cambio tan apetecido?  
¿Quién así les pudo dar  
Tras tanto dolor sufrido  
Tanta dicha que gozar?



¿Ni dónde humano tesoro  
Logró juntar tales galas,  
Que de esos niños el coro  
Va dejando un polvo de oro  
Por donde agita las alas?

Vivo incendio de colores  
El tibio ambiente hermosea,  
Y habitan verjel de flores  
Donde canta y aletea  
El ángel de los amores.

Y una voz, cuya armonía  
Dentro del alma se clava,  
Repite con alegría:  
—¿Ves cómo no te engañaba?  
Ya eres feliz, madre mía.—

## IV.

Los reflejos azulados  
Con que el alba se rodea,  
Descubrieron, abrazados,

Al hijo y la madre helados  
Á la entrada de la aldea.

Y cada vez más tremendo  
De la nieve el remolino,  
Sus blancos cuerpos cubriendo,  
Siguió cayendo, cayendo  
Sobre el desierto camino.

Aranjuez, 8 Junio 1887.



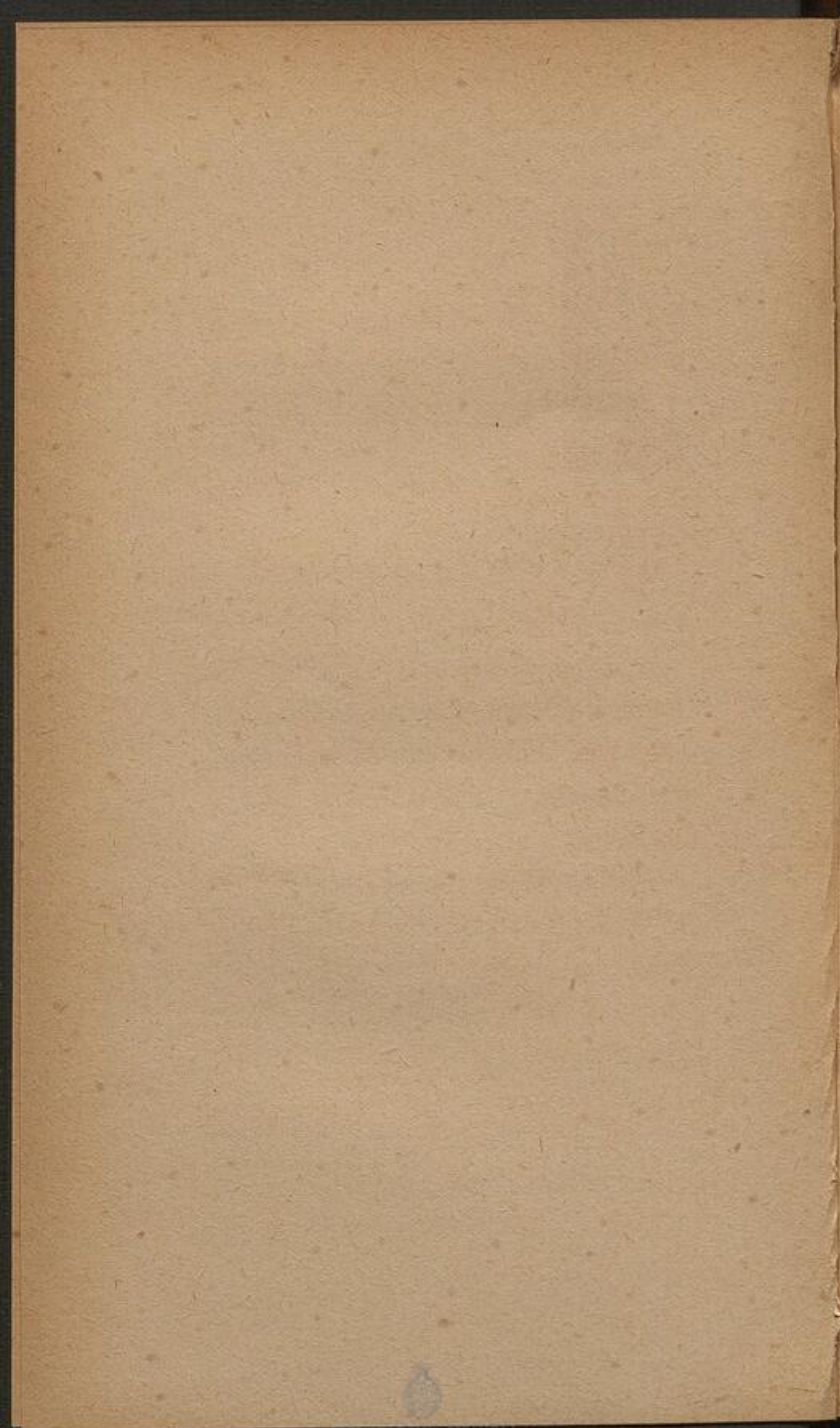
AVE-MARÍA.

—

POEMA

dedicado á la duquesa de Almodóvar del Río.







I.

¿Por qué perenne dura

En mí el recuerdo de la historia aquella?

¡Ay! porque en este valle de amargura

Toda historia de amor es siempre bella,

Y aun más si une al amor la desventura.

Donde hay pesares y dolor y llanto

Hay siempre para el pecho bondadoso

Irresistible encanto;

Porque es eterna ley consoladora

Que más que á disfrutar con el dichoso

Tiende el alma á llorar con el que llora.

Muévenos el dolor constante guerra,

Y en él se temple el pecho enardecido,

Pues semejante á nuestra madre tierra  
Donde germina el fruto apetecido,  
Cuando destrozan sin piedad su seno,  
El corazón por el dolor herido  
Se hace fecundo, y generoso y bueno.

## II.

Nacieron Clara y Pablo el mismo día  
En un pueblo ignorado  
Del inmenso verjel de Andalucía;  
De esa región bendita y placentera  
Donde un clima templado  
Hace del año eterna primavera,  
Donde tiene la luz más resplandores,  
El campo más aromas,  
La atmósfera más fúlgidos colores  
Y más dulces arrullos las palomas;  
Donde es, en fin, bajo la lumbre viva  
De un sol que nunca sus ardores calma,  
Tibio el aire, la tierra productiva,  
Ciego el amor y arrebatada el alma.



## III.

De ambos niños la infancia venturosa  
Deslizóse ligera  
Como un ensueño de color de rosa.  
En unión estrechísima y sincera  
Cambiaron entre sí con embeleso  
La palabra primera,  
La primera caricia, el primer beso.  
De este modo empezaron sus amores.  
¡ Cuán imborrable la pasión nacida  
Exenta de amarguras y dolores  
En los mismos umbrales de la vida!  
Cuando todo es hermoso en la existencia  
Y el porvenir se ve lleno de flores  
Por el prisma feliz de la inocencia;  
Cuando en el alma cándida del niño  
El deseo no mancha ni obscurece  
La mística pureza del cariño,  
Y es el amor que dulce nos halaga,  
Y venturas eternas nos ofrece,  
Reminiscencia vaga  
De aquel amor profundo

Con que el alma del ángel con anhelo  
Antes que Dios la destinase al mundo  
Amaba á sus hermanas en el cielo.

## IV.

Clara, la niña hermosa,  
Era, al cumplir los quince, una morena  
De mejilla de rosa,  
De negros ojos grandes y rasgados,  
Franca mirada de horizontes llena,  
Cabellos abundantes y rizados,  
Voz que arrulló de tórtola imitaba  
Y fresca boca de contornos puros  
Cándido nido donde amor guardaba,  
Cual tesoro sin par, besos futuros!.....

Entraba en esa edad encantadora  
En que la niña pensativa y grave  
Siente tristezas, cuya causa ignora;  
Y mirando las cosas de otro modo,  
Empieza á sospechar lo que aun no sabe,  
Y se turba por todo,  
Y ve fantasmas al hallarse sola,

Y su rostro se enciende con frecuencia  
En el vivo carmín de la amapola.  
Batalla del amor y la inocencia,  
Del puro anhelo y la pasión ardiente  
Que turban de la virgen la conciencia  
Tiñendo de rubor su casta frente ;  
Suprema aspiración desconocida  
Que sólo en el amor halla su empleo ,  
Porque él es el objeto de la vida  
Cuando al matar del alma la pureza  
La llama abrasadora del deseo ,  
El ángel muere y la mujer empieza.

## V.

Menos dichoso Pablo que su amada ,  
Desde el primer instante sorprendía  
Su manera de hablar arrebatada  
Por el contraste singular que hacía  
Con la yerta expresión de su mirada.  
¡Fatal designio de la suerte impía !  
¡ Sus ojos hoy parados y sin fuego  
Ayer Clara llenaba de alegría :



Mirarla fué su bien, hasta que un día  
Ya no la pudo ver..... ¡estaba ciego!

## VI.

Mas ¿qué importa no ver al ser amado  
Si en el fondo del alma en que domina  
Está indeleblemente retratado?  
¿Acaso es la belleza que fascina  
El único tesoro ambicionado,  
Ó para el pecho generoso y bueno  
No está lo inmaterial y lo bendito  
Antes que lo mezquino y lo terreno?

Pronto pasa la efímera hermosura,  
Y todo rostro al fin muere marchito;  
En tanto que el amor subsiste y dura.  
¿Qué importa, pues, que el desgraciado ciego  
No pueda ver el rostro peregrino  
Que le robó el sosiego?  
Busque del sol el fuego  
Quien no encuentre otra luz en su camino:  
Á quien de veras ama,  
Haciendo religión de sus amores,

Le basta con la lumbre que derrama  
De su pasión la inextinguible llama  
Que vence á la del sol en resplandores.

## VII.

Pablo, con firme vocación de artista,  
Aun de su vida en el albor primero  
Llegó á ser un notable violinista.  
¡Con qué afán tan sincero  
El pobre niño contemplaba ufano  
Á su Clara gentil pasar las horas  
Escuchando las notas seductoras  
Que su trémula mano  
Arrancaba á las cuerdas vibradoras!

Desde el débil sonido  
De ritmo acompasado y cadencioso  
Que semeja á la vez llanto y gemido,  
Hasta el tropel de notas peregrinas  
Parecido al torrente bullicioso  
Donde hierven las aguas cristalinas,  
Todo en manos del niño lo imitaba  
El mágico instrumento,

Que tan pronto lloraba  
Como, cambiando de expresión y acento,  
En suspiros ó en risas estallaba.

Sobre todo lucía  
Su singular maestría  
El precoz pequeñuelo  
En tocar cierta dulce *Ave-María*  
Digna por su ternura y su poesía  
De la Reina purísima del cielo.

Clara, siguiendo con tranquilo encanto  
Aquel himno de amor místico y santo,  
Escuchaba, mil veces repetida,  
Su melodía cadenciosa y pura  
Que al nacer de las cuerdas desprendida  
Remontaba su vuelo hacia la altura,  
Como oración que sube á lo infinito  
Surgiendo de este mundo de amargura,  
Ó como ronco grito  
Que el humano dolor al cielo lanza  
Cuando al ver que su fuerza desfallece,  
Vuelve su corazón y su esperanza  
Á la Madre de todo el que padece.



## VIII.

Mas no puede existir placer constante,  
Ni dura eternamente un bien humano:  
Pronto entre Pablo y su feliz amante  
Tenderá su cristal el Oceano.  
Clara debe partir: se acerca en breve  
El momento fatal de su partida.....  
¿Quién á pintar se atreve  
La punzante y amarga despedida?  
Duró sólo un momento;  
Pero ¡cuánto dolor, cuánto tormento  
Y qué amor tan profundo concentrados  
En el solemne y mudo juramento  
De aquellos dos amantes desgraciados!.....  
Ni una sola promesa de ternura.....  
¿Á qué ofrecer lo que cumplir se espera  
Y el alma está de realizar segura?  
Sus manos se juntaron,  
Y al juntarlas quizá por vez postrera  
Ni una frase sus labios murmuraron  
Que pintase su amor ó su agonía,  
Pues en tal situación y en tal paraje

Quien pretendiese hablar ¿qué probaría,  
Sino lo pobre y débil del lenguaje?

. . . . .  
Después..... el mar, donde la luz riela.....  
Nubes y viento, soledad y bruma.....  
Un barco que camina á toda vela,  
Olas rompiendo y salpicando espuma.....  
Un «adiós» en el mar y otro en la orilla.....  
Luego del sol poniente á los reflejos,  
Cuya lumbre en el mar trémula brilla,  
Una vela perdiéndose á lo lejos.....  
Y al fin entre la nave que el mar hiende  
Y el que en la playa se consume á solas,  
Implacable y cruel la ausencia tiende  
El tembloroso manto de las olas.

## IX.

Pero Pablo ¿qué espera  
Que no sigue á la dulce compañera  
Con quien lazo tan íntimo le liga?  
¿Qué barrera importuna  
Á detenerse á su pesar le obliga?

La constante enemiga  
De todos los amantes : la fortuna.

Cuando él pueda entregarle, con su mano,  
La posición buscada y conseguida,  
Traspondrá sin temor el Oceano,  
Volando vencedor, cuando lo sea,  
Á ofrecer al encanto de su vida  
El lauro conquistado en la pelea.  
—«Ánimo, pues, y á trabajar por Clara:  
La esperanza del triunfo me espolea  
Y el amor su corona me prepara.  
¿Quién más fuerte que yo? Rico y amante,  
Cercano el fin de mis torturas veo.....»

Así Pablo decía á cada instante,  
Y es que el amor, que el pecho nos inflama,  
Creyendo ya cumplido su deseo,  
Pone una venda de color de rosa  
Delante de los ojos de quien ama;  
Y para aquel que mira tras su velo  
Siempre es radiante el sol, la vida hermosa,  
Seguro el porvenir y alegre el cielo.



## X.

Á pesar de su firme confianza  
El ciego no logró, como creía,  
Realizar su esperanza.  
¡Lección terrible del destino fiero!  
Soñó con ser artista de valía  
Y no pasó de artista callejero.  
¡Ah! no vale la gloria que nos ciega  
Lo que por ella el corazón padece;  
A veces, sin luchar, loca se entrega,  
Y otras en cambio sus favores niega  
Á quien más los persigue y los merece.

Pablo, pues, menos triste que ofendido,  
Sumiso, á su pesar, se resignaba  
Á falta de auditorio más lucido,  
Con el corro, que apenas preludiaba,  
Por su violín dulcísimo atraído,  
En calles y plazuelas se formaba.  
Á veces, de piedad en testimonio,  
Iba alguna moneda compasiva  
A aumentar su modesto patrimonio,

Y él recibía el óbolo preciado  
Con gratitud extraordinaria y viva,  
No como justo premio conquistado  
Ó limosna humillante,  
Sino cual don de la fortuna avara,  
Que acercaba el instante  
De marchar á juntarse con su Clara.

De pueblo en pueblo sin cesar errante  
Tocaba por doquier cuanto sabía  
Lo mismo que en su infancia venturosa.....  
Todo..... ¡ menos aquella *Ave-Maria*  
Que era el encanto de su Clara hermosa!  
¡ Esa, jamás! Le hubiera parecido  
Que profanaba la plegaria bella  
Al repetirla sin su bien querido.....  
¡ El la aprendió por agradarle á ella!  
¡ Poco antes que emprendiera su partida  
Para playas remotas,  
Su alma entera le dió por despedida  
Entre el dulce rumor de aquellas notas!.....

¡ Ah! ¡ nunca más su rítmica cadencia  
Volverá á resonar hasta el momento

En que, fundido el hielo de la ausencia,  
Pueda Clara escuchar sin amargura  
De la tierna oración el dulce acento  
Ascender á la altura;  
Y entonces, á compás de aquellos sonos  
Remontando su vuelo,  
Entre frases de amor y bendiciones  
Se elevarán unidos hasta el cielo  
Radiantes de placer sus corazones!

## XI.

Mas todo llega al fin. Pablo dichoso  
Mira lucir la aurora suspirada  
Del día venturoso  
En que va á reunirse con su amada.  
Rauda la inmensa nave se desliza  
Sobre el mar transparente  
Que el viento apenas riza,  
Y el mozo, cada vez más impaciente  
—El que ama no está nunca satisfecho—  
Loco de amor y de ternura, siente  
Latir su corazón tan fuertemente,



Cual si fuera á escapársele del pecho.  
¡Y si pudiese ver!..... ¡Si su ceguera,  
Causa eterna de llantos y pesares,  
Le dejase siquiera  
Calmar la fiebre, que su ser altera,  
En la angusta grandeza de los mares!  
¡Quizá sus impacencias aplacara  
La inmensidad, donde su nave flota;  
Quizá, si las mirase y les hablara,  
Alguna gaviota  
Dar pudiese noticias de su Clara!.....  
¡Acaso el rostro que mirar anhela  
Dulcísimo y süave  
Copia la luz en la brillante estela  
Que va dejando sobre el mar la nave!  
Tal vez, en fin, si viese de repente,  
Comprendiese al mirar como camina  
Que no va su bajel tan lentamente  
Como el que no lo observa se imagina;  
Pues si bien es verdad que en competencia  
Corre más que el vapor nuestra impaciencia,  
También es cierto que el veloz navío  
Corta las aguas con soberbio brío,  
Y dueño y soberano

Del mar vencido que á sus pies se humilla  
Imponiendo su ley al Oceano,  
Le hace sentir al peso de su quilla  
Toda la fuerza del poder humano.

## XII.

¡Qué triste es navegar!..... Pero ¿qué importa?  
El tiempo que se alarga con la ausencia  
Con la promesa del placer se acorta,  
Y ya anima á los pechos la evidencia  
De que pronto, colmando su esperanza,  
Cual oasis del líquido desierto  
Ante la nave que segura avanza  
Debe surgir el suspirado puerto.

Quizá ya se le viera  
Si esa nube que cubre el Occidente  
Con su denso vapor no lo envolviera.....  
Ved cuán rápidamente  
Se espacia tormentosa por la esfera  
Y cómo avanza, crece y se dilata.....  
El huracán los mástiles azota.....  
El cielo, antes sereno,

Se ennegrece, se cierra y se encapota;  
Al fulgor del relámpago que mata  
Abre la nube su profundo seno,  
Y rompiendo cual recia catarata  
La enciende el rayo, la sacude el trueno  
Y en lluvia y en granizo se desata.

¡La tormenta en el mar!..... ¡Grandiosa escena!  
El coloso dormido  
Se encrespa, sacudiendo su melena;  
El cielo, de ira ciego,  
Arroja sobre el mar embravecido  
Copiosa lluvia de pedrisco y fuego,  
Y el mar, al recibir tamaño ultraje,  
Para indicar que su poder no abruma,  
Levanta hasta los cielos su oleaje,  
Salpicando á la nubes con su espuma.

¡Pobre del barco que tocar espera  
El término feliz de sus afanes,  
Sorprendido al final de su carrera  
Por esa lucha de los dos titanes!  
No busque salvación. Perdido á solas  
Sobre un abismo inmenso y pavoroso,



En vano lucha ya contra las olas;  
Derriba el huracán impetuoso  
Los mastiles gigantes;  
Sin máquina y sin velas el navío,  
Siente ceder sus fuerzas vacilantes;  
Crece del mar el ímpetu bravío;  
En todos los semblantes  
Pone el pavor su palidez sombría;  
El barco cruje, la esperanza muere,  
Y las olas arrullan su agonía  
Con ronco y prolongado *miserere*.

## XIII.

—«¡Á los botes al punto y sin demora;  
La nave á hundirse empieza!»  
Una voz varonil grita sonora,  
Y aquella voz mil veces repetida  
Circula por el barco con presteza,  
Cual promesa de vida  
Á que se abraza la esperanza loca,  
Y en un instante, con terrible estruendo,  
Corre el mismo clamor de boca en boca,  
«¡Pronto, pronto á los botes!» repitiendo.

¡Qué confusión! ¡qué gritos! ¡qué demencia!  
Todos pretenden ser, ciegos de espanto,  
Los primeros que salven su existencia;  
Nadie del deudo ó del amigo cuida:  
Vertiendo el joven vergonzoso llanto,  
Niega al anciano generosa ayuda.....  
¡Mísera humanidad! ¿Siempre, sin duda,  
Podrá el pavor sobre los hombres tanto?.....  
¿Por qué todo se olvida,  
Deber, familia, honor, noble entereza,  
Ante el afán de conservar la vida?  
Si al fin se ha de perder, y así se entiende,  
¿Por qué cuando en el riesgo se tropieza  
Con criminal tesón se la defiende?  
Religión, caridad, valor, renombre,  
Virilidad, denuedo.....  
Todo se pierde al encontrarse el hombre  
Con el fantasma pálido del miedo!.....

## XIV.

Bien pronto el salvamento se termina,  
Y todos en los botes colocados,  
A la costa vecina

Vuelven con fe los ojos espantados.....  
 Cesa el mar de rugir embravecido.  
 —«Todos estamos ya..... ¡Calma, sosiego!.....  
 Murmura el Capitán. ¡Dios lo ha querido!»  
 Cuando dice, por todos repetido,  
 Un clamor general..... «¿Dónde está el ciego?  
 —¡En el barco! ¡Salvadle! ¡Dios clemente!  
 ¡Corramos! ¡Aun el tiempo nos alcanza!»  
 Ya es tarde..... Ya no hay nadie que lo intente.  
 La nave se va á pique lentamente;  
 Se está hundiendo, se hundió, ¡no hay esperanza!  
 .....  
 .....

## XV.

¡Tremenda situación! ¡Solemne instantel  
 Un rumor cadencioso y acordado  
 Surge de las entrañas del gigante,  
 Por las olas deshecho y derribado.....  
 ¿Quién evoca tan tierna melodía?.....  
 ¡Pablo, que se despide de su amada,  
 Tocando aquella dulce *Ave María*,  
 Por ella tan querida y celebrada!



Es su postrar adiós, su postrar canto,  
 El alma entera, en fin, del pobre ciego,  
 Esclava de su amor inmenso y santo.....  
 Las olas lo recogen; quizá luego,  
 Al romper en la playa donde habita,  
 Lleven piadosas á su Clara bella  
 El eco fiel de la oración bendita  
 Que tocando murió pensando en ella.

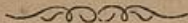
.....

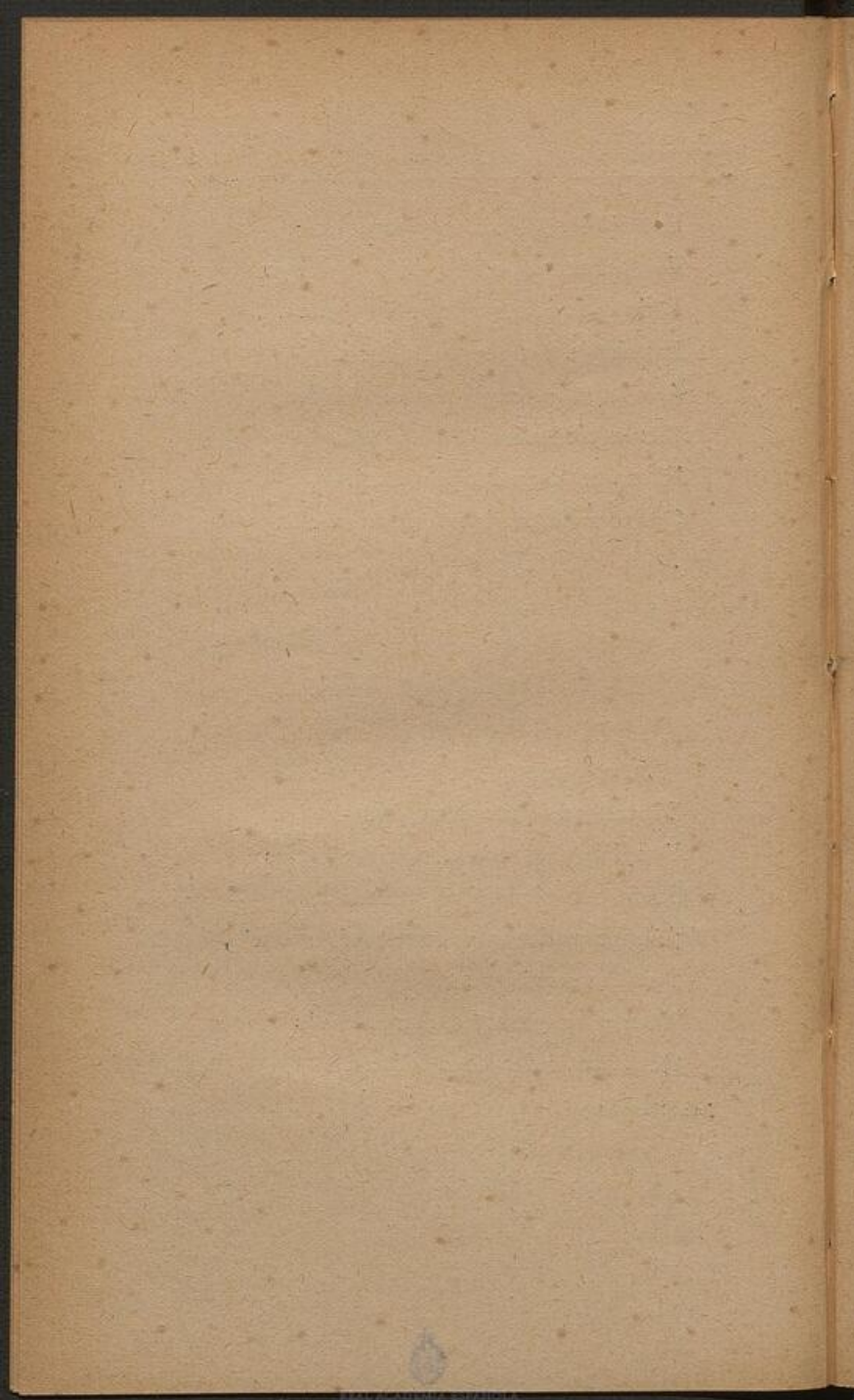
.....

## XVI.

Ya no queda ni rastro de la nave  
 Del mar tranquilo sobre el mudo llano,  
 Y aun un débil rumor mágico y suave  
 Suena bajo el cristal del Oceano.....  
 ¡Tierna oración que remontando el vuelo,  
 Dulce como ninguna,  
 Rompe las aguas y se eleva al cielo  
 Que cruza melancólica la luna.

Jerez, Marzo 1889.



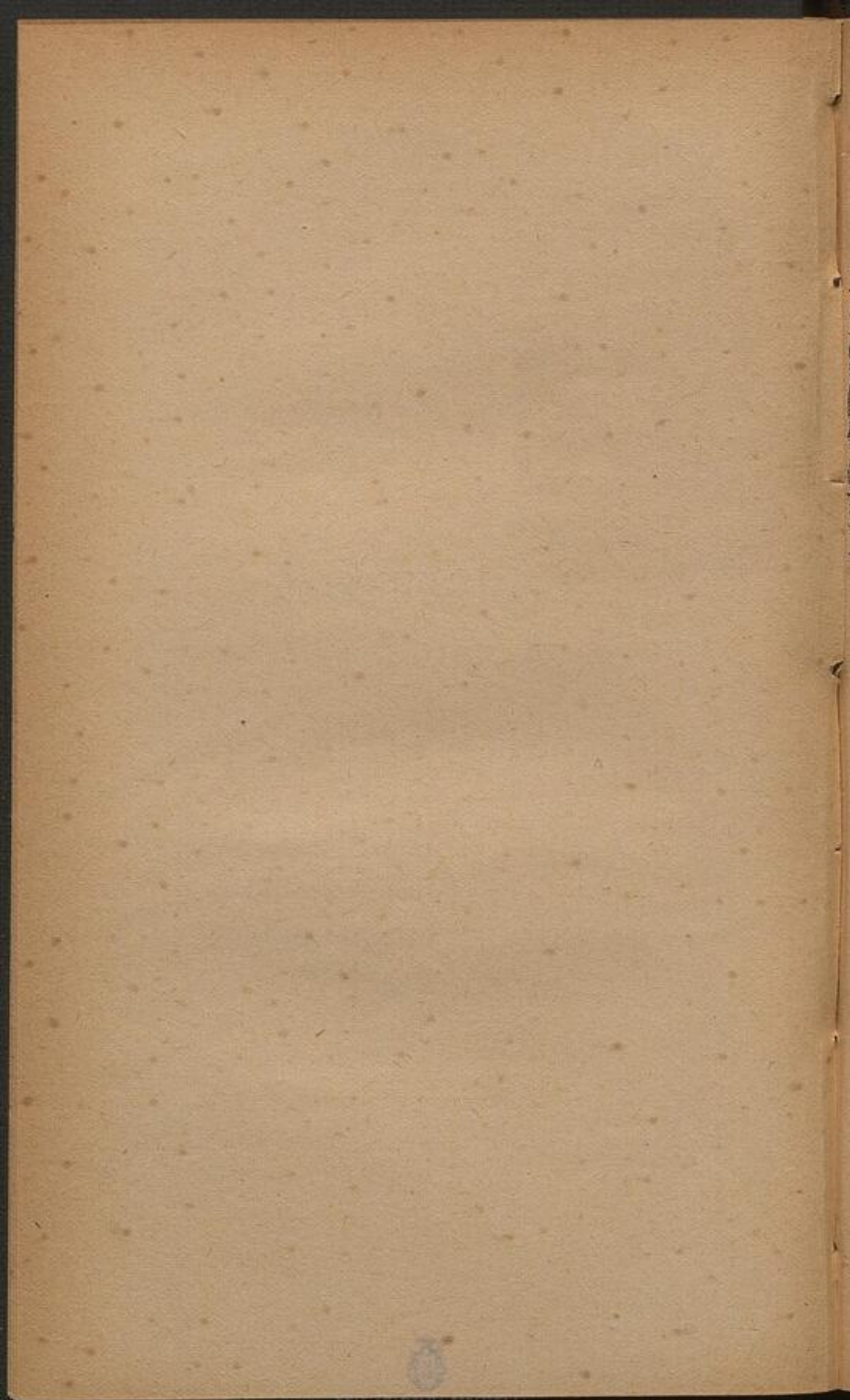


EN ARANJUEZ.

—

A.....







I.

Me pides—y me rebelo  
A tu mandato imperioso—  
Que cante en verso lo hermoso  
De esta tierra y de este cielo.

Inútil mi afán sería;  
Ven, mira en torno, y advierte  
Cómo por mano más fuerte  
Hecha está ya la poesía.

## II.

¿Ves qué hermosa se despliega  
De los montes á la falda  
Como una inmensa esmeralda  
La ancha extensión de la vega?

¿Ves cómo al bosque sombrío  
Y del huerto á los bancales  
Con espumosos cristales  
Forma un cinturón el río?

¿Ves con cuán ricos colores  
La fecunda primavera  
Tiende por monte y pradera  
Menuda alfombra de flores,

Y en el vallado vecino  
Cuelgan cortina flotante  
La madreSelva fragante  
Y el aromático espino?



Los álamos que sombrean  
Se extienden por las cañadas  
Con sus hojas plateadas  
Que trémulas cabrillean;

Florece el lirio sencillo,  
Se incendia en luz el ambiente,  
Brilla el sol, corre la fuente,  
Perfuma el monte el tomillo,

Y el trigal amarillento,  
Esmaltado de amapolas,  
Agita sus rubias olas  
Al blando soplo del viento.

¿Quién canto de tal belleza  
Podrá encontrar en su lira,  
Como el que entona y respira  
Toda la naturaleza?

Esos rítmicos rumores  
Que por bosques y enramadas  
Llevan las brisas cargadas  
Del perfume de las flores;

El murmullo vago y suave  
De las hojas por el suelo,  
El bullir del arroyuelo,  
Y el limpio canto del ave,

Todo, ¿no es himno, armonía,  
Que la tierra entera canta,  
Y hasta el cielo se levanta  
Con inefable poesía?

¿Pues cómo tu mente loca  
Busca más tierna canción,  
Si es el arpa la creación,  
Y el mismo Dios quien la toca?

### III.

Cada rumor musical  
Que de esta enramada brota,  
Es una brillante nota  
De ese canto universal.

¿No escuchas un vago acento  
Que á tu alrededor palpita

Cuando la arboleda agita  
La brisa con blando aliento?

Un rumor en la espesura  
Finge una voz fatigada,  
Pero armoniosa y timbrada,  
Que llora y canta y murmura.

Oye más. ¿No te recrea  
Un sonido misterioso,  
Como el rumor pavoroso  
Con que avanza la marea?

Es el pino secular  
Que de darnos sombra cuida,  
Y al mecer su capa erguida  
Finge el murmullo del mar.

Aquí, brotando la fuente  
Tan limpia como el armiño,  
Imita la voz del niño  
Aun débil y balbuciente.

Aumentado el manantial,



Se hace arroyo cristalino,  
Que por el llano vecino  
Tiende su blanco cendal;

Y en su marcha acelerada,  
Al correr, finge en el viento,  
El eco del dulce acento  
De la mujer adorada.

Ronco torrente bravío  
En él sus cristales vierte,  
Y cuando al fin se convierte  
En ancho y profundo río,

Su voz, también engrosada,  
Varonil, robusta y llena,  
Entona un himno que atruena  
Al romper en la cascada,

Cuando el agua fuerzas suma,  
Y por la rauda pendiente  
Se precipita rugiente  
Deshecha en hebras de espuma,

Cuyos húmedos vapores  
El vientecillo levanta,  
Y el sol dora y abrillanta  
Del iris con los colores.

## IV.

¿No oyes cuán dulce poesía  
Está todo murmurando?  
Pues ven y sigue escuchando,  
Que aun queda más todavía.

Esta piadosa floresta  
Con su manto de verdura  
Sombra nos brinda y frescura  
En las horas de la siesta.

¡Qué nota tan melodiosa  
En el seno perfumado  
De este palacio encantado  
De las aves y las rosas!

¿No oyes lejano murmullo,  
Tierno á la par y vibrante?

Es de la tórtola amante  
El enamorado arrullo.

Huyendo de los ardores  
De la llanura abrasada,  
Viene bajo esta enramada  
Á llorar cuitas de amores.

¿Qué voz de humano cantor  
Más tierna endecha suspira,  
Ni cuándo encontró la lira,  
Tan dulce trova de amor?

¿No te da placer y encanto  
Escuchar enardecido  
Á ese polluelo en el nido  
Ensayar el primer canto,

Mientras desde la otra rama,  
Para probar si aletea,  
Su madre salta y gorjea  
Y parece que lo llama?

¿Ni á quién escuchar es dado



Música más seductora  
Que esa armonía sonora  
De ritmo tan acordado,

Que doquier alzan, parleros,  
En muchedumbres aladas,  
Alondras y cogujadas,  
Y palomas y jilgueros?

Pero ya cesa el calor:  
Atardece, muere el día,  
Y, rey de la selva umbría,  
Canta al fin el ruiseñor.

¿No oyes su mágico acento?  
Ante su pujante brío  
Pára su corriente el río,  
Plega sus alas el viento,

Y muere todo rumor  
En el bosque que arrebató  
Con su ardiente serenata  
El amante trovador.

Ese su armónico trino,  
Limpio, brillante, sonoro  
Como de una lira de oro  
El arpegio cristalino,

Es un cantar de tristeza  
Que, cuando el sol la abandona,  
Por boca de un ave entona  
Toda la naturaleza.

Vaga y hermosa canción  
Que sube al cielo y que en vano  
Pretende el lenguaje humano  
Traducir á su expresión,

Pero que al alzar su vuelo,  
Por misterioso conjuro,  
Traducirán de seguro  
Los ángeles en el cielo.....

. . . . .

. . . . .

## V.

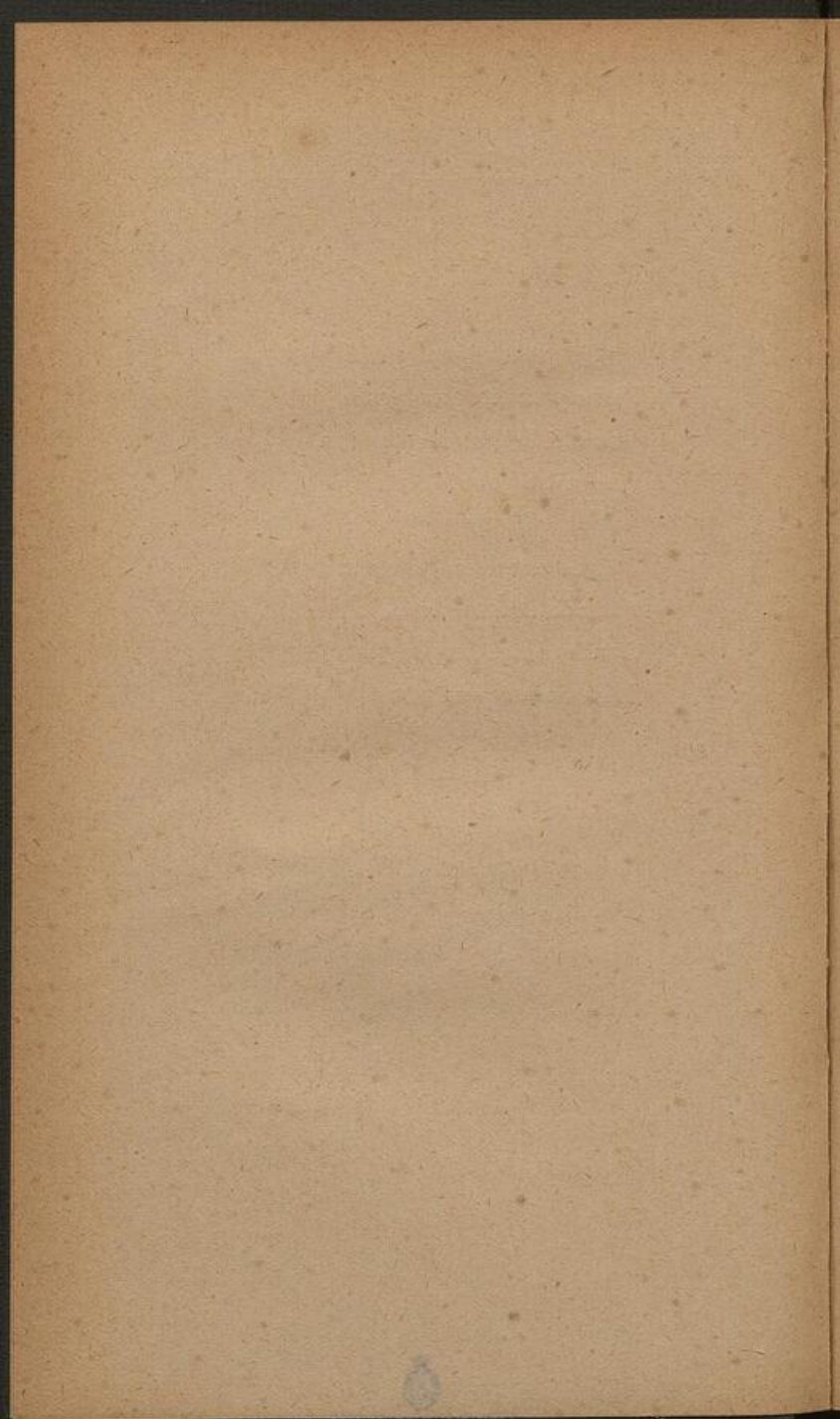
¿Qué más te puedo decir?  
Te he probado, amiga mía,  
Que está hecha ya esa poesía  
Que yo no quiero escribir;

Pues cayera en grave error  
Alzando el acento mío  
Donde cantan bosque y río,  
Brisa, fuente y ruiseñor.

Junio 1889.







LA NATURALEZA Y EL HOMBRE.







¡Con cuánta majestad, pompa y grandeza  
La gran naturaleza  
Ofrece á nuestra vista su tesoro!  
Vivificando todo lo existente,  
Al surgir en Oriente  
Destrenza el sol su cabellera de oro.

Al dulce beso de su luz bendita  
La tierra resucita  
Como sintiendo su calor fecundo,  
Va creciendo la vida por doquiera,

Florece la pradera,  
Cantan las aves y despierta el mundo!

El río que entre juncos se desata,  
Sus cristales de plata  
Murmurador y límpido despliega  
Extendiéndose inquieto y ondulante  
Como espejo brillante  
Donde se mira la encantada vega.

Alzándose por valles y por lomas,  
Bandadas de palomas,  
Con blando ritmo acompasado y lento,  
Dejan oír su enamorado arrullo  
que acompaña el murmullo  
Con que suspira por el bosque el viento.

Atónita la vista se derrama  
Por todo el panorama  
Que se dilata hermoso entre el follaje,  
Desde el pueblo, de huertas circundado,  
Hasta el monte nevado  
Que cierra el horizonte del paisaje.

Más lejos, por el viento sacudido  
Rugiendo embravecido  
Soberbio el mar con ímpetu se explaya,  
Y aquellas olas de grandeza suma,  
Deshechas en espuma,  
Van á morir en la arenosa playa.

Suspendiendo la vida y la alegría,  
Tiende la noche fría  
Su misterioso y enlutado velo,  
Y se ofrece grandiosa á la mirada,  
De brillantes cuajada,  
La inmensidad espléndida del cielo.

¡Cuán temblorosas, pálidas y bellas  
Fulguran las estrellas  
Como líquidas perlas de rocío!  
¿Por qué tiemblan así? Dios mismo acaso  
Las mueve con su paso  
Al recorrer los mundos del vacío.

Y cielo y tierra, luces y colores,  
Aves, brisas y flores,  
La creación entera agradecida,



Entona un himno á Dios que al orbe inunda,  
Al sentir la fecunda  
Palpitación inmensa de la vida.

Pero con ser tan vasto y prodigioso  
El panorama hermoso  
Que el mundo nos presenta soberano,  
Aun más que mares, cúspides y montes,  
Campiñas y horizontes,  
Es admirable el corazón humano.

La creación magnífica y grandiosa,  
Y el alma, luminosa,  
Generatriz, arrebatada, inquieta....  
¡Los dos libros, de páginas de oro,  
Que cual rico tesoro  
Abre el mismo Hacedor ante el poeta!

Se unen los dos de modo tan perfecto,  
Que el misterioso efecto  
Con que el mundo exterior nos impresiona  
No es completo, si el alma apercebida  
La impresión recibida  
Con su propio sentir no relaciona.

¿Por qué es tan bella el alba cuando nace  
Y las sombras deshace?  
Porque es savia, calor, luz, alegría.....  
Retrato fiel de la existancia humana,  
Tan bella en su mañana  
Como en su ocaso lóbrega y sombría.

De igual modo es alegre y hechicera  
La dulce primavera,  
Resurrección del campo y de las flores,  
Que también en el alma resucita  
La juventud bendita,  
La edad de la esperanza y los amores.

¿Por qué es al par solemne y pavorosa  
La noche misteriosa?  
Porque es sombra, dolor, tristeza, muerte.....  
Y sólo al golpe del dolor insano  
El corazón humano  
Se hace animoso, decidido y fuerte.

¿Por qué causa impresión tan honda y viva  
La varia perspectiva  
De mares, y montañas y llanuras?

Porque ante sus grandezas extasiada  
Se eleva la mirada  
Al Hacedor de tantas hermosuras,  
Y le admira en las tintas de la aurora,  
En el ave cantora,  
En la flor, en el céfiro, en el prado,  
Y más que en todo en el vigor potente  
Del alma inteligente,  
Lo más grande quizás de lo creado!  
A su voz, poderosa como el trueno,  
Abre el monte su seno  
Mostrando en su interior la senda llana,  
Y trasponiendo el mar alborotado  
El rayo encadenado  
Vuela llevando la palabra humana.  
Hallando estrecha á su ambición la tierra,  
Con el espacio en guerra,  
Lo surcó su poder enardecido;  
Vió llorar á una madre cariñosa  
Y le trajo piadosa  
La voz del hijo ausente hasta su oído.



Unió á los pueblos, enlazó á las gentes,  
Separó continentes,  
Ensanchó los espacios de la vida,  
Luchó doquier con fuerza abrumadora  
Y siempre vencedora  
Sólo ante Dios se declaró vencida.

¡Oh del mismo Hacedor sopló y esencia,  
Humana inteligencia,  
Tan poderosa como el sol fecundo,  
Que es grande como tú porque te imita  
Cuando su luz bendita  
Presta savia, y calor, y vida al mundo!

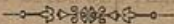
¡Oh corazón humano incomprensible,  
Ya irritado y terrible,  
Ya de dulzuras y esperanzas lleno,  
Gigante como el mar, que en tí se inspira,  
Tan tremendo en su ira  
Como en la calma plácido y sereno!

¡El corazón y el mar! ¡Los dos rivales  
En su grandeza iguales  
Y en sus bruscas y eternas convulsiones,

Cuando agitan con ímpetu violento  
    Á los mares el viento  
Y al corazón humano las pasiones!  
    ¡Quién dijera al mirar, cuando dormido  
    Como titán rendido,  
Ondula dulce su celeste manto,  
Que tantos en el mar mueren á solas  
    Que sin duda sus olas  
Son tan amargas porque son de llanto!  
    ¡Y quién dijera cuando el alma altiva  
    Busca con ansia viva  
Con lo heroico, lo noble y lo bendito,  
Que en ella también nace tormentosa  
    La pasión pavorosa  
Que lleva á la locura y al delito!  
    Junto al amor purísimo y sublime  
    Que ennoblece y redime,  
La tentación alerta, vigilante,  
Como en el mar, que surca decidido,  
    El escollo escondido  
Acecha sin cesar al navegante.

¡Siempre el peligro obscuro y pavoroso!  
¡Sálvanos, Dios piadoso!  
¡Tiende al dolor tu compasiva mano!  
Porque sólo tu voz agita ó calma  
Las tormentas del alma  
Y las iras del férvido Oceano.  
  
Bastantes, sin consuelo á sus pesares,  
De la vida en los mares  
Pecieron al fin tras lucha aciaga.....  
¡No le niegues tu ayuda salvadora  
Al que con fe la implora  
O al que en la roca del dolor naufraga!  
  
Al fin, hasta en el ser más depravado,  
Aunque lata ignorado,  
Existe el germen del amor fecundo;  
Y el amor es la senda más segura  
Que lleva á la criatura  
A tí, que por amor salvaste al mundo!

Jerez, Marzo 1889.





EPÍSTOLA

A. G.



EPÍSTOLA

A G.



No pienso que esta carta, amigo mío,  
Es hoy, como otras tantas, mensajera  
De venturosas nuevas de alegría.  
Ay, ¡ojalá que repentinamente  
Te viera de mi dolor que me atormenta,  
Tan grande á costa de mi vida fuera!  
Es de noble amistad deuda sagrada  
Que en adelante siempre el corazón amigo  
En questo corazón libre la entienda.  
Quiera pues, de mi pesar mejor testigo,  
Que tú, que igual compartes mi ventura,  
Que siempre llevar juntos caminemos.





No pienses que esta carta, amiga mía,  
Es hoy, como otras tantas, mensajera  
De venturosas frases de alegría.

¡Ay, ojalá que reprimir pudiera  
La voz de mi dolor que me anonada,  
Aun cuando á costa de mi vida fuera!

Es de noble amistad deuda sagrada  
Que encuentre siempre el corazón amigo  
En nuestro corazón libre la entrada.

¿Quién, pues, de mi pesar mejor testigo  
Que tú, que igual compartes mi ventura,  
Que si me ves llorar lloras conmigo?

¿En qué tiene su origen mi amargura?  
Yo mismo no lo sé; sé solamente  
Que un malestar constante me tortura,

Que mis dichas huyeron de repente,  
Que busco en vano de mi fe perdida  
La misteriosa y encantada fuente,

Y que en cadena nunca interrumpida  
Acosan sin cesar á mi memoria  
Las tristezas sin cuento de mi vida

Seductoras imágenes de gloria  
Que vi de mi existencia en los albores  
Felicidad brindándome ilusoria,

Venid y dad consuelo á mis dolores  
Con vuestras horas venturosas, llenas  
De luz y de sonrisas y de amores.

Horas de bienestar siempre serenas,  
Volved á mí, que como ayer os amé  
Y aliviadme del peso de las penas.

Mas neciamente por doquier os llamo;  
Ni el árbol en invierno se alza verde,  
Ni vuela el ave muerta hacia el reclamo.

Como ni el pecho á quien la duda muere,  
 Vuelve á cobrar su fe, ni la pureza  
 Torna jamás al alma que la pierde.

¡Ah! tú lo sabes bien; mi vida empieza,  
 Y ya cubrió el dolor, más que los años,  
 De prematuras canas mi cabeza;

Sembrando bienes y cogiendo daños,  
 Por todas partes, en combate eterno,  
 Cosecho ingratitud y desengaños;

Y con angustia miro, y me consterno,  
 Que al tocar el Abril de mi existencia  
 Me sorprenden las nieves del invierno.

Del mal, siempre triunfante, la impudencia,  
 El bien vencido, la virtud hollada,  
 De los seres que amé la eterna ausencia,

Todo acude á mi mente acalorada  
 En mis noches de insomnio, en que, maltrecho  
 Busco en vano la calma suspirada.

Visiones en tropel cercan mi lecho,  
 Intentando clavar con furia impía  
 Sus aceradas garras en mi pecho;



Y sólo cesa mi ilusión sombría  
La noche al terminar, cuando á raudales  
Entra por mi balcón la luz del día,

Y á los primeros rayos matinales  
La golondrina que sobre ellos mora  
Viene á llamar jugando á mis cristales.

¡Bendita sea la risueña aurora  
Que lleva al corazón atribulado  
Dulce placer y calma bienhechora

Cuando acaba la noche su reinado  
De sombras y de horror, en cuyo seno  
Se retuerce y maldice el desgraciado!

Viendo el presente de zozobras lleno  
Y el porvenir obscuro y nebuloso,  
Buscando un horizonte más sereno

Vuelvo los ojos al pasado hermoso  
Y mi infancia feliz se me aparece  
Bella como un ensueño delicioso.

Y siento que en mi pecho reverdece  
La fe tranquila de mi edad primera  
Que todo lo perfuma y lo embellece;

La dicha de la infancia compañera ;  
 La ignorancia risueña y bendecida  
 Del dolor que, acechando, nos espera;

Cuanto en edad tan breve y tan querida  
 Alfombra de esperanzas y de flores  
 Nuestros primeros pasos en la vida;

Exenta de amargura y de dolores,  
 La existencia nos brinda su tesoro  
 A través de purísimos amores;

Música blanda de ignorado coro  
 Sin cesar nos encanta y nos recrea,  
 Y entre nubes de nácares y de oro

La vida á nuestros ojos alborea  
 Y el sol del porvenir surge radiante  
 Y entre átomos de lumbre centellea;

¡Oh tiempo tan dichoso y tan distante,  
 Cuando tu dulce bienestar invoco  
 Se hace el dolor que siento más punzante!

Hoy el calor me falta poco á poco;  
 Vago temor mi corazón embarga;  
 Dudo de cuanto miro y cuanto toco;

Y hallo la senda del pesar tan larga,  
 Que principio á vivir y la existencia  
 Ya me parece insoportable carga.

La dicha perseguí con insistencia  
 Y no la hallé, que á veces la alegría  
 Se compra con la paz de la conciencia.

Pedí amistad en cambio de la mía,  
 Y en lugar de expansión hallé recelo,  
 Y alguno me abrazó que me vendía.

Tuve ambición, y vi con desconsuelo  
 Que ya no sube más quien más se eleva,  
 Sino quien más se arrastra por el suelo.

Y viendo, en fin, que á la ventura llevá  
 Sólo el amor, que al pecho fatigado  
 Infunde nueva savia y vida nueva.

Amé á los míos y viví á su lado  
 Juntos en lazo de cariño fuerte,  
 Y fuí desde que amé más desgraciado.

¡Ay, que por sino de mi adversa suerte,  
 Los que amé con más ciego desvarío  
 Fueron más pronto presa de la muerte!



Los busco inútilmente al lado mío, y llamo  
 Los llamo y no responden: sólo siento mi  
 Llanto en los ojos y en el alma frío.

Mas no quiero afligirte; mi tormento  
 Es sólo para mí; mía es la pena,  
 Y á mí solo me toca el sufrimiento.

Hoy, por fortuna, el alma, más serena  
 En esta soledad encantadora,  
 Juzga menos horrible su condena.

Calmando la ansiedad que me devora  
 Y la lucha constante en que me agito  
 Paso mirando al mar hora tras hora,

Y allí, sobre un islote de granito,  
 Mi espíritu se ensancha y se recrea  
 Con la contemplación de lo infinito.

La fresca brisa que mi sien orea  
 Á la par me conforta y me perfuma,  
 Y las olas que empuja la marea

Llegan rugientes con presteza  
 Á tender en la arena de la playa  
 Reverberante sábana de espuma.

Declina el sol que sobre el mar desmaya  
Hundiendo en él su disco soberano  
Que el agua corta en luminosa raya,

Y á nuestra vista en el confín lejano  
Parece que entre vivas aureolas  
Se incendia de repente el Oceano.

¡Ah, qué placer el de encontrarme á solas  
De tan soberbio panorama enfrente  
Oyendo el himno eterno de las olas!

Los marinos efluvios del ambiente;  
La infinita tristeza del paisaje;  
La temblorosa luz del sol poniente;

El peñón en que estoy, roto y salvaje,  
Que inmóvil en su base desafía  
El inútil furor del oleaje;

El cielo azul que al espirar el día  
Se cubre por doquier de luces bellas,  
Todo arrebatá al alma y la extasia,

Todo de mi pesar borra las huellas,  
Horizontes sin fin, ecos, cantares,  
Olas y brumas, céfiros y estrellas,

Y oír creo, calmando mis pesares,  
 La voz con que habla Dios al alma herida  
 En el reposo augusto de los mares.

Y siento que renazco á nueva vida  
 Aquí, lejos del mundo, donde aspiro  
 Su atmósfera viciada y corrompida.

¡Cuán hermosa la paz de mi retiro!  
 Parece que el alma se engrandece  
 De ver la inmensidad doquier que miro.

Mi bendita esperanza reverdece,  
 Y esta gente del mar, pobre y sencilla,  
 Nobles ejemplos de virtud me ofrece.

Con toda su fortuna en su barquilla  
 Surca el marino, sin temor ni pena,  
 Las fuertes olas con su frágil quilla;

Tostada por el sol la tez morena,  
 Deja observar la luz de su mirada  
 La paz de un alma generosa y buena.

Que al peligro constante acostumbrada,  
 Por los seres que adora y que sostiene  
 Está siempre á la muerte preparada.



¿Quién en su noble empresa le detiene?  
Si el mar ruge y se encrespa enfurecido,  
La esperanza le anima y le mantiene,

Al pensar en su hogar, su casto nido,  
Donde la madre guarda á sus polluelos,  
Frutos de un mutuo amor siempre encendido,

O en la legión de rubios pequeñuelos  
Que de su choza alegran el espacio  
Como ángeles bajados de los cielos.

Con ellos su vivienda es un palacio:  
Si acaso el hambre á la cabaña azota  
Él nunca está para partir rehacio;

Cerca está su bajel, que pronto flota,  
Fingiéndolo, al desplegar la blanca vela,  
Que se suelta á volar una gaviota.

Sereno y sin temor, nada recela  
Si el huracán sus ráfagas desata;  
Y al volver á su hogar, que ver anhela,

La pesca que á los mares arrebató  
El fondo cubre de la pobre nave  
Con viva alfombra de bruñida plata.

¿Por qué sentir pavor? Si el riesgo es grave,  
Nunca falta en la choza que abandona  
Quien ruega á Dios porque el peligro acabe,

Y hasta que en tierra ya plega la lona,  
Siempre alumbra una luz, mientras su ausencia,  
La imagen de la Virgen, su patrona.

Si es morir en los mares su sentencia,  
La cumplirá tranquilo y resignado:  
Enfrente del deber, ¿qué es la existencia?

Héroe y mártir al par, noble soldado  
Que lucha y muere sin afán de gloria,  
Al combate y no al premio acostumbrado,

El mar, testigo eterno de su historia,  
Como le vió nacer, quiere el destino  
Que le sirva de cámara mortuoria,

Brindándole en su centro cristalino  
Espacio digno de él por su grandeza  
Y sepultura propia del marino.

¿Cuál más noble y mejor? Si su cabeza  
No agobia con adornos sepulcrales  
De mármoles y jaspes la riqueza,

Tiende el agua sobre él limpios cristales,  
Con sus templadas brisas lo perfuma,  
Entona el mar sus cantos funerales,

Y las olas, envueltas por la bruma,  
Al romper sobre el sitio en que reposa,  
Escriben su epitafio con espuma.

¡Si vieras, dulce amiga, cuán dichosa  
El alma que hace poco desmayaba  
Se levanta de nuevo vigorosa!

Ayer, desde la playa donde estaba,  
Vi la tarde morir: fresco el ambiente,  
Todo la espesa sombra lo ocultaba,

Cuando un débil fulgor lució en Oriente  
Antes que en él brotase luz alguna;  
El mar iluminóse de repente,

Y en el espacio se elevó la luna,  
Pálida, triste, silenciosa y bella,  
Como ensueño de un alma sin fortuna.

Quizá su blanca faz á la hora aquella  
También ante tus ojos surgiría,  
Dejando en pos de sí brillante huella,



Y con mágica luz alumbraría  
Su dudoso reflejo vacilante  
Los campos de mi hermosa Andalucía.

¡Quién los volviera á ver! Á cada instante  
Me asalta su recuerdo inolvidado,  
Cada día más fijo y más constante,

Y volar me parece al suelo amado,  
Bajo el vivo fulgor de un sol ardiente  
Á respirar un aire embalsamado,

Y á beber alegría en el ambiente  
En aquella región esplendorosa  
Donde es de plata el hilo de la fuente,

De oro la luz, de púrpura la rosa,  
Que forma en el rosal bella guirnalda,  
De nácar las mejillas de la hermosa,

Los trigales anchísimos de gualda,  
El mar y el firmamento de zafiro  
Y las verdes campiñas de esmeralda.

Y la ilusión me finge que aun me miro,  
Como en pasados tiempos, á tu lado  
En aquel hermosísimo retiro,

Viendo, de sus matices encantado,  
La viña que frondosa verdeguea  
Alfombrando á la vez colina y prado,

Y ante la alegre casa que blanquea  
En el vasto almijar la uva madura  
Que en jugosos racimos se asolea

Y la noche al cerrar se me figura  
Que vuelvo á ver en el lagar distante  
La penosa labor áspera y dura,

Mientras alumbra el cuadro interesante  
Ancho velón, del techo suspendido,  
Con llama temblorosa y humeante.

Como por un resorte sacudido,  
En su trabajo el pisador se empeña  
Con movimiento nunca interrumpido:

El golpe al recibir de la almadreña  
Se deshace el racimo, y la uva rota  
En líquido torrente se despeña,

Que del lagar en abundancia brota,  
Y resbalando por el cauce angosto,  
Se vierte al fin en la dispuesta bota.

Con ella el labrador hace su agosto: *Viendo*  
 Si hoy, formando espumoso remolino, *La vida*  
 Aun sale turbio y sin color el mosto, *Alto*

Bien pronto se verá trocado en vino, *Y*  
 Que sobre todos ganará la palma *En el vasto*  
 Al brillar en las copas cristalino, *Que en*

Brindando en el pesar consuelo y calma, *Y*  
 Y ofreciendo, cual doble panacea, *Que vuelve*  
 Salud al cuerpo y alegría al alma. *La pena*

Pero he llegado al fin de mi tarea: *Mientras*  
 Cuanto me da placer ó me tortura, *Añora*  
 Cuanto mi corazón siente ó desea, *Con*

Te dirá de esta carta la lectura: *Como*  
 Sin pensar la escribí; franca y sencilla, *En*  
 Es la expresión de mi amistad segura: *Con*

Al llegar de tus lares á la orilla, *El golpe*  
 Bríndale con amor refugio cierto: *Se*  
 Escrita junto al mar, es la barquilla *En*  
 Que va buscando en tu amistad su puerto. *Que*

Biarritz, Septiembre 1889.



INDICE

Page

1	Introduction
2	1. The general situation
3	2. The specific situation
4	3. The results of the study
5	4. The conclusions
6	5. The recommendations
7	6. The bibliography
8	7. The appendixes
9	8. The index
10	9. The list of figures
11	10. The list of tables
12	11. The list of abbreviations
13	12. The list of symbols
14	13. The list of units
15	14. The list of references
16	15. The list of footnotes
17	16. The list of errata
18	17. The list of acknowledgments
19	18. The list of dedications
20	19. The list of prefaces
21	20. The list of afterwords
22	21. The list of conclusions
23	22. The list of recommendations
24	23. The list of suggestions
25	24. The list of proposals
26	25. The list of plans
27	26. The list of programs
28	27. The list of policies
29	28. The list of strategies
30	29. The list of tactics
31	30. The list of methods
32	31. The list of techniques
33	32. The list of procedures
34	33. The list of processes
35	34. The list of systems
36	35. The list of models
37	36. The list of frameworks
38	37. The list of paradigms
39	38. The list of theories
40	39. The list of concepts
41	40. The list of definitions
42	41. The list of terms
43	42. The list of expressions
44	43. The list of phrases
45	44. The list of sentences
46	45. The list of paragraphs
47	46. The list of sections
48	47. The list of chapters
49	48. The list of volumes
50	49. The list of series
51	50. The list of collections
52	51. The list of sets
53	52. The list of groups
54	53. The list of classes
55	54. The list of categories
56	55. The list of domains
57	56. The list of fields
58	57. The list of areas
59	58. The list of disciplines
60	59. The list of professions
61	60. The list of occupations
62	61. The list of careers
63	62. The list of vocations
64	63. The list of trades
65	64. The list of jobs
66	65. The list of positions
67	66. The list of roles
68	67. The list of functions
69	68. The list of duties
70	69. The list of responsibilities
71	70. The list of obligations
72	71. The list of tasks
73	72. The list of activities
74	73. The list of actions
75	74. The list of behaviors
76	75. The list of habits
77	76. The list of customs
78	77. The list of traditions
79	78. The list of practices
80	79. The list of rituals
81	80. The list of ceremonies
82	81. The list of events
83	82. The list of occasions
84	83. The list of moments
85	84. The list of times
86	85. The list of periods
87	86. The list of eras
88	87. The list of epochs
89	88. The list of ages
90	89. The list of centuries
91	90. The list of millenniums
92	91. The list of eons
93	92. The list of aeons
94	93. The list of epochs
95	94. The list of eras
96	95. The list of ages
97	96. The list of centuries
98	97. The list of millenniums
99	98. The list of eons
100	99. The list of aeons

# ÍNDICE.

---

	Páginas.
Dedicatoria.....	5
Dos palabras al lector.....	7
Introducción.....	29
La Cruz de piedra.....	37
Á mi amigo el poeta Velarde.....	43
María. Poema.....	55
¡Andalucía!.....	73
Á mis hijos.....	87
La Confesión. Poema.....	105
El globo azul.....	119
Al Rey niño.....	125
De pesca.....	133
Canto á Roma.....	149
Á Rafael Calvo.....	173
Junto á la cuna.....	179
La Bodega.....	185
La Alhambra.....	191
En un abanico.....	215
El Nacimiento.....	219
Testamento.....	225
De la tierra al cielo.....	233
Ave María.....	243
En Aranjuez.....	267
La Naturaleza y el hombre.....	281
Epístola.....	293



